

NORA ROBERTS

Tiempo atrás



Caleb Hornblower era un viajero del tiempo que se había quedado atrapado en el siglo XX. Pero su mayor problema no era volver al siglo XXIII, sino marcharse dejando atrás a la inocente Liberty Stone.

¿Sería capaz de olvidar el tiempo al que pertenecía para quedarse con la mujer que amaba?



Nora Roberts

Tiempo atrás

Los Hornblower -1

ePub r1.0

Titivillus 18.05.2020

Título original: *Time Was*

Nora Roberts, 1989

Traducción: Fernando Hernández Holgado

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

Tiempo atrás

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Sobre la autora

Para Joan y Tom, solo por diversión.

1

Estaba perdiendo altura. El panel de control era un laberinto de números y luces resplandecientes y la cabina giraba como un carrusel que se hubiera vuelto loco. No necesitaba los timbrados de la alarma para comprender que tenía problemas. Y tampoco aquella insistente señal luminosa en la pantalla del ordenador para saber que el problema era serio. Lo había sabido desde el momento en el que había visto aquel agujero negro.

Maldiciendo, reprimió el pánico e intentó hacerse con los controles empujando la palanca hasta su máxima potencia. El vehículo rebotó y fue sacudido al enfrentarse al empuje de la fuerza de la gravedad. Sintió la gravedad como si se hubiera golpeado contra una pared. Todo a su alrededor era un estruendo metálico.

—Aguanta, pequeña —consiguió musitar entre dientes.

En la parte del suelo de la cabina que quedaba bajo sus pies se había abierto una grieta irregular de unos diez centímetros.

—Aguanta, hijo de...

Presionó con fuerza hacia el este y maldijo otra vez al darse cuenta de que, por inteligentes que fueran sus maniobras, él y su nave terminarían siendo absorbidos por aquel agujero.

Las luces de la cabina se apagaron, dejándolo con la única iluminación caleidoscópica del panel de instrumentos. La nave giraba en espiral sobre su propio eje, como una piedra lanzada por un tirachinas. La luz en ese momento era un resplandor blanco, ardiente y brillante. Instintivamente, alzó el brazo para taparse los ojos. Pero una repentina y apabullante presión en el pecho lo dejó incapacitado para hacer otra cosa que no fuera jadear intentando llenar de aire sus pulmones.

Durante un instante, antes de desmayarse, recordó que su madre quería que fuera abogado. Pero él siempre había querido volar.

Cuando recuperó la consciencia, advirtió que ya no estaba girando en espiral. El aparato había emprendido una espeluznante caída en picado, y el panel de control le mostraba la altura que iba perdiendo. Una nueva fuerza lo aplastaba contra el asiento, pero podía ver la curva de la Tierra.

Consciente de que podía volver a desmayarse en cualquier momento, se lanzó hacia delante para desacelerar y cederle al ordenador el control de la nave. De esa forma, sabía que buscaría una zona no habitada. Y, si Dios existía, quizá funcionara el control de choque de aquella vieja máquina.

Quizá, solo quizá, viviera para ver un nuevo amanecer. Y quizá la abogacía no fuera tan mala.

Observó el mundo corriendo hacia él, azul, verde, hermoso. Al diablo con él, pensó. Sentarse tras un escritorio nunca sería tan hermoso como aquello.

Libby permanecía en el porche de la cabaña, observando el amenazante cielo nocturno. Los relámpagos que desgarraban el cielo y la cortina de agua que los acompañaba eran el mejor espectáculo de los alrededores.

Aunque estaba bajo el saliente del porche, tenía el pelo y la cara mojados. Tras ella, las luces de la cabaña resplandecían cálidas y acogedoras. Al oír el siguiente estallido de un trueno, se alegró de tener lámparas de petróleo y velas.

Pero la promesa de luz y calor no le hizo volver al interior de la casa. Aquella noche prefería el frío y aquella fuerza devastadora que se abría paso entre las montañas.

Si la tormenta duraba mucho más, el paso norte a través de las montañas sería impracticable durante semanas. No importaba, pensó mientras otra flecha de luz desgarraba el cielo. Tenía semanas y semanas por delante. De hecho, pensó, abrazándose a sí misma para protegerse de aquel viento estimulante, tenía todo el tiempo del mundo.

La mejor decisión que había tomado en su vida había sido la de hacer las maletas y atrincherarse en aquella cabaña de la familia. A ella siempre le habían gustado las montañas. Y los montes Klamath del suroeste de Oregón le ofrecían todo lo que necesitaba. Una imagen espectacular, altas y escarpadas cumbres, aire puro y soledad. Si tardaba seis meses en escribir su tesina sobre los efectos y las influencias de la civilización en los isleños de Kolbari, seis meses se quedaría. Había pasado cinco años estudiando antropología cultural, tres de ellos dedicados a hacer trabajo de campo. No había hecho una pausa en su vida desde que había cumplido dieciocho años y, desde luego, no se había permitido el lujo de pasar algún tiempo a solas, alejada de la familia, los estudios y los científicos que habitualmente la rodeaban. La tesina era importante para ella, demasiado importante, quizá; no le importaba admitirlo de vez en cuando. Desplazarse hasta allí para poder trabajar en soledad y permitirse algún tiempo para el estudio era un excelente compromiso.

Libby había nacido en la cabaña de dos pisos que tenía tras ella y había pasado los cinco primeros años de su vida en aquellas montañas, viviendo tan libre y sin ataduras como una gacela.

Sonrió al recordarse a sí misma y a su hermana correteando descalzas. En aquella época, ambas creían que el mundo empezaba y terminaba en aquellas montañas y en sus padres, fieles representantes de la contracultura.

Todavía podía ver a su madre tejiendo esterillas y alfombras y a su padre cavando felizmente en el huerto. Por la noche escuchaban música y cuentos tan largos como fascinantes. Los cuatro eran felices y autosuficientes y solo veían a otras personas en sus excursiones mensuales a Brookings para comprar provisiones.

Podrían haber continuado allí, pero los sesenta habían cedido el paso a los setenta. Un marchante de arte había descubierto uno de los tapices de la madre de Libby. Casi simultáneamente, su padre había descubierto que cierta mezcla de las hierbas que él mismo cosechaba servían para preparar una relajante y deliciosa infusión. Antes de que Libby hubiera cumplido ocho años, su madre se había convertido en una reconocida artista y su padre en un

joven y exitoso empresario. Y la cabaña había pasado a ser un lugar para pasar las vacaciones desde que la familia se había trasladado y establecido en Portland.

Quizá había sido el impacto cultural que había sufrido Libby el que la había inclinado hacia la antropología. Su fascinación por las estructuras sociales y los efectos de las influencias externas a menudo habían dominado su vida. A veces hasta se olvidaba de la época en la que vivía, en su ávida búsqueda de respuestas. Y, cada vez que eso ocurría, se iba unos días a la cabaña o a visitar a su familia. Aquello era lo único que necesitaba para volver al presente.

Empezaría al día siguiente, decidió. Si la tormenta había terminado para entonces, conectaría el ordenador y se pondría a trabajar. Pero solo cuatro horas al día. Durante los ocho meses anteriores, había trabajado el triple.

Cada cosa a su tiempo. Aquello era lo que siempre decía su madre. Pues bien, en aquella ocasión, se había propuesto recuperar parte de la libertad que había experimentado durante los primeros cinco años de su vida.

Tranquilidad. Libby dejó que el viento azotara su pelo y escuchó el martilleo de la lluvia sobre las piedras y la tierra. A pesar de la tormenta y el retumbar de los truenos, se sentía infinitamente serena. Jamás en su vida había conocido un lugar tan tranquilo como aquel.

Vio una luz cruzando el cielo y, por un momento, creyó que era un satélite luminoso, o quizá un meteoro. Pero, cuando el cielo volvió a iluminarse, descubrió un vago perfil y un fognazo metálico. Dio un paso adelante, dejándose empapar por la lluvia, y entrecerró los ojos. Cuando el objeto se acercó, se llevó la mano a la garganta.

¿Un avión? Mientras observaba, creyó verlo deslizarse sobre las copas de los abetos que estaban al oeste de la cabaña. El estrépito del choque retumbó en todo el bosque, dejando a Libby completamente paralizada. En cuanto reaccionó, corrió al interior de la cabaña a buscar el impermeable y el botiquín de primeros auxilios.

Minutos después, mientras los truenos continuaban retumbando por encima de su cabeza, se subió al Land Rover. Se había fijado en el lugar en el que había caído el avión y ya solo podía esperar que su sentido de la orientación no le fallara.

Tardó casi treinta minutos en luchar contra la tormenta y los caminos surcados por la lluvia. En el momento de cruzar con el Land Rover el arroyo, apretó con fuerza los dientes. Libby era demasiado consciente del peligro de inundaciones en las montañas. Aun así, mantuvo la velocidad por encima de lo que habría sido recomendable. Giraba y tomaba desvíos confiando más en lo que le dictaba la intuición que en los datos que recordaba su memoria. Y ocurrió que estuvo a punto de atropellarlo.

Libby pisó el freno con fuerza cuando las luces del coche iluminaron una figura acurrucada a la orilla de una de las pistas que se utilizaba para transportar la madera. El Land Rover patinó, salpicando barro a su alrededor, hasta que las ruedas se agarraron a tierra. Libby tomó la linterna, salió y se arrodilló al lado del herido.

Estaba vivo. Sintió una oleada de alivio cuando presionó los dedos contra el pulso que latía en su garganta. Iba vestido de negro y estaba empapado hasta los huesos. Automáticamente, extendió sobre él la manta que siempre llevaba en el Land Rover y comenzó a comprobar si tenía algún hueso roto.

Era un hombre joven, delgado y bien musculado. Mientras lo examinaba, rezó para que esas circunstancias se pusieran a su favor. Ignorando los rayos que cruzaban el cielo, iluminó su rostro

con la linterna.

La herida de la frente le preocupó. Incluso en medio de aquella lluvia salvaje que lavaba su rostro, sangraba copiosamente, pero la posibilidad de que tuviera el cuello o la espalda rotos le impedían levantarlo. Moviéndose rápidamente, buscó en el botiquín. Estaba poniéndole un vendaje cuando abrió los ojos.

«Gracias a Dios». Aquel sencillo pensamiento cruzó su mente mientras le tomaba instintivamente la mano para tranquilizarlo.

—Te vas a poner bien, no te preocupes. ¿Ibas solo?

Él se la quedó mirando fijamente, pero solo veía una desdibujada figura.

—¿Qué?

—¿Había alguien contigo? ¿Hay algún otro herido?

—No —intentó levantarse.

El mundo volvía a girar otra vez mientras se aferraba a ella, buscando apoyo. Deslizó la mano por el impermeable empapado de Libby.

—Estoy solo —consiguió decir antes de desmayarse otra vez.

Pero no tenía idea de lo solo que estaba.

Libby durmió a ratos durante la mayor parte de la noche. Había sido capaz de montar a aquel hombre en el Land Rover y tumbarlo después en el sofá. Lo había desnudado, lo había secado y le había curado las heridas antes de quedarse medio dormida frente a la chimenea. De vez en cuando, se levantaba para tomarle el pulso y mirarle las pupilas.

Estaba en estado de *shock* y Libby había decidido que indudablemente había sufrido una conmoción cerebral, pero el resto de sus heridas eran relativamente menores. Algunos golpes en las costillas y unos cuantos arañazos. Era un hombre con suerte, pensó, mientras tomaba el té y lo estudiaba a la luz del fuego. La mayor parte de los tontos tenían suerte. Porque, ¿a quién, sino a un tonto, se le podía ocurrir atravesar volando aquellas montañas en medio de una tormenta como aquella?

Continuaba lloviendo con furia en el exterior de la cabaña. Libby dejó la taza un lado y echó otro tronco al fuego. La luz aumentó, arrojando las sombras del fuego por la habitación. «Un tonto muy atractivo», añadió con una sonrisa mientras arqueaba su dolorida espalda. Debía de medir algo más de uno noventa y tenía una hermosa complexión. Era una suerte, para ambos, que Libby fuera una mujer fuerte, acostumbrada a trasladar su pesado equipaje y el equipo de trabajo. Se inclinó contra la repisa de la chimenea y lo observó con atención.

«Definitivamente atractivo», pensó otra vez. Y lo sería todavía más cuando recobrará el color. Aunque estaba muy pálido, tenía una bonita fisonomía. «Céltica», decidió, con aquellos pómulos altos y una boca perfectamente esculpida. Era obvio que no había visto una cuchilla desde hacía al menos un par de días. Eso y el vendaje de la frente le daban un aspecto libertino, casi peligroso. Tenía los ojos azules, recordó. De un azul particularmente oscuro e intenso.

«Definitivamente, orígenes celtas», pensó otra vez mientras volvía a tomar la taza de té. Tenía el pelo negro como el azabache y ligeramente rizado. Lo llevaba demasiado largo para ser militar, reflexionó y frunció el ceño al recordar la ropa que le había quitado. El mono negro tenía aspecto militar y además llevaba una especie de insignia en el bolsillo del pecho. Quizá perteneciera a algún grupo de élite del ejército del aire.

Se encogió de hombros y volvió a sentarse. Pero también llevaba unas zapatillas de lona. Zapatillas de lona y un reloj carísimo con al menos media docena de esferas. Lo único que había sido capaz de averiguar al dirigir una breve mirada a aquel reloj era que no iba bien. Aparentemente, tanto el propietario como el reloj habían salido lesionados del golpe.

—No sé el reloj —le dijo en medio de un bostezo—, pero creo que tú te pondrás bien.

Y sin más, volvió a dormirse.

Se despertó una vez con un espantoso dolor de cabeza y la visión borrosa. Había una chimenea, o bien era una simulación de primera clase. Olía a leña... a lluvia, pensó. Tenía el vago recuerdo de haber sido arrastrado en medio de la lluvia. En lo único que podía concentrarse era en el hecho de que estaba vivo. Y caliente. Recordaba haberse sentido helado, húmedo y desorientado. Tanto que al principio creía haber caído en medio del mar. Pero había estado con... alguien. Una mujer. Una voz grave y tranquila... Y unas manos delicadas. Intentó pensar, pero el martilleo de la cabeza hacía que el esfuerzo le resultara demasiado doloroso.

La vio sentada en una silla con una colorida manta sobre el regazo. ¿Sería una alucinación? Quizá, pero al menos era una alucinación bastante agradable. El cabello, oscuro, centelleaba a la luz del fuego. La media melena le llegaba a la altura de la barbilla y en ese momento enmarcaba con un atractivo desorden su rostro. Estaba durmiendo. Podía ver sus senos subir y bajar sosegadamente. Bajo aquella luz, su piel adquiría un brillo dorado. Sus facciones eran duras, casi exóticas. Y sobre ellas se recortaba una boca ancha y llena, suavizada y relajada por el sueño.

En lo que a alucinaciones se refería, no se podían pedir mucho mejores.

Cerró los ojos otra vez y durmió hasta el amanecer.

La chica había desaparecido cuando se despertó por segunda vez. El fuego todavía crepitaba en la chimenea y se filtraba por la ventana una luz tenue y acuosa. El dolor de cabeza no había cesado, pero era soportable. Con dedos recelosos, tocó el vendaje de su frente. Se dio cuenta de que podían ser horas o días los que llevara inconsciente. Hizo un serio esfuerzo para incorporarse, pero descubrió entonces la debilidad de su cuerpo.

Y también lo estaba su mente, decidió mientras utilizaba las pocas fuerzas que tenía para mirar a su alrededor y descubrir el lugar en el que se encontraba. Era una habitación construida en piedra y madera, con una decoración sorprendentemente anticuada. Cal había visto algunas reliquias cuidadosamente conservadas construidas con esos mismos materiales. Su propia familia había pasado unas vacaciones en una de ellas, que incluían en el lote visitas a parques naturales y a diferentes monumentos. Volvió la cabeza lo suficiente para ver las llamas lamiendo los troncos de la chimenea. El aire era seco y olía a humo. Pero era poco probable que lo hubieran puesto a cubierto en un museo o en algún parque histórico.

Lo peor de todo era que no tenía la más remota idea de dónde estaba.

—Oh, estás despierto.

Libby se detuvo en el marco de la puerta con una taza de café en la mano. Como su paciente se limitaba a mirarla fijamente, le sonrió para darle confianza y se acercó hasta el sofá. Parecía tan indefenso que la timidez con la que había batallado durante toda su vida fue fácilmente superada.

—Estaba preocupada por ti —se sentó al borde del sofá y le tomó el pulso.

Cal podía verla más claramente en aquel momento. El pelo ya no lo llevaba despeinado, sino pulcramente peinado a un lado. Era de un suave tono castaño. «Exótica» era exactamente la palabra adecuada para describirla, decidió, con aquellos ojos de largas pestañas, la nariz delgada y la boca llena. De perfil le recordaba a un dibujo que en una ocasión había visto de la antigua Cleopatra. Los dedos que había posado en su muñeca estaban fríos.

—¿Quién eres?

El pulso era firme, pensó Libby con un asentimiento de cabeza mientras continuaba contando sus pulsaciones. Y fuerte.

—No soy Florence Nightingale, pero soy la única persona con la que cuentas —sonrió otra vez al tiempo que le alzaba los párpados para examinarle de cerca las pupilas—. ¿Cuántas chicas ves aquí?

—¿Cuántas debería ver?

Con una risa, Libby le ahuecó el almohadón en el que apoyaba la espalda.

—Solo una, pero como sufriste una conmoción cerebral podrías ver gemelas.

—Solo veo una —sonrió y alargó la mano para tocar aquella barbilla ligeramente de punta—.

Y muy guapa.

El color asomó a las mejillas de Libby al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás. No estaba acostumbrada a que la alabaran por su hermosura; normalmente, todo el mundo admiraba su inteligencia.

—Prueba esto. Es una mezcla inventada por mi padre. Todavía no está en el mercado.

Y antes de que pudiera declinar su oferta, sostuvo la taza frente a sus labios.

—Gracias —curiosamente, el sabor evocó un neblinoso recuerdo de la infancia—. ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Recuperarte. Tu avión se estrelló a unos cuantos kilómetros de aquí.

—¿Mi avión?

—¿No te acuerdas? —un ceño fruncido oscureció su mirada. Una mirada de oro. Sí, tenía unos ojos enormes, de un hermoso castaño dorado—. Supongo que poco a poco recuperarás la memoria. Te diste un buen golpe en la cabeza.

Lo urgió a seguir bebiendo y resistió la ridícula necesidad de apartarle el pelo de la frente.

—Estaba viendo la tormenta, si no, no te habría visto caer. Es una suerte que prácticamente no estés herido. En la cabaña no tengo teléfono y están arreglando la emisora, así que ni siquiera puedo llamar al médico.

—¿La emisora?

—Sí, aquí nos comunicamos por radio —le explicó con amabilidad—. ¿Crees que podrás comer algo?

—Quizá. ¿Cómo te llamas?

—Liberty Stone —dejó la infusión a un lado y posó la mano en su frente para ver si tenía fiebre. Le parecía casi un milagro que no se hubiera resfriado—. Mis padres vivieron aquí durante la primera ola contestataria de los sesenta. Así que me llamo Liberty, que seguramente es un nombre mejor que el de mi hermana, Sunbeam, Rayo de Sol —al advertir su confusión, soltó una carcajada—. Puedes llamarme Libby. ¿Y tú?

—Yo no...

La mano que aquella joven había posado en su frente estaba fría, era real. De modo que ella también tenía que ser real, razonó. ¿Pero de qué demonios le estaba hablando?

—¿Cómo te llamas? Normalmente me gusta saber el nombre de las personas a las que rescato de un avión destrozado.

Cal abrió la boca para decírselo, pero tenía la mente en blanco. Sintió el frío del pánico descendiendo por su espalda. Libby lo vio palidecer y advirtió el resplandor de sus ojos antes de que la agarrara de la muñeca con fuerza.

—No puedo... No puedo recordarlo.

—No lo intentes —Libby maldijo en silencio, pensando en la radio que había llevado a arreglar la última vez que se había acercado a la ciudad a por provisiones—. Estás desorientado. Quiero que descanses. Intenta relajarte mientras te preparo algo de comer.

Cuando cerró los ojos, Libby se levantó inmediatamente y volvió a la cocina. No tenía ninguna identificación, recordó mientras empezaba a preparar una tortilla. Ni cartera, ni documentos, ni permisos de ningún tipo. Podía ser cualquiera. Un criminal, un psicópata... Riéndose de sí misma, cortó un poco de queso para mezclarlo con la tortilla. Siempre había tenido una fructífera imaginación. Al fin y al cabo, ¿no había sido su capacidad para imaginar las culturas primitivas como gente real, familias, amantes, hijos, la que le había permitido avanzar en su carrera?

Pero, aparte de la imaginación, también se le había dado bien juzgar a las personas. Probablemente, eso también se debía a su fascinación por las personas y sus costumbres. Y, admitió pesadosa, al hecho de que siempre se hubiera sentido mejor observando a los demás que interactuando con ellos.

El hombre que estaba luchando contra sus propios demonios en la cabaña de su casa no representaba ninguna amenaza para ella. Quienquiera que fuera, era inofensivo. Dio la vuelta a la tortilla con mano experta y se volvió para buscar un plato. Y con un chillido, tiró al suelo la sartén, la tortilla y todo. Su inofensivo paciente estaba en la puerta de la cocina, gloriosamente desnudo.

—Hornblower —consiguió decir Cal, fijando la mirada en el marco de la puerta—. Caleb Hornblower.

Como si estuviera muy lejos, la oyó maldecir. Emergió en medio de un desagradable mareo y vio su rostro muy cerca del suyo. Lo estaba abrazando y parecía esforzarse para levantarlo. Intentando ayudarla, alargó el brazo y lo único que consiguió fue que los dos cayeran al suelo.

Libby quedó tumbada de espaldas, aprisionada por su cuerpo.

—Creo que todavía estás un poco desorientado.

—Lo siento —tuvo tiempo suficiente para comprobar que aquella joven era alta y muy fuerte—. ¿Te he hecho daño?

—Sí —lo seguía rodeando con los brazos y sus manos se extendían sobre los músculos de su espalda. Libby las apartó rápidamente, responsabilizando a la inesperada caída del ritmo agitado de su respiración—. Ahora, si no te importa, pesas un poco.

Caleb consiguió posar una mano en el suelo e incorporarse algunos centímetros. Estaba mareado, admitió para sí, pero no estaba muerto. Y era una delicia sentir a aquella mujer debajo de él.

—Es posible que esté demasiado débil para moverme.

¿Era diversión lo que veía en sus ojos? Sí, decidió Libby; definitivamente, era diversión lo que veía en sus ojos. Esa diversión irritante y particularmente masculina.

—Hornblower, si no te mueves, vas a terminar mucho más débil.

Libby advirtió en su rostro el fagonazo de una sonrisa antes de salir de debajo de él. Hizo un poco entusiasta intento de mantener la mirada fija en su rostro, y solo en su rostro, mientras se incorporaba.

—Si quieres conocer los alrededores, tendrás que esperar hasta que seas capaz de sostenerte en pie —deslizó la mano en su cintura para ayudarlo a incorporarse y sintió una fuerte e incómoda sensación—. Y hasta que busque entre las cosas de mi padre y encuentre unos pantalones.

—De acuerdo —se hundió agradecido en el sofá.

—Esta vez quédate ahí hasta que vuelva.

Caleb no discutió. No podía. El camino hasta la puerta de la cocina y la vuelta al sofá había socavado sus fuerzas. Aquella debilidad era una extraña y molesta sensación. No podía recordar haber estado enfermo ni un solo día de toda su vida de adulto. Era cierto, se había dado un buen golpe en el aerociclo, pero entonces tenía... ¿cuántos? ¿Dieciocho años?

Maldita fuera, si podía recordar eso, ¿por qué no era capaz de acordarse de cómo había llegado hasta allí? Cerró los ojos, se recostó contra el respaldo del sofá e intentó pensar a pesar de las punzadas que atormentaban su cabeza.

Había estrellado su avión. Al menos eso era lo que ella, Libby, había dicho. Desde luego, se sentía como si hubiera estrellado algo. Seguro que lo recordaría, de la misma forma que había recordado su nombre tras la inicial y aterradora amnesia.

Libby regresó con un plato en la mano.

—Tienes suerte de que tenga bastantes provisiones —cuando levantó los ojos, Libby vaciló y estuvo a punto de tirar la tortilla por segunda vez.

El aspecto de aquel hombre, se dijo a sí misma, medio desnudo, con solo una sábana cubriendo parte de su cuerpo y la luz del fuego danzando en sus ojos, era suficiente para que a una mujer le temblaran las manos. Entonces Caleb sonrió.

—Huele bien.

—Es mi especialidad —dejó escapar un largo suspiro y se sentó a su lado—. ¿Podrás comértela tú solo?

—Sí. Solo me mareo cuando me levanto —tomó el plato y dejó que su hambre dominara la situación—. ¿Esto es real?

—¿Real? Por supuesto que es real.

Con una ligera carcajada, comió otro bocado.

—No había comido verdaderos huevos desde... Ni siquiera me acuerdo.

Libby recordó que había leído en alguna parte que los militares utilizaban un sustituto del huevo.

—Son huevos reales, de gallinas completamente reales —sonrió al verlo vaciar el plato—. Puedes comer más.

—Esto debería bastarme —volvió a mirarla y la vio sonreír mientras daba un sorbo a una taza de té—. Creo que todavía no te he dado las gracias por haberme ayudado.

—Simplemente he estado en el lugar adecuado y en el momento oportuno.

—¿Por qué estás aquí? —miró a su alrededor—. ¿Qué haces en este lugar?

—Supongo que podría decirse que estoy disfrutando de un año sabático. Soy antropóloga cultural y acabo de terminar mi trabajo de campo. Estoy trabajando en mi tesina.

—¿Aquí?

A Libby le gustó que no comentara, como tantas veces había tenido que oír, que parecía demasiado joven para ser antropóloga.

—¿Por qué no? —tomó el plato vacío y lo dejó a un lado—. Es un lugar tranquilo, excepto cuando a algún avión le da por estrellarse. ¿Cómo tienes las costillas? ¿Te duelen?

Caleb bajó la mirada y vio por primera vez las heridas de las costillas.

—No, la verdad es que no. Solo me escuece.

—¿Sabes? Has tenido mucha suerte. Excepto por la herida de la cabeza, solo te has hecho unos cuantos cortes y arañazos. Por la forma en la que has caído, no esperaba encontrarte con vida.

—El panel de control...

Tenía una vaga imagen de sí mismo pulsando interruptores. Luces, fogonazos. El eco de los timbres de alarma. Intentó centrar sus pensamientos, concentrarse, pero le resultaba imposible.

—¿Eres piloto en pruebas?

—¿Qué? No, creo que no.

Libby le tomó la mano, como si quisiera consolarlo. Pero casi inmediatamente, sorprendida por la profundidad de la reacción que en ella provocaba, la apartó bruscamente.

—No me gustan los rompecabezas —musitó Caleb.

—A mí me apasionan. Así que te ayudaré a montar este.

Caleb giró la cabeza, hasta que sus ojos se encontraron.

—Quizá no te guste verlo completo.

Libby sintió una punzada de inquietud. Aquel hombre debía de ser muy fuerte. Cuando sus heridas hubieran sanado, su cuerpo sería tan fuerte como seguramente lo era su mente. Y estaban solos. Tan completamente solos como podían estarlo dos personas. Intentó sacudirse aquella sensación y se concentró en beber su infusión. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Echarlo de casa, dejarlo en medio de la lluvia?

—No lo sabremos hasta que lo veamos —le dijo al cabo de un rato—. Si se aleja la tormenta, podré ir a buscar al médico dentro de un día o dos. Mientras tanto, tendrás que confiar en mí.

Y Caleb confiaba. No podía decir por qué, pero desde el momento en el que la había visto dormitando en la silla, había sabido que era una persona con la que se podía contar. El problema era que no sabía si podía confiar en sí mismo. O si ella podía confiar en él.

—Libby... —Libby se volvió hacia él y, en el momento en el que lo hizo, Caleb se olvidó de lo que quería decir—. Tienes un bonito rostro.

Observó sus ojos tornarse recelosos. Quería acariciarla, se sentía apremiado a hacerlo. Pero en cuanto alzó la mano, Libby se levantó para quedar fuera de su alcance.

—Creo que deberías descansar un poco más. Hay una habitación para invitados en el piso de arriba —hablaba rápidamente. La tensión se reflejaba en sus palabras—. Ayer por la noche no pude subirte, pero seguramente estarás más cómodo allí.

Caleb la estudió un momento. No estaba acostumbrado a que las mujeres se apartaran de él. Estuvo reflexionando sobre aquella impresión hasta estar seguro de que era auténtica. No, cuando

había atracción entre un hombre y una mujer, el resto era fácil. Y quizá todos sus circuitos estuvieran estropeados, pero sabía que allí había atracción por ambas partes.

—¿Estás emparejada?

Libby arqueó las cejas, ocultándolas bajo las hebras oscuras de su flequillo.

—¿Que si estoy qué?

—Emparejada. ¿Tienes pareja?

Libby soltó una carcajada.

—Es una forma un tanto pintoresca de decirlo. No, en este momento no. Déjame ayudarte a subir —le tendió la mano antes de que él pudiera levantarse solo—. Te agradecería que mantuvieras la sábana en su sitio.

—Oh, no hace frío —respondió él. Pero se encogió de hombros y sostuvo la sábana alrededor de sus caderas.

—Así, apóyate en mí —se pasó el brazo de Caleb por los hombros y deslizó el suyo por su cintura—. ¿Estás bien?

—Casi.

Cuando comenzaron a caminar, Caleb comprendió que solo estaba ligeramente mareado. Estaba seguro de que podría habérselas arreglado solo, pero le gustaba la idea de subir las escaleras abrazado a ella.

—Nunca había estado en un lugar como este.

El corazón de Libby latía a demasiada velocidad. Y como Caleb apenas apoyaba su peso sobre ella, no podía culpar de ello al ejercicio. Aquella proximidad, sin embargo, era algo completamente diferente.

—Supongo que a la mayor parte de la gente le parecería una cabaña demasiado rústica, pero a mí siempre me ha encantado.

«Rústica» era una palabra demasiado suave para describirla, pensó Caleb, pero no quería ofenderla.

—¿Siempre?

—Sí, yo nací aquí.

Cal pretendía volver a decir algo, pero cuando volvió la cabeza, inspiró la fragancia de su pelo. Cuando su cuerpo se tensó, fue consciente de sus heridas.

—Es aquí mismo. Siéntate a los pies de la cama mientras la abro.

Cal hizo lo que le pedía y posó la mano en uno de los postes de la cama. Era madera, descubrió asombrado. Estaba seguro de que era madera, pero no parecía tener más de veinte o treinta años. Y eso era ridículo.

—Esta cama...

—Es comodísima. La hizo mi padre, así que baila un poco, pero el colchón es muy bueno.

Cal tensó los dedos sobre el poste.

—¿La hizo tu padre? ¿Es de madera?

—Sólida como un roble, y pesada como un tronco. Lo creas o no, yo nací en ella. En aquella época, mis padres no creían en los médicos para hacer algo tan básico y personal como tener un hijo. A mí todavía me cuesta imaginarme a mi padre con cola de caballo y llevando pulseras —se enderezó y descubrió a Cal mirándola fijamente—. ¿Ocurre algo?

Cal sacudió la cabeza. Necesitaba descanso... Mucho descanso.

—¿Esto era...? —hizo un gesto para señalar la cabaña—, ¿alguna clase de experimento?

La mirada de Libby se suavizó, mostrando una mezcla de diversión y cariño.

—Podría llamarse así —se acercó a una destartada cómoda, construida también por su padre. Después de buscar en su interior, sacó unos pantalones de chándal—. Puedes ponerte esto. Mi padre siempre deja algo de ropa en la cabaña y parece que tenéis la misma talla.

—Claro —le tomó la mano antes de que pudiera abandonar la habitación—. ¿Dónde me dijiste antes que estábamos?

Parecía tan preocupado que Libby le cubrió la mano con la suya.

—En Oregón, al sudeste de Oregón. Justo en la frontera de California con los montes Klamath.

—Oregón —aflojó ligeramente la presión de sus dedos—. ¿Estados Unidos?

—Por lo menos lo era la última vez que lo miré —preocupada, volvió a comprobar si tenía fiebre.

Cal la agarró por la muñeca, concentrándose en no hacerlo con demasiada fuerza.

—¿De qué planeta?

Libby lo miró a los ojos. Si no hubiera tenido ya oportunidad de conocerlo, habría jurado que estaba hablando en serio.

—Tierra. Ya sabes, el tercero en distancia del sol —dijo—. Y ahora descansa, Hornblower. Lo único que te pasa es que estás nervioso.

—Sí —dejó escapar un largo suspiro—, supongo que tienes razón.

Permaneció sentado donde estaba cuando Libby salió. Tenía un presentimiento, un mal presentimiento. Pero probablemente ella tenía razón. Si estaba en Oregón, en el hemisferio norte de su propio planeta, no estaba fuera de ruta. «Fuera de ruta», repitió para sí, y la cabeza comenzó a latirle. ¿Pero qué ruta llevaba? Bajó la mirada hacia el reloj que llevaba en la muñeca y frunció el ceño al ver las esferas. En un gesto nacido del instinto, más que de la razón, presionó el botoncito que sobresalía a uno de los lados. Las esferas se desvanecieron y una serie de números rojos pestañeó sobre la superficie negra.

Los Ángeles. Sintió una oleada de alivio al reconocer aquellas coordenadas. Había vuelto a la base de Los Ángeles, después de... ¿Después de qué, maldita fuera?

Se tumbó lentamente y descubrió que Libby tenía razón. La cama era sorprendentemente cómoda. Quizá si durmiera, si desconectaba durante unas horas, pudiera recordar todo lo demás. Porque al parecer era importante para ella, Cal se puso los pantalones.

¿En qué lío se había metido?, se preguntó Libby. Se sentó frente al ordenador y fijó la mirada en la pantalla en blanco. Tenía a un enfermo en sus manos. A un enfermo increíblemente atractivo, por cierto. Un hombre que había sufrido una conmoción, una amnesia parcial... y que tenía unos ojos por los que merecía la pena morir. Libby suspiró y apoyó la cabeza entre las manos. Lo de la contusión podía manejarlo. Consideraba que había aprendido lo suficiente sobre primeros auxilios mientras estudiaba los hábitos tribales de los hombres del Oeste. Con frecuencia, el trabajo de campo llevaba a los antropólogos a lugares remotos en los que no había ni médicos ni hospitales.

Pero su preparación no iba a servirle de nada con la amnesia. Y menos todavía con sus ojos. Su conocimiento de los hombres se reducía a lo que había aprendido en los libros y, normalmente,

se enfrentaba con sus hábitos sociopolíticos y culturales. Su interés había sido únicamente científico.

Era capaz de poner una buena pantalla si era necesario. Su lucha contra la timidez había sido larga y dura. La ambición la había empujado hacia delante, la había impulsado a preguntar cuando habría preferido fundirse con los demás y ser ignorada. Le había dado fuerzas para viajar, para trabajar con desconocidos y para reunir un puñado de selectos amigos.

Pero en cuanto a las relaciones personales con los hombres...

Normalmente, no le resultaba difícil disuadir a los hombres con los que socializaba. La mayoría se sentían intimidados por su mente; normalmente los menos inteligentes. Después estaba su familia. Al pensar en ello sonrió. Su madre continuaba siendo la misma artista soñadora que años atrás tejía tapices en un telar hecho a mano. Y su padre... Libby sacudió la cabeza al pensar en él. William Stone podía haber ganado una fortuna con sus hierbas, pero él nunca sería un ejecutivo.

La música de Bob Dylan y reuniones en el extranjero. Apoyo a causas perdidas y estudios sobre los márgenes de beneficios.

El único hombre al que había llevado a cenar a casa había quedado tan confundido, nervioso, e indudablemente hambriento, que Libby no podía menos que echarse a reír cada vez que lo recordaba. No había sido capaz de hacer otra cosa que quedarse mirando fijamente el suflé de soja y calabacín que había preparado su madre.

Libby era una combinación del idealismo de sus padres, la práctica científica y los sueños románticos. Creía en las buenas causas, las ecuaciones matemáticas y los cuentos de hadas. Una mente rápida y la sed de conocimiento le habían hecho entregarse a su trabajo y dejar muy poco espacio para el amor. Y la verdad era que el verdadero amor, cuando tenía que aplicárselo a ella, le aterraba.

Así que se había dedicado a buscar en el pasado, en el estudio de las formas humanas de relación.

Tenía veintitrés años y, como Caleb Hornblower habría dicho, no estaba emparejada.

Le gustaba aquella expresión. La encontraba acertada y concisa por una parte y romántica por la otra. «Estar emparejada» era un modo perfecto de describir una relación. Se corrigió a sí misma. Una verdadera relación, como la de sus padres. Quizá la razón por la que todavía se sentía más cómoda con los estudios que con los hombres fuera que todavía tenía que conocer a su pareja.

Satisfecha con su análisis, se puso las gafas y comenzó a trabajar.

2

La lluvia había amainado cuando Cal se despertó. Ya solo se oía un constante siseo y su tamborileo contra las ventanas. Era tan relajante como una cinta para dormir. Cal permaneció muy quieto durante unos minutos, recordando dónde estaba y devanándose los sesos intentando recordar por qué.

Había soñado algo sobre luces resplandecientes y un agujero negro. Los sueños habían empapado su piel de sudor y habían acelerado los latidos de su corazón. Había tenido que hacer un serio esfuerzo para estabilizarlo.

Los pilotos tenían que tener un gran dominio sobre sus cuerpos y sus sentimientos. A menudo tenían que tomar decisiones en cuestión de segundos, incluso dejándose llevar únicamente por la intuición. Y los rigores del vuelo requerían un cuerpo disciplinado y saludable.

Él era piloto. Mantuvo los ojos cerrados y se concentró en ello. Él siempre había querido volar. Había recibido una buena preparación. Se le secó la boca mientras luchaba por recordar... cualquier cosa, cualquier pieza diminuta de información.

Las FIE. Apretó los puños hasta que estabilizó nuevamente su pulso. Había estado con las FIE y alcanzado el grado de capitán. Capitán Hornblower. Ese era un dato correcto, estaba seguro. Capitán Caleb Hornblower. Cal. Todo el mundo lo llamaba Cal, excepto su madre. Una mujer alta y muy atractiva, de genio rápido y risa fácil.

Una nueva oleada de emoción lo sacudió. Podía verla. De alguna manera, aquello, más que ninguna otra cosa, le proporcionaba una sensación de identidad. Tenía familia, no pareja, de eso estaba seguro, pero sí unos padres y un hermano. Su hermano... Jacob. Cal dejó escapar un quedo suspiro mientras el nombre y la imagen se conformaban en su mente. Jacob era brillante, impulsivo y cabezota.

Como comenzó a dolerle la cabeza, dejó escapar aquel recuerdo. Ya era suficiente.

Abrió los ojos lentamente y pensó en Libby. ¿Quién era aquella mujer? No solo una mujer hermosa de pelo castaño y ojos de gato. Ser hermosa era fácil, incluso algo corriente. Pero Libby no le había parecido una mujer vulgar. Quizá fuera aquel lugar. Frunció el ceño mientras miraba los troncos de las paredes y el cristal reluciente de las ventanas. Allí no había nada normal. Y, desde luego, ninguna mujer de las que hasta entonces había conocido habría elegido vivir en un lugar como aquel. Sola.

¿De verdad había nacido en aquella cama o había sido una broma? Se le ocurrió que gran parte de la conducta de aquella joven era extraña, quizá todo fuera una broma que él no alcanzaba a comprender.

Una antropóloga cultural, le había dicho. Eso podría explicarlo. Era posible que hubiera caído en medio de algún tipo de experimento, una simulación. Por alguna razón, Liberty Stone debía de estar viviendo a la manera de la época que estaba estudiando. Era extraño, desde luego, pero en lo que a él concernía, la mayoría de los investigadores eran un poco raros. Él, por supuesto, entendía que alguien intentara mirar hacia el futuro, pero no entendía que alguien quisiera hundirse en el pasado. El pasado era algo que no se podía cambiar o arreglar, de modo que, ¿para qué estudiarlo?

En cualquier caso, aquello no era asunto suyo.

Estaba en deuda con ella. Por lo que había llegado a comprender hasta entonces sobre lo que le había pasado, podría haber muerto si ella no hubiera ido a buscarlo. Tendría que devolverle el favor en cuanto hubiera recuperado todas sus energías. Le complacía comprender que era un hombre que saldaba sus deudas.

Liberty Stone. Libby. Repitió mentalmente su nombre y sonrió. Le gustaba cómo sonaba, la suavidad de su pronunciación. Suave como sus ojos. Una cosa era ser guapa y otra muy distinta tener unos ojos maravillosamente aterciopelados. Se podía cambiar el color, la forma de unos ojos, pero nunca su expresión. Quizá fuera eso lo que la hacía tan atractiva. Todo lo que sentía parecía asomar a sus ojos.

Había conseguido despertar una gran variedad de sentimientos en ella, pensó Cal mientras se sentaba en la cama. Preocupación, miedo, diversión, deseo. Y ella había conseguido conmoverlo a él. Incluso en medio de su confusión, había sentido la intensa y saludable respuesta de un hombre a una mujer.

Dejó caer la cabeza entre las manos al sentir que empezaba a darle vueltas. Su cuerpo podía estar ardiendo de deseo por Libby Stone, pero estaba muy lejos de poder hacer nada al respecto. Más que un poco disgustado, se recostó contra la almohada. Necesitaba descansar un poco más, se dijo. Un día o dos permitiendo que su cuerpo sanara lo ayudarían a recuperar la memoria. De momento, ya sabía quién era y dónde estaba. El resto llegaría más adelante.

Le llamó la atención un libro que había sobre la mesilla de noche. Siempre le había gustado leer, casi tanto como volar. Había preferido las palabras impresas a los discos y las cintas. Ese era otro recuerdo sólido. Satisfecho con él, Cal tomó el libro.

El título lo dejó estupefacto. *Viaje a Andrómeda* parecía un título bastante estúpido para un libro, especialmente cuando pretendía ser un libro sobre ciencia-ficción. Cualquiera podía viajar a Andrómeda en un fin de semana libre, siempre y cuando estuviera dispuesto a morir de aburrimiento. Con el ceño ligeramente fruncido, comenzó a hojear el libro. Y entonces fijó la mirada en el *copyright*.

Debía de estar equivocado. Un frío sudor volvió a empapar su cuerpo. Aquello era ridículo. El libro que sostenía entre las manos era nuevo y, por el aspecto de sus páginas, se diría que jamás había sido abierto. Algún error estúpido, se dijo a sí mismo, pero tenía la boca completamente seca. Tenía que ser una errata. ¿Cómo si no podía tener entre sus manos un libro que había sido escrito casi tres siglos atrás?

Concentrada en su trabajo, Libby ignoró el pequeño dolor que sentía en el centro de la espalda. Sabía perfectamente que la postura era importante cuando llevaba horas escribiendo, pero en cuanto se perdía en una de aquellas civilizaciones arcaicas, se olvidaba de todo lo demás.

No había comido nada desde el desayuno, y el té que se había llevado estaba frío como el hielo. Las notas y los libros de referencia estaban extendidos por doquier, junto a la ropa que todavía no había recogido y una pila de periódicos. Se había quitado los zapatos y tenía los pies sobre la silla. De vez en cuando, dejaba de teclear para empujar suavemente sus gafas redondas y fijarlas nuevamente en su nariz.

No se podía discutir que la introducción de algunos instrumentos modernos había tenido fuertes y no siempre positivos efectos sobre la cultura de los Kolbari. Los isleños habían permanecido, durante la segunda mitad del siglo XX, fieles a su cultura tradicional y no habían buscado ningún tipo de integración con las modernas sociedades industriales de la zona. Lo que podía ser visto por algunos como influencias convenientes, como la del progreso médico, industrial y educativo, era más a menudo...

—Libby.

—¿Qué? —pronunció aquella palabra con un siseo de enfado antes de volverse—. Oh.

Vio a Cal, pálido y tembloroso, apoyándose con una mano en el marco de la puerta y con la otra en la pared.

—¿Qué haces levantado, Hornblower? Te dije que me llamaras si necesitabas algo.

Irritada con él y con aquella interrupción, se levantó para ayudarlo a sentarse. Pero en cuanto le tocó el brazo, él retrocedió.

—¿Qué llevas en la cara?

Su tono de voz hizo que Libby se humedeciera los labios con gesto de preocupación. Había furia y un deje de terror en su voz. Una combinación peligrosa.

—Gafas. Unas gafas para leer.

—Ya sé lo que son, maldita sea. ¿Pero por qué las llevas?

«Tranquila», se advirtió Libby a sí misma. Lo agarró suavemente del brazo y le habló como si estuviera intentando tranquilizar a un león herido.

—Las necesito para trabajar.

—¿Y por qué no te los has arreglado?

—¿Te refieres a las gafas?

Cal apretó los dientes.

—Los ojos. ¿Por qué no te han arreglado la vista?

Con recelo, Libby se quitó las gafas y las escondió tras su espalda.

Cal sacudió pesaroso la cabeza.

—Quiero saber qué quiere decir esto.

Libby miró el libro que Cal sostenía en la mano y blandía beligerante frente a su rostro. Se aclaró la garganta.

—No sé lo que quiere decir porque todavía no lo he leído. Supongo que lo dejó allí mi padre, es muy aficionado a la ciencia-ficción.

—Eso no es lo que... —«paciencia», se dijo a sí mismo. Nunca le había sobrado y aquel era un buen momento para hacer acopio de la poca que pudiera reunir—. Ábrelo y mira el *copyright*.

—De acuerdo. Lo haré si te sientas. No tienes buen aspecto.

Cal alcanzó la silla con dos grandes zancadas.

—Ábrelo y lee la fecha.

Las heridas en la cabeza a menudo provocaban conductas erráticas, pensó Libby. No creía que fuera peligroso, pero de todas formas decidió que era preferible seguirle la corriente.

—Mil novecientos ochenta y nueve —intentó esbozar una sonrisa—. Acaba de salir de la imprenta.

—¿Es una broma?

—No estoy segura —estaba furioso, comprendió Libby. Y asustado—. Caleb —pronunció suavemente su nombre mientras se sentaba a su lado.

—¿Ese libro tiene algo que ver con tu trabajo?

—¿Con mi trabajo?

Aquella pregunta la dejó tan desconcertada que lo miró con el ceño fruncido. Después se volvió hacia el ordenador que tenía tras ella.

—Soy antropóloga. Eso significa que estudio...

—Ya sé lo que significa —la paciencia podía ser una maldición. Indignado, le arrebató el libro—. Lo que quiero saber es qué significa esto.

—Solo es un libro. Tratándose de mi padre, seguramente será una obra mediocre de ciencia-ficción sobre invasiones procedentes del planeta Kriswold. Ya sabes, mutantes, pistolas láser y guerreros del espacio. Ese tipo de cosas —le tomó la mano—. Y ahora déjame llevarte otra vez a la cama. Después te prepararé una sopa.

Cal la miró, vio su dulce mirada desbordante de preocupación y su consoladora sonrisa. Y sus nervios. Sus ojos volaron hacia la mano que descansaba casi protectoramente sobre la suya, a pesar de que era evidente que la había asustado. Había una conexión entre ellos. Pero era absurdo creer algo así, casi tanto como creer en la fecha del libro.

—A lo mejor me he vuelto loco.

—No.

Libby se olvidó inmediatamente del miedo y elevó la mano hacia el rostro de Caleb, intentando tranquilizarlo como hubiera hecho con cualquiera que pareciera tan terriblemente perdido como él.

—Solo estás herido.

Cal cerró los dedos con una fuerza sorprendente sobre su muñeca.

—¿Habrás salido de un banco de recuerdos? Sí, quizá. Libby... —sus ojos habían adquirido una repentina intensidad; parecían casi desesperados—. ¿Qué día es hoy?

—Veinticuatro o veinticinco de mayo. He perdido la cuenta.

—No, la fecha completa —luchó para imprimir alguna calma a su voz—. Por favor.

—De acuerdo, probablemente sea martes, veinticinco de mayo de mil novecientos ochenta y nueve. ¿Qué te parece?

—Estupendo.

Haciendo acopio de la última brizna de control que le quedaba, le sonrió. Uno de ellos estaba loco, y le encantaría que fuera ella.

—¿Tienes algo de beber, aparte de infusiones?

Libby frunció el ceño un instante. Pero pronto su rostro se aclaró.

—*Brandy*. Hay *brandy* en el piso de abajo. Espera un momento.

—Sí, gracias.

Cal esperó hasta que la oyó bajar las escaleras. Entonces, con mucho cuidado, se levantó y abrió el primer cajón que encontró a mano. Tenía que haber algo en aquel ridículo lugar que pudiera indicarle dónde estaba.

Encontró lencería, perfectamente doblada a pesar del caos de la habitación. Frunció el ceño un momento, mientras observaba los estilos y materiales. Libby le había dicho que no tenía pareja, pero era evidente que llevaba ropa interior que gustaba a los hombres. Aparentemente, prefería el romanticismo de otras épocas en lo que se refería a la ropa interior. Más nervioso todavía ante la imagen de Libby con aquellas minúsculas prendas oscuras de encaje, empujó el cajón.

El siguiente cajón estaba tan ordenado como el anterior. En él había vaqueros y pantalones deportivos. Fijó su atónita mirada en una cremallera, la subió y la bajó lentamente y después volvió a dejar los vaqueros en su lugar. Enfadado, se volvió y se acercó al escritorio, donde continuaba zumbando el ordenador. Tuvo tiempo de pensar que se trataba de una máquina ruidosa y arcaica antes de tropezar con la pila de periódicos. No leyó los titulares ni estudió las fotografías. Sus ojos volaron inmediatamente hacia la fecha.

Veintitrés de mayo de mil novecientos ochenta y nueve.

Se le encogió el estómago. Ignorando el repentino zumbido de los oídos, se agachó para tomar un periódico. Las palabras bailaban delante de sus ojos. Algunas hacían referencia a conversaciones sobre armamento... Sobre armamento nuclear y peligros en Oriente Medio. Había un chiste sobre la derrota de los Brave a manos de los Mariner. Muy lentamente, sabiendo que las piernas podían fallarle en cualquier momento, se dejó caer en una silla.

Era terrible para ser verdad, pensó aturdido. Demasiado terrible, pero no era Libby la que se había vuelto loca.

—¿Caleb? —en cuanto vio su rostro, Libby entró precipitadamente en la habitación y estuvo a punto de derramar el *brandy*—. Estás blanco como el papel.

—No es nada —tendría que tener mucho cuidado a partir de su descubrimiento. Mucho cuidado—. Creo que me he levantado demasiado rápido.

—Esto te vendrá bien —sostuvo la copa hasta que Caleb la agarró con firmeza con ambas manos—. Bébetelo despacio —empezó a decir, pero para entonces Cal ya se lo había terminado. Meciéndose sobre los talones, Libby lo miró con el ceño fruncido—. Después de esto, o te pones bien, o vuelves a desmayarte otra vez.

El *brandy* era auténtico, no una alucinación, decidió Cal. Lo sentía como una lengua de fuego aterciopelado descendiendo por su garganta. Cerró los ojos y dejó que el fuego se extendiera por su cuerpo.

—Todavía estoy un poco desorientado. ¿Cuánto tiempo he estado aquí?

—Te traje ayer por la noche.

El color había vuelto a su rostro, advirtió Libby. Su voz sonaba más tranquila, más controlada. Cuando sus músculos se relajaron, Libby fue consciente de lo tensa que había estado hasta

entonces.

—Supongo que cuando vi que te estrellabas debían de ser cerca de las doce.

—¿Lo viste?

—Bueno, vi el resplandor y oí el golpe —sonrió y estaba tomándole el pulso cuando Cal volvió a abrir los ojos—. Por un momento, pensé que era un meteoro, un ovni o algo parecido.

—¿Un... Un ovni? —repitió Cal, aturdido.

—No es que yo crea en extraterrestres ni en naves espaciales y ese tipo de cosas, pero a mi padre siempre le han fascinado. Enseguida me di cuenta de que era un avión —Cal volvía a mirarla fijamente, advirtió Libby, pero era curiosidad más que enfado lo que mostraban sus ojos—. ¿Te encuentras mejor?

Cal no podía ni empezar a explicarle cómo se encontraba. Y tenía la vaga sensación de que para todos sería lo mejor. Tenía que pensar antes de poder decir nada.

—Un poco —esperando todavía que todo aquello fuera un extraño error, sacudió el periódico que tenía en la mano—. ¿De dónde has sacado esto?

—Estuve en Brookings hace un par de días. Eso está a unos cien kilómetros de aquí. Fui a comprar comida y algunos periódicos —miró con aire ausente el ejemplar que sostenía Cal en la mano—. Todavía no he podido leer ninguno, así que casi todo son noticias atrasadas.

—Sí —miró el resto de periódicos que continuaban en el suelo—. Noticias atrasadas.

Con una carcajada, Libby se levantó y comenzó a ordenar la habitación.

—En esta casa, siempre me he sentido muy aislada, más incluso que cuando estoy haciendo trabajo de campo a cientos o miles de kilómetros de mi casa. Podríamos haber establecido una colonia en Marte y yo no me enteraría hasta terminar la tesina.

—Una colonia en Marte —murmuró Cal, sintiendo que se le hundía el estómago mientras volvía a mirar el periódico—. Creo que todavía tendrás que esperar cerca de un siglo.

—Siento tener que perderme algo así —con un suspiro, miró hacia la ventana—. Está lloviendo otra vez. A lo mejor podemos ver el pronóstico del tiempo en el telediario de la mañana —después de abrirse paso entre los libros, se acercó a un pequeño televisor portátil.

Al cabo de unos segundos, apareció una imagen borrosa en la pantalla. Libby se pasó la mano por el pelo y decidió ver la televisión sin gafas.

—El tiempo deberían darlo en... ¿Caleb? —inclinó la cabeza hacia un lado, fascinada por la expresión estupefacta de Cal—. Juraría que no has visto un televisor en tu vida.

—¿Qué?

Caleb recobró la compostura al tiempo que deseaba que le ofrecieran otro *brandy*. Un televisor. Había oído hablar de ellos, por supuesto, de la misma forma que Libby habría oído hablar de los coches de caballos.

—No sabía que tenías un televisor.

—Somos un poco rústicos —le explicó—. No primitivos —lo miró con los ojos entrecerrados al oír su carcajada atragantada—. A lo mejor deberías tumbarte otro rato.

—Sí —y cuando volviera a despertarse, descubriría que todo aquello había sido un sueño—. ¿Te importa que me lleve esos periódicos?

Libby se levantó para ayudarlo a levantarse.

—No sé si deberías leer.

—Creo que esa es la última de mis preocupaciones.

Caleb descubrió que en aquella ocasión la habitación no le daba vueltas, pero continuaba siendo un gran consuelo poder pasar el brazo por sus hombros.

—Libby, si me despierto y descubro que todo esto ha sido una ilusión, quiero que sepas que has sido la mejor parte de ella.

—Eres muy amable.

—Lo digo en serio.

El *brandy* y su propia debilidad estaban apoderándose nuevamente de él. Sentía la mente como si hubiera sufrido una insolación, y no estaba en condiciones de resistirse. Libby no tuvo muchos problemas para llevarlo a la cama. Pero cuando llegaron, Cal continuó con el brazo alrededor de sus hombros, y allí lo dejó mientras se acercaba a ella para rozar sus labios.

—La mejor parte.

Libby retrocedió al instante. Cal se había quedado dormido y ella sentía el pulso latándole a toda velocidad.

¿Quién era Caleb Hornblower? Aquella pregunta estuvo interrumpiendo el trabajo de Libby durante toda la noche. Su interés por los isleños de Kolbari no podía competir con su creciente fascinación por aquel inesperado y confuso huésped.

¿Quién era y qué iba a hacer con él? El problema era que tenía toda una lista de preguntas sin respuestas para aplicarle a su extraño paciente. Caleb Hornblower. Libby era una experta en hacer listas y también una mujer que se conocía a sí misma lo suficientemente bien como para ser consciente de que todas sus cualidades organizativas estaban alimentadas por su trabajo.

¿Quién era él? ¿Y qué haría volando en medio de una tormenta? ¿De dónde había salido y hacia dónde se dirigía? ¿Por qué una simple novela le provocaba terror? ¿Y por qué la había besado?

Puso fin a sus pensamientos en aquel momento. Aquella pregunta en particular no era en absoluto importante, se recordó. Y tampoco el que la hubiera o no besado era la cuestión que debería preocuparle. Lo había hecho por gratitud, decidió. Y comenzó a morderse la uña del pulgar. Solo estaba intentando demostrarle que le estaba agradecido. Libby comprendía que un beso era, o podía ser, un gesto completamente natural. Era parte de la cultura del Oeste. Durante siglos, había sido algo tan intrascendente como una sonrisa o un apretón de manos. Era un signo de amistad, afecto, simpatía y gratitud. Y deseo. Se mordió con más fuerza la uña.

No todas las sociedades hacían uso del beso, por supuesto. Muchas culturas tribales... Ya estaba sentando cátedra otra vez, pensó disgustada. Miró hacia sus manos. Y se estaba mordiendo las uñas. Eso era una mala señal.

Lo que necesitaba era sacarse de la cabeza a Hornblower durante un rato y alimentarse bien. Llevándose una mano al estómago, se levantó. En aquel estado, no podía seguir trabajando, de modo que podría aprovechar para comer algo.

Como la habitación de Caleb estaba a oscuras, pasó por delante, diciéndose que ya comprobaría cómo se encontraba cuando volviera. Indudablemente, dormir era mucho más importante para su recuperación que otra comida.

Oyó el retumbar de un trueno mientras bajaba las escaleras. «Otra mala señal», pensó. A ese ritmo, tardarían días en poder bajar de las montañas.

A lo mejor ya había alguien que lo estaba buscando. Amigos, familiares, compañeros de trabajo. Una esposa, una amante. Todo el mundo tenía a alguien.

Buscó a tientas la luz de la cocina mientras el cielo se alumbraba con el primer relámpago. No tardaría en sonar un trueno, decidió mientras abría la puerta del frigorífico. Como no encontró nada que le apeteciera, buscó en los armarios. Una noche como aquella pedía disfrutar de un buen cuenco de sopa frente al fuego. Y sola.

Suspiró mientras abría la lata. Últimamente había estado empezando a pensar en lo de estar sola. Como antropóloga, conocía las razones de su reciente preocupación. Vivía en una cultura de parejas. Los solteros, los desemparejados, recordó con una sonrisa, tanto hombres como mujeres, a menudo se sentían insatisfechos y tristes en soledad. Sutil, y no tan sutilmente, los medios de comunicación los bombardeaban con los supuestos placeres de las relaciones de pareja. Las familias presionaban a los solteros para que se casaran y continuaran la saga familiar. Los amigos bien intencionados ofrecían ayuda y consejos, que generalmente nadie les pedía, con el fin de ayudarlos a encontrar pareja. El ser humano estaba programado, casi desde el nacimiento, para buscar y encontrar compañía en alguien del sexo contrario.

Quizá fuera esa la razón por la que ella se había resistido. Un análisis interesante, reflexionó mientras removía la sopa. El deseo de individualidad y autosuficiencia le había sido inculcado desde el nacimiento. Haría falta una persona muy especial para que deseara compartir algo con ella. Había tenido muy pocas citas estando en el instituto. Y el mismo patrón de relaciones se había reproducido en la universidad. No estaba interesada en ellas.

Bueno, eso no era del todo cierto. Había tenido interés, el problema era que casi siempre su interés había sido científico. Nunca había conocido a un hombre que la deslumbrara lo suficiente como para evitar que continuara haciendo listas y formulando hipótesis. Profesora Stone, la llamaban en el instituto. Y todavía le dolía. En la universidad, la habían considerado como una suerte de virgen profesional. Ella lo detestaba y había hecho todo lo posible para ignorarlo, dedicando a los estudios todas sus energías. Su personalidad la había ayudado a hacer amigos de ambos sexos. Pero las relaciones íntimas eran cuestión aparte.

Tras haber analizado todos aquellos datos, decidió que nunca había habido nadie que le hubiera hecho... bueno, anhelarlas. Sí, ese era el término apropiado.

Y suponía que no había un solo hombre en el planeta que pudiera hacerle anhelar una relación.

Con la cuchara de madera en mano, se volvió para sacar un cuenco. Por segunda vez, vio a Cal en el marco de la puerta. Soltó un grito amortiguado y la cuchara salió volando por la cocina. Un relámpago iluminó la habitación, que casi inmediatamente se sumió en una total oscuridad.

—¿Libby?

—Maldita sea, Hornblower. Me gustaría que no hicieras eso —hablaba casi sin respiración mientras buscaba una vela en los cajones—. Me has dado un susto de muerte.

—¿Me creerías si te dijera que soy uno de los mutantes de Andrómeda?

Había una sequedad en sus palabras que hizo que Libby arrugara la nariz.

—Ya te he dicho que yo no leo esas tonterías —cerró un cajón, pillándose el pulgar, soltó una maldición y abrió otro cajón—. ¿Dónde estarán esas estúpidas cerillas?

Se volvió y chocó contra el pecho de Cal en medio de la oscuridad. Un nuevo relámpago iluminó el rostro de su huésped. Y bastó aquella visión fugaz para que a Libby se le secara la boca: Caleb tenía un aspecto imponente, fuerte y peligroso.

—Estás temblando —su voz era un susurro casi imperceptible, pero la agarraba con fuerza por los hombros—. ¿Estás asustada?

—No, yo...

Libby no era una mujer a la que le asustara la oscuridad. Y, desde luego, no era una mujer que temiera a los hombres... intelectualmente hablando. Pero estaba temblando. Las manos que había posado sobre el pecho desnudo de Caleb temblaban. Y el intelecto no tenía nada que ver con aquella reacción.

—Tengo que encontrar las cerillas.

—¿Por qué has apagado las luces?

Libby olía maravillosamente bien, pensó. En aquella fría y absoluta oscuridad, podía concentrarse en su fragancia. Era ligera y casi pecadoramente femenina.

—No las he apagado yo. La tormenta ha cortado la electricidad —Caleb tensó los dedos sobre su brazo con tanta fuerza que la hizo jadear—. ¿Caleb?

—Cal —un rayo volvió a iluminarlos y Libby advirtió que la mirada de Cal se había oscurecido. En aquel momento la tenía fija en la ventana, en la tormenta—. La gente me llama Cal.

Cedió la tensión de su mano. Y aunque Libby estaba obligándose a relajarse, bastó el sonido de un trueno para que se sobresaltara.

—Me gusta más Caleb —comentó, esperando que su voz sonara alegre y natural—. Así que tendremos que reservarlo para las ocasiones especiales. Ahora tienes que soltarme.

Cal deslizó las manos hasta las muñecas de Libby y se separó ligeramente de ella.

—¿Por qué?

A Libby se le quedó la mente en blanco. Bajo las palmas de las manos, sentía los firmes y fuertes latidos del corazón de Cal. Lentamente, Cal alzó las manos hasta sus codos y comenzó a trazar eróticos círculos con los pulgares en la zona más sensible de su piel. Libby ya no podía verlo, pero podía saborear el cálido aliento que se abría paso entre sus labios.

—Yo... —sentía cómo iba aflojándose cada uno de los músculos de su cuerpo—. No... —casi se ahogó al pronunciar aquella palabra mientras retrocedía—. Tengo que encontrar las cerillas.

—Como tú digas.

Inclinándose débilmente contra la encimera, comenzó a buscar de nuevo en los cajones. Después de encontrar la caja, tardó al menos un minuto en poder encender una cerilla. Pensativo, con las manos hundidas en los pantalones, Cal observaba bailar aquella pequeña llama. Libby encendió dos velas y le tendió una a él.

—Estaba calentando sopa, ¿te apetece?

Muy bien. Mantenerse ocupada la ayudaba a tranquilizarse.

—Supongo que te encuentras mejor.

Cal curvó los labios en una sonrisa carente de humor cuando pensó en las horas que había permanecido tumbado en medio de la oscuridad, deseando recuperar por completo la memoria.

—Supongo que sí.

—¿Te duele la cabeza?

—No mucho.

Libby sirvió el agua para el té y lo colocó todo meticulosamente en una bandeja.

—Yo pensaba cenar frente a la chimenea.

—De acuerdo —Cal tomó las dos velas y la siguió.

La tormenta ayudaba, pensó Cal. Hacía que todo lo que veía, todo lo que hacía, pareciera mucho más irreal. Quizá para cuando cesara la lluvia, ya sabría lo que tenía que hacer.

—¿Te ha despertado la tormenta?

—Sí.

No sería aquella la última mentira que le dijera. Aunque sentía tener que servirse de las mentiras, Cal sonrió y se sentó en una silla frente a la chimenea. Había algo encantador en estar en un lugar en el que una tormenta podía dejarlo a uno en la más completa oscuridad, dependiendo de las velas y el fuego de la chimenea. Ningún ordenador podría haber recreado una escena mejor.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará en volver la luz?

—Una hora —Libby probó la sopa. Aquel sabor casi consiguió tranquilizarla—. Un día —soltó una carcajada y sacudió la cabeza—. Papá siempre hablaba de conectar un generador, pero esa es una de esas cosas que siempre ha dejado pendientes. Cuando éramos pequeñas, a veces cocinábamos en la chimenea los días de invierno. Y dormíamos todos aquí, acurrucados en el suelo, mientras mis padres se turnaban para evitar que se apagara el fuego.

—Te gustaba.

Cal conocía a personas que acampaban en zonas protegidas. Siempre había pensado que era una locura, pero cuando Libby hablaba de ello, parecía algo hogareño, acogedor.

—Me encantaba. Supongo que vivir aquí durante los cinco primeros años de mi vida me ha ayudado a manejarme bien cuando tengo que hacer trabajo de campo en lugares un tanto primitivos.

Estaba relajada otra vez. Cal podía verlo en sus ojos, lo oía en su voz. Aunque estando nerviosa Libby le resultaba muy atractiva, prefería que estuviera relajada. Cuanto más tranquila estuviera, más información podría cosechar.

—¿Qué época estudias?

—No estudio ninguna época específica. Me interesa la cultura tribal, principalmente de grupos aislados, y estudiar en ellos los efectos de las herramientas modernas y las máquinas. Cosas como la electricidad cambian los valores sociopolíticos y tradicionales de los humanos. He estudiado culturas extintas, como la de los aztecas y los incas —era fácil, decidió. Cuanto más hablara de trabajo, menos tendría que pensar en el inquietante momento de la cocina o en su inexplicable forma de reaccionar ante la cercanía de Caleb—. Estoy pensando en ir a Perú en otoño.

—¿Cómo empezaste a interesarte por ese tipo de cosas?

—Creo que fue en un viaje a Yucatán, cuando era niña, y vi todas esas ruinas maravillosas. ¿Alguna vez has estado en México?

Cal intentó indagar en su pasado y recordó una noche particularmente salvaje en Acapulco.

—Sí, hace unos diez años —o un par de centurias, pensó, y bajó la mirada hacia el cuenco con el ceño fruncido.

—¿Lo pasaste mal?

—¿Qué? No. Este té... —bebió otro sorbo—. Me resulta familiar.

Sonriendo, Libby subió las piernas al sofá.

—Mi padre se alegrará de oírlo. Herbal Delight, esa es su empresa. Y todo empezó aquí, en esta cabaña.

Cal bajó la mirada hacia la taza. De pronto, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Yo pensaba que era una leyenda.

—No —Libby lo estudió, con una media sonrisa en el rostro—. No entiendo dónde le ves la gracia.

—Es difícil de explicar.

¿Debería decirle que en doscientos sesenta y siete años Herbal Delight sería una de las diez más poderosas empresas de la Tierra y sus colonias? ¿Debería decirle que ya no solo se dedicaba a las infusiones, sino que producía combustible orgánico y solo Dios sabía cuántas cosas más? Allí estaba Cal Hornblower, pensó, cómodamente sentado en la cabaña en la que empezó todo. Advirtió que Libby lo estaba mirando fijamente, como si estuviera a punto de tomarle el pulso otra vez.

—Mi madre solía darme esto —le explicó Cal—, cuando tenía... —no estaba seguro de qué enfermedad infantil podía nombrar, pero sí de que no era la fiebre del polvo rojo—. Cada vez que no me encontraba bien.

—Un remedio para todas las enfermedades. Parece que estás recuperando la memoria.

—Recuerdo cosas, pequeñas piezas de información —comentó, todavía receloso—. Me resulta más fácil recordar la infancia que lo que pasó anoche.

—Supongo que es normal. ¿Estás casado?

¿Cómo se le habría ocurrido hacerle esa pregunta?, se preguntó Libby, y concentró su atención en el fuego.

Cal se alegró de que no lo estuviera mirando cuando asomó una sonrisa a su rostro.

—No. Y no sería prudente desearte si lo estuviera.

Libby se quedó boquiabierta. Se volvió para mirarlo. Rápidamente se levantó, y comenzó a apilar los platos en la bandeja.

—Tengo que llevar esto a la cocina.

—¿Preferirías que no te lo hubiera dicho?

Libby tuvo que tragar saliva antes de poder pronunciar palabra.

—¿Decirme qué?

—Que te deseo.

Cal cerró la mano sobre su muñeca para impedir que se marchara. Le asombraba y excitaba sentir su pulso latiendo a toda velocidad. Su detenido examen de la prensa no le había dado una sola pista de cómo se relacionaban los hombres y las mujeres en aquella época, pero estaba seguro de que las cosas no podían ser muy diferentes.

—Sí... No.

Sonriendo, le quitó la bandeja de las manos.

—¿En qué quedamos?

—No creo que sea una buena idea —cuando Cal se levantó, Libby retrocedió y sintió el calor del fuego de la chimenea en las piernas—. Caleb...

—¿Estás segura? —dibujó con un dedo su barbilla y observó sus ojos encenderse con la misma intensidad de las llamas que ardían a su espalda.

—No.

Era ridículo. Aquel hombre no podía hacerla temblar con solo tocarla. Pero lo único que había hecho había sido tocarla, y ella estaba temblando.

—Cuando me desperté y te vi durmiendo en esa silla, frente a la chimenea, pensé que eras una ilusión —Cal deslizó el pulgar por su labio inferior—. Ahora también me lo pareces.

Pero Libby no se sentía como una ilusión. Se sentía real, terriblemente real. Y estaba asustada.

—Tengo que dejar la chimenea preparada para esta noche, y tú deberías dormir.

Cuadró los hombros, furiosa al darse cuenta de que le sudaban las manos. No tartamudearía, se prometió a sí misma. No se comportaría como una estúpida sin experiencia. Debía manejarlo como la mujer fuerte e independiente que era. Una mujer que sabía exactamente lo que quería.

—No voy a acostarme contigo. No te conozco.

Así que esa era una condición, reflexionó Cal. Después de pensar en ello, descubrió que era bastante dulce y no completamente ilógico.

—De acuerdo. ¿Y cuánto tiempo necesitas?

Libby se quedó mirándolo fijamente. Al cabo de un rato, se pasó las manos por el pelo.

—No sé si estás de broma o no, pero sí que eres el hombre más extraño que he conocido en mi vida.

—Y no sabes hasta qué punto —la vio amontonar la leña con mucho cuidado. Tenía manos eficaces, pensó. Un cuerpo atlético y los ojos más vulnerables que había visto en su vida—. Mañana ya nos conoceremos el uno al otro. Entonces podremos acostarnos.

Libby se incorporó tan rápidamente que se golpeó la cabeza con la repisa de la chimenea. Maldiciendo, se frotó la cabeza y se volvió hacia él.

—No necesariamente. De hecho, es bastante improbable.

Cal tomó la pantalla de la chimenea y la colocó frente al fuego, exactamente como la había visto hacer a ella anteriormente.

—¿Por qué?

—Porque... —estaba tan nerviosa que tardó algunos segundos en encontrar las palabras adecuadas— yo no hago ese tipo de cosas.

Libby sabía reconocer el auténtico asombro cuando lo veía. Y era asombro lo que reflejaban los ojos oscuros de Cal mientras la miraba fijamente.

—¿Nunca?

—De verdad, Hornblower, eso no es asunto tuyo.

La dignidad ayudaba, pero no resolvía del todo su zozobra. Mientras se llevaba la bandeja, los cuencos tintinearón peligrosamente. Y habrían terminado hechos añicos en el suelo si él no la hubiera ayudado a recuperar el equilibrio.

—¿Por qué estás tan enfadada? Yo solo quiero hacer el amor contigo.

—Escucha —tomó aire—. Ya he tenido suficiente. Te hice un favor y no me gusta que ahora insinúes que debería acostarme contigo solo porque... porque a ti te apetezca. No lo encuentro halagador. De hecho, me parece ofensivo que creas que estaría dispuesta a hacer el amor con un desconocido solo porque a ti te parezca conveniente.

Cal inclinó la cabeza, intentando comprenderla.

—Entonces ¿es inconveniente?

Libby apretó los dientes.

—Escucha, Hornblower, te llevaré al bar de solteros más cercano en cuanto podamos salir de aquí. Hasta entonces, procura guardar las distancias.

Y sin más, salió dando un portazo de la habitación. Caleb pudo oír el estrépito de los vasos en la cocina.

Hundió las manos en los bolsillos mientras comenzaba a subir las escaleras. Las mujeres del siglo XX eran muy difíciles de entender. Fascinantes, admitió, pero difíciles.

¿Y qué demonios serían los bares de solteros?

3

Cal se sentía prácticamente normal a la mañana siguiente. Normal, se dijo, si se tenía en cuenta que todavía no había nacido. Era una situación extrañísima. Y altamente improbable si se atendía a las más recientes teorías científicas. Además, en el fondo, continuaba aferrándose a la posibilidad de que todo aquello fuera una especie de largo sueño.

Si tenía un poco de suerte, se despertaría en un hospital, todavía impactado y con algún daño cerebral. Pero por el aspecto que iban cobrando las cosas, lo más probable era que hubiera sido arrojado doscientos sesenta y tres años atrás, hasta el primitivo y a menudo violento siglo XX.

El único recuerdo que tenía de lo que había ocurrido antes de su despertar en el sofá de Libby era que estaba volando en su nave. No, eso no era del todo exacto. Estaba intentando que su nave volara. Había ocurrido algo. Algo que todavía no era capaz de recordar con nitidez. Pero, fuera lo que fuera, había sido algo importante.

Se llamaba Caleb Hornblower. Había nacido en el año dos mil doscientos veintidós. Por eso el dos era su número de la suerte, recordó entre risas. Con treinta años, desemparejado, era el mayor de dos hijos y antiguo miembro de la Fuerza Internacional Espacial. Había sido capitán, pero desde los últimos dieciocho meses volaba como independiente. Estaba realizando un trabajo rutinario para la Colonia Brigston de Marte y se había desviado de la ruta habitual por culpa de una lluvia de meteoritos. Y después había ocurrido. Fuera lo que fuera, había ocurrido entonces.

En ese momento, tenía que enfrentarse al hecho de que algo lo había hecho retroceder en el tiempo. Se había estrellado, y no solo contra la atmósfera terrestre, sino contra dos siglos y medio. Él era un piloto sano e inteligente que había ido a parar a una época en la que los científicos consideraban los viajes interplanetarios como una tontería de la ciencia-ficción y se dedicaban, increíblemente, a jugar con la fisión nuclear.

Lo mejor de aquella experiencia era que no había muerto y que había aterrizado en una zona solitaria en manos de una maravillosa morena.

Suponía, por tanto, que la situación podía haber sido mucho peor.

El problema en ese momento era averiguar cómo iba a regresar a su propio tiempo. Y vivo.

Se colocó la almohada, se frotó suavemente la barbilla y se preguntó cómo reaccionaría Libby si bajara y le relatara su historia.

Probablemente, en cuestión de segundos, se descubriría a sí mismo fuera de la casa, llevando encima solamente los pantalones de su padre. O bien Libby llamaría a las autoridades y lo

arrastrarían al equivalente, en mil novecientos ochenta y nueve, a una clínica de descanso y rehabilitación. Y no creía que dispusieran de excesivos recursos.

Una de las cosas que más le irritaban en aquel momento era haber sido tan mal estudiante de historia. Lo que él sabía sobre el siglo XX apenas podía llenar una pantalla de ordenador. Pero imaginaba que tendrían una manera un tanto primitiva de tratar con un hombre que decía haber estrellado su F27 contra una montaña en un viaje de rutina hacia Marte.

De modo que iba a tener que mantener su problema en secreto. Y para ello, a partir de entonces tendría que tener mucho más cuidado con todo lo que decía. Y hacía.

Era obvio que la noche anterior había dado un paso equivocado. En más de un sentido. Hizo una mueca al recordar cómo había reaccionado Libby ante la simple sugerencia de que pasaran la noche juntos. Era evidente que las cosas se hacían de manera diferente en el pasado... No, se corrigió, en el presente. Y era una pena que no les hubiera prestado más atención a esas antiguas novelas de amor que tanto le gustaba leer a su madre.

En cualquier caso, su problema era mucho más grave que haber sido rechazado por una mujer atractiva. Tenía que regresar a la nave e intentar reconstruir mentalmente lo ocurrido. Después tendría que convertirlo en realidad. Por lo que podía ver, aquella iba a ser la única forma de volver a casa otra vez.

Libby tenía un ordenador, recordó. Por arcaico que fuera, entre aquel aparato y el miniordenador que llevaba él en la muñeca podría calcular una trayectoria.

Pero en ese momento lo que le apetecía era ducharse, afeitarse y comerse un par de huevos. Abrió la puerta justo en el momento en el que Libby estaba a punto de entrar.

La taza de café humeante que llevaba la joven en las manos estuvo a punto de terminar sobre el pecho desnudo de Cal. Libby consiguió sostenerla, aunque en el fondo pensaba que Caleb se merecía que le hubiera escaldado el pecho.

—He pensado que a lo mejor te apetecía un café.

—Gracias —Cal advirtió que su voz era fría y tenía la espalda tensa. A menos que se equivocara, las mujeres no habían cambiado demasiado. La actitud de fría indiferencia nunca había pasado de moda.

—Quiero disculparme —empezó a decir, ofreciendo la mejor de sus sonrisas—. Creo que anoche me salí un poco de órbita.

—Es una forma de decirlo.

—Lo que quiero decir es que... tenías razón y yo estaba equivocado —si eso no funcionaba, era que no sabía nada sobre la naturaleza de las mujeres.

—De acuerdo —nada le hacía sentirse más incómoda que mantener el mal humor—. Lo olvidaremos.

—¿Y te parece bien que crea que tienes unos ojos muy bonitos? —la vio sonrojarse, y le pareció todavía más encantadora.

—Supongo que sí.

Las comisuras de sus labios se elevaron para dar paso a una sonrisa. No se había equivocado con lo de la sangre celta, reflexionó Libby. Y si aquel hombre tenía antecedentes irlandeses, tendría que buscar una forma diferente de tratar con él.

—Si no puedes evitarlo...

Cal le tendió la mano.

—¿Amigos?

—Amigos.

En cuanto sus manos se rozaron, Libby se preguntó por qué tendría la sensación de que había cometido un error. O de acabar de saltar al vacío. Bastaba que aquel hombre la rozara con las yemas de sus dedos para que el pulso se le acelerara de forma vertiginosa. Lentamente, deseando que Caleb no hubiera sido tan obviamente consciente de su reacción, apartó la mano.

—Voy a preparar el desayuno.

—¿Te parece bien que me dé una ducha?

—Claro. Te enseñaré dónde está todo —sintiéndose más tranquila al tener algo práctico que hacer, se dirigió hacia el pasillo—. Tienes toallas limpias en el armario —abrió una puerta—. Y aquí tienes cuchillas, por si quieres afeitarte —le ofreció una cuchilla y un tubo de espuma—. ¿Te ocurre algo?

Caleb estaba observando aquellos utensilios como si fueran instrumentos de tortura.

—Supongo que estarás acostumbrado a la maquinilla eléctrica, pero aquí no tenemos.

—No —consiguió esbozar una débil sonrisa. Esperaba no cortarse el cuello—. Esto bastará.

—Y cepillo de dientes —intentando no mirarlo, le tendió un cepillo de dientes sin estrenar—.

Tampoco tenemos cepillos eléctricos.

—Yo... Puedo arreglármelas sin ese tipo de comodidades.

—Estupendo. Puedes usar toda la ropa que encuentres en el dormitorio que te quede bien. Supongo que hay vaqueros y jerséis. Dentro de media hora, tendré listo el desayuno. ¿Tendrás tiempo suficiente?

—Claro.

Cal todavía tenía la mirada fija en el instrumental que tenía entre las manos cuando Libby cerró la puerta.

Fascinante. Una vez superado el pánico, el miedo y la incredulidad, comenzaba a encontrar fascinante todo lo que le estaba ocurriendo. Estudió la caja del cepillo de dientes sonriendo como un niño que acabara de encontrar un rompecabezas bajo el árbol de Navidad.

Se suponía que había que usar esos objetos unas tres veces al día, recordó. Había oído algo al respecto. Había pastas de diferentes sabores y había que cepillarse los dientes. Sonaba repugnante. Cal extendió una pequeña cantidad de la crema de afeitarse en el dedo. La tocó tentativamente con la lengua. Era repugnante. ¿Cómo podía tolerar alguien una cosa así? Por supuesto, eso ocurría en una época en la que todavía no se habían erradicado las enfermedades de los dientes y las encías con la fluoratina.

Después de abrir la caja, pasó el dedo pulgar por las cerdas del cepillo. Interesante. Hizo una mueca frente al espejo, para estudiar sus dientes. Quizá no debería desperdiciar aquella oportunidad.

Dejó todo sobre el lavabo y se volvió hacia el baño. Era como aquellos que se veían en los vídeos antiguos. La bañera oval, con una solitaria ducha colgando en una de las paredes. Empezaría a llenarla de todas formas. Quizá, cuando regresara a su hogar, podría empezar a escribir un libro.

Pero de momento era más importante averiguar cómo funcionaba la ducha. Sobre el borde de la bañera, había tres pomos. En uno de ellos aparecía una *C*, en el otro una *F* y en el tercero una flecha. Caleb los miró con el ceño fruncido. Podía averiguar sin problema que querían decir

«Caliente» y «Fría», pero estaba muy lejos de comprender cómo se conseguían las temperaturas individualizadas a las que él estaba acostumbrado. En aquel caso, no podía meterse en la bañera y decirle a la unidad computerizada que quería disfrutar de una temperatura de treinta grados.

Allí tendría que conseguirla él mismo.

Al principio se escaldó, después se quedó helado. Volvió a quemarse una vez más, antes de que la ducha y él comenzaran a entenderse. Una vez comenzó a correr el agua apreció la sensación del chorro caliente corriendo por su piel. Encontró un bote en el que ponía *Champú*, se entretuvo un momento observando el divertido diseño del frasco y derramó un poco sobre su cabeza.

Olía como Libby.

Casi inmediatamente, los músculos de su estómago se tensaron y una oleada de deseo fluyó sobre él, tan caliente como el agua de su espalda. Era extraño. Desconcertado, bajó la mirada hacia el charco de espuma que se formaba a sus pies. La atracción siempre había sido algo fácil, simple, básico. Pero aquello era doloroso. Se llevó una mano al estómago y esperó a que pasara aquella sensación. Pero continuaba.

Probablemente, tenía que ver con el accidente. Eso era lo que se decía a sí mismo y lo que prefería creer. Cuando volviera a casa, iría a un centro de reposo y se haría un chequeo completo. Pero acababa de perder el placer por la ducha. Se secó rápidamente. La fragancia a jabón, champú... y a Libby estaba por todas partes.

Los vaqueros le quedaban un poco flojos por la cintura, pero le gustaban. El algodón natural era tan extraordinariamente caro que nadie, salvo los muy ricos, podían permitirselo. El jersey negro tenía un agujero en el puño que le hacía sentirse como en casa. A él siempre le había gustado la ropa informal y cómoda. Una de las razones por las que había dejado las FIE había sido su propensión a los uniformes y la pulcritud. Con los pies descalzos y satisfecho, siguió el camino que le indicaban los deliciosos aromas que escapaban de la cocina.

Libby tenía un aspecto encantador. Aquellos pantalones anchos acentuaban su delgadez e invitaban a un hombre a imaginar las curvas que se ocultaban bajo aquel tejido. Le gustaba cómo se había arremangado el jersey rojo por encima de los codos. Aquella mujer tenía unos codos sensibles, recordó, y volvió a sentir un nudo en el estómago.

No podía pensar en ella de esa forma, se advirtió. Se lo había prometido a sí mismo.

—Hola.

En aquella ocasión, Libby estaba esperándolo, de modo que no se asustó.

—Hola, siéntate. Puedes comer antes de que te cambie el vendaje. Espero que te gusten las tostadas y los huevos —se volvió sosteniendo una fuente en las manos. Cuando sus ojos se encontraron, agarró los bordes con fuerza. Reconocía aquel jersey, pero cuando lo que cubría era el torso de Caleb, no le recordaba en absoluto a su padre—. No te has afeitado.

—Se me ha olvidado —Cal no quería admitir que le había dado demasiado miedo intentarlo—. Ha dejado de llover.

—Lo sé. Se supone que esta tarde saldrá el sol —bajó la fuente e intentó no reaccionar cuando Cal se inclinó sobre ella para olfatear la comida.

—¿De verdad lo has hecho tú?

—El desayuno es la comida que más me gusta —se sentó y exhaló un pequeño suspiro de alivio cuando Cal se sentó frente a ella.

—Podría acostumbrarme a esto.

—¿A comer?

Cal no contestó. Dio un primer bocado a la tostada cubierta de huevo y cerró los ojos con expresión de puro deleite.

—A comer cosas como esta.

Libby lo observó arremeter contra la primera tostada.

—¿Qué sueles comer?

—Casi siempre porquerías envasadas —había visto anuncios sobre comidas completas en el periódico. Al menos, todavía quedaba alguna esperanza para la civilización.

—Normalmente, yo también. Pero cuando vengo aquí, me veo obligada a cocinar, a cortar madera y a cuidar las hierbas. A hacer todas las cosas que hacía cuando era niña.

Y aunque también había ido a aquel lugar buscando soledad, había descubierto que disfrutaba de la compañía de Cal. Que, a pesar de la impresión que le había causado verlo con el jersey negro y los vaqueros, parecía mucho más inofensivo aquella mañana. Casi podría llegar a creer que había sido ella la que había imaginado la tensión y la extraña escena que había tenido lugar en la biblioteca la noche anterior.

—¿Qué sueles hacer cuando no te dedicas a estrellar aviones?

—Vuelo.

Cal había pensado con anterioridad lo que respondería a esa pregunta y había decidido que lo mejor era acercarse todo lo posible a la verdad.

—Entonces estás de servicio.

—Ya no —tomó la taza de café y cambió sutilmente de tema—. No sé si ya te he dado las gracias por todo lo que has hecho. Me gustaría devolverte el favor, Libby. ¿Necesitas que haga algo en la casa?

—No creo que en este momento estés en condiciones de realizar ningún trabajo manual.

—Si me quedo todo el día en la cama, terminaré volviéndome loco.

Libby miró atentamente su rostro, intentando no dejarse distraer por la forma de su boca. Era imposible olvidar lo cerca que había estado de sentirla sobre la suya.

—Tienes buen color, ¿ya no te mareas?

—No.

—Entonces podrás ayudarme a fregar los platos.

—Claro.

Cal miró, por primera vez, atentamente la cocina. Al igual que el baño, le resultaba fascinante. La pared oeste era de piedra, y habían tallado en ella un pequeño hogar. Sobre su repisa, habían colocado un recipiente de cobre hecho a mano con todo tipo de hierbas y flores secas en su interior. Encima del fregadero, un ancho ventanal ofrecía una hermosa vista de las montañas y los bosques de pinos. El cielo era gris y completamente despejado de tráfico. Identificó el frigorífico y la cocina, ambos de un blanco reluciente. Las tablas de madera del suelo brillaban como si acabaran de pulirlas. Y las sentía frías y suaves bajo los pies desnudos.

—¿Buscas algo?

Cal sacudió ligeramente la cabeza y volvió a mirarla.

—¿Perdón?

—Por tu forma de mirar, parecía que estabas esperando encontrarte algo que no ves aquí.

—Yo... solo estaba admirando la cocina.

Satisfecha con la respuesta, Libby señaló su plato.

—¿Ya has terminado?

—Sí. Es una bonita habitación.

—A mí siempre me ha gustado. Por supuesto, después de la última reforma es mucho más cómoda. Te resultarían increíbles las auténticas piezas de museo con las que cocinábamos antes.

Cal no pudo evitar una sonrisa.

—Desde luego.

—¿Por qué tengo la sensación de que te estás riendo de algo que no consigo entender?

—No podría decírtelo —tomó su plato, lo llevó al fregadero y comenzó a abrir armarios.

—Si estás buscando el lavavajillas, mala suerte —Libby dejó el resto de los cacharros del desayuno en el fregadero—. Mis padres no han renunciado a todos los valores de los sesenta. Ni lavaplatos, ni microondas ni antena parabólica —abrió el grifo y le tendió a Caleb el bote del lavavajillas—. ¿Prefieres fregar o secar?

—Yo secaré.

Cal observó, encantado, cómo Libby llenaba el fregadero de agua caliente y comenzaba a frotar. Hasta el olor era agradable, pensó, resistiendo las ganas de inclinarse y olfatear aquellas burbujas de limón.

Libby se quitó una burbuja de jabón de la nariz con la parte superior del brazo.

—Vamos, Hornblower, ¿es que nunca has visto fregar platos a una mujer?

Cal decidió probar la reacción de Libby ante una pregunta sincera.

—No. Bueno, creo que lo vi una vez en una película.

Con una burbujeante carcajada, Libby le tendió el primer plato.

—El progreso nos está arrebatando todas estas obligaciones. Dentro de cien años, probablemente habrá robots que guarden por sí mismos los platos y los esterilicen.

—Probablemente dentro de ciento cincuenta años. ¿Qué quieres que haga con esto? —giró el plato que tenía entre las manos.

—Secarlo.

—¿Cómo?

Libby arqueó una ceja y señaló con un movimiento de cabeza un paño pulcramente doblado.

—Podrías intentarlo con esto.

—De acuerdo —secó el plato y tomó otro—. Estaba pensando que me gustaría echar un vistazo a lo que ha quedado de mi na... de mi avión.

—Casi podría garantizarte que las pistas están todavía inundadas. El Land Rover podría llegar hasta allí, pero preferiría esperar al menos otro día.

Cal intentó dominar su impaciencia.

—¿Podrías indicarme la dirección exacta?

—No, pero te llevaré.

—Ya has hecho suficiente por mí.

—Quizá, pero no voy a dejarte las llaves de mi coche, y es imposible que vayas andando hasta allí —tomó la esquina del trapo que estaba utilizando Cal y se secó las manos mientras él

intentaba formular una excusa razonable—. ¿Por qué no quieres que vea tu avión, Hornblower? Aunque sea robado, no me daré cuenta.

—No lo he robado.

Su tono fue suficientemente brusco para que Libby lo creyera.

—Bien, entonces te ayudaré a encontrar sus restos en cuanto los caminos sean seguros. De momento, siéntate y déjame examinarte esa herida.

Automáticamente, Caleb se llevó las manos al vendaje.

—La herida está perfectamente.

—Te duele. Puedo verlo en tus ojos.

Cal desvió la mirada para cruzarla con la suya. Había compasión en sus ojos, una tranquila y reconfortante compasión que le hizo desear apoyar la mejilla en su pelo y contárselo todo.

—Es un dolor que viene y se va.

—Entonces miraré la herida y te daré un par de aspirinas para ver si podemos hacer que se vaya otra vez. Vamos, Cal.

Le quitó el paño de las manos y lo condujo a una silla.

—Sé un buen chico.

Caleb se sentó y le dirigió una mirada de divertida exasperación.

—Hablas como mi madre.

Libby le palmeó la mejilla en respuesta antes de sacar vendas limpias y un antiséptico de uno de los armarios.

—Tú quédate ahí sentado —se inclinó sobre la herida y frunció el ceño de una forma que le hizo tensarse incómodo en la silla—. No te muevas —susurró.

Era un corte largo y profundo. A su alrededor, se formaban moratones del color de las nubes de tormenta.

—Tiene mejor aspecto, pero por lo menos no parece infectada. Te va a quedar cicatriz.

Asombrado, Cal se llevó la mano a la herida.

—¿Una cicatriz?

Así que era un hombre vanidoso, pensó Libby divertida.

—No te preocupes, casi no se notará. Quedaría mucho mejor si pudiera darte unos puntos, pero me temo que eso es más de lo que mi licenciatura en primeros auxilios para desconocidos me permite realizar.

—¿Tu qué?

—Era una broma. Esto te escocerá un poco.

Cal soltó una maldición, alta y fuerte, cuando Libby volvió a inclinarse sobre la herida. Antes de que hubiera terminado, le agarró la muñeca.

—¿Que me escocerá un poco?

—Sé fuerte, Hornblower. Piensa en otra cosa.

Cal apretó los dientes y se concentró en su rostro. El dolor convirtió su respiración en un siseo. Los ojos de Libby reflejaban determinación y comprensión mientras le limpiaba completamente la herida y volvía a vendársela.

Era realmente hermosa, pensó Cal mientras la estudiaba bajo la húmeda luz de la mañana. No usaba cosméticos y era improbable que le hubieran reestructurado el rostro. Aquella era la cara con la que había nacido. Un rostro fuerte, duro, y con una elegancia natural que le hizo desear

volver a acariciar su mejilla. Su piel era suave como la de un bebé, recordó. Y sus sutiles cambios de color reflejaban el estado de sus emociones.

Quizá, solo quizá, fuera una mujer normal en su época. Pero, para él, era única y casi insoportablemente deseable.

Esa era la razón por la que le causaba dolor, se dijo Cal para sí, mientras sentía cómo se tensaban y destensaban los músculos de su estómago. Ese era el motivo por el que la deseaba más de lo que había deseado cualquier otra cosa en el mundo, más de lo que creía que fuera posible desear. Ella era real, se recordó. Pero era él quien era una ilusión. Un hombre que todavía no había nacido, pero que jamás se había sentido más vivo.

—¿Haces esto muy a menudo? —le preguntó.

Libby odiaba estar haciéndole daño, y respondió con aire ausente:

—¿El qué?

—Rescatar hombres.

—Tú eres el primero.

—Estupendo.

—Bueno, esto ya está.

—¿Y no vas a darme un beso para que me ponga mejor? —su madre siempre lo hacía e imaginaba que eso era algo que habían hecho las madres de todos los tiempos.

Cuando Libby soltó una carcajada, sintió que crecía el calor en su pecho.

—Te daré un beso por lo valiente que has sido —se inclinó sobre él y le dio un beso en la cabeza.

—Todavía me duele —le tomó la mano antes de que pudiera alejarse de él—. ¿Por qué no lo intentas otra vez?

—Iré a buscar las aspirinas —cerró la mano en la suya. Debería haber retrocedido cuando Cal se levantó, pero algo en su mirada le indicó que no lo hiciera—. Caleb...

—Te pongo nerviosa —le acarició los nudillos con el pulgar—. Es muy estimulante.

—No estoy intentando estimularte.

—Aparentemente, no tienes que intentarlo.

Estaba nerviosa, pensó Cal otra vez, pero no asustada. Si hubiera estado asustada, se habría detenido. Pero acercó la mano de Libby a sus labios y la volvió hacia arriba.

—Tienes unas manos maravillosas, Libby. Manos delicadas.

Cal observó las emociones que brillaban en sus ojos: confusión, nerviosismo, deseo. Se concentró en el deseo y se acercó todavía más a ella.

—Basta —Libby se quedó estupefacta ante la falta de convicción que reflejaba su propia voz—. Te dije que... —Cal posó los labios en su piel y Libby sintió que sus piernas se transformaban en agua—. No voy a acostarme contigo.

Con un quedo susurro con el que mostraba su acuerdo, Cal deslizó las manos por su espalda, hasta que el cuerpo de Libby quedó prácticamente encajado contra el suyo. Le sorprendía lo mucho que deseaba abrazarla así. La cabeza de Libby encajaba perfectamente en su hombro, como si estuvieran hechos para formar una pareja de baile. Por un momento, lamentó que no hubiera música, algo lento y emocionante. Aquella idea le hizo sonreír. Ninguna de las mujeres que había habido en su vida había demandado nunca una puesta en escena, una escenografía. Y tampoco había tenido él nunca la necesidad de organizarla.

—Relájate —susurró, y deslizó la mano hasta su cuello—. No voy a hacer el amor contigo, solo voy a besarte.

El pánico la hizo retroceder.

Cal tensó los dedos en su cuello, sujetándola con firmeza. Tiempo después, cuando ya pudo pensar, Libby se dijo que, sin que ella se diera cuenta, Cal había tocado algún nervio, algún punto secreto para hacerla vulnerable. Porque, de pronto, un placer completamente inesperado se extendió por su cuerpo, haciéndole echar la cabeza hacia atrás en completa rendición. Y en medio de aquel relámpago de emoción, Cal acercó sus labios a los suyos.

Libby se quedó rígida, no por el miedo, ni por el enfado. Y, desde luego, tampoco porque pretendiera resistirse. Fue el impacto, la oleada de impacto del beso lo que la paralizó. Como un cable electrificado, pensó en medio de la confusión. Sin darse cuenta, se había agarrado a un cable electrificado y el voltaje estaba teniendo efectos devastadores.

Los labios de Cal apenas tocaban los suyos, tentándola, atormentándola. Era una caricia, boca contra boca, insoportablemente erótica. Después un mordisqueo y nuevamente las caricias, dulces, ligeras y persuasivas. Sentía los labios de Cal calientes y suaves mientras rozaban los suyos. Era un excitante contraste con la sutil sombra de barba con la que rozó su mejilla cuando volvió la cabeza para dibujar la línea de sus labios con la lengua.

La saboreaba, jugaba con ella de una forma imposiblemente íntima. Buscó su lengua con la suya, paladeando aquellos sabores nuevos, prohibidos, antes de cambiar de nuevo para atrapar su labio inferior con los dientes, mordisqueándolo hasta el punto comprendido entre el placer y el dolor.

Era seducción, el tipo de seducción con el que Libby jamás habría soñado. Lenta, e ineludible seducción. Libby pudo escuchar los sonidos de indefensión que escaparon de su garganta cuando él cerró los dientes sobre su barbilla.

La mano que apoyaba en el pecho de Cal empezó a temblar. Sintió que el sólido suelo de la cabaña se movía bajo sus pies. Poco a poco, ella misma fue perdiendo la rigidez, hasta encontrarse estremecida y suplicante entre sus brazos.

Cal jamás había conocido a nadie como ella. Era como si se estuviera derritiendo contra él, lenta, completamente. Su sabor era fresco como el aire que entraba por la ventana abierta.

Cal escuchó un suave y anhelante suspiro. Entonces sus brazos lo rodearon, abrazándolo. Libby hundió los dedos en su pelo mientras se tensaba contra él. En un instante, su boca pasó de ser sumisa a transformarse en una boca ávida, que se presionaba hambrienta, posesiva y desesperada contra la suya. Impulsado por aquella fuerza, Cal profundizó su beso y dejó que la pasión dictara las normas.

Ella deseaba... demasiado. ¿Por qué no habría sido consciente de que estaba tan deseosa? Le había bastado saborearlo para que se despertara en ella un hambre atroz. Sentía su cuerpo como si estuvieran explotando en su interior docenas de sensaciones, cada una de ellas igualmente afilada y sorprendente. Un grito amortiguado escapó de sus labios cuando Cal tensó los brazos a su alrededor. Ella ya no estaba temblando, pero él sí.

¿Qué le estaba haciendo aquella mujer? Ni siquiera podía respirar. No podía pensar. Pero podía sentir. Demasiado. Y muy rápidamente. Aquella pérdida de control era más peligrosa para un piloto que una tormenta de meteoritos.

Él solo pretendía dar y disfrutar de un momento de placer, satisfacer una simple necesidad. Pero eso era más que placer y estaba muy lejos de poder ser considerado algo simple. Sí, «asombroso» era la palabra, decidió. Se sentía como si estuviera flotando en el exterior de un edificio.

¿Qué le había hecho aquel hombre? Confundida, Libby alzó la mano hasta sus labios. ¿Y qué estaba haciendo ella? Casi podía sentir la sangre fluyendo por sus venas. Dio un paso hacia atrás, deseando encontrar un suelo más sólido y alguna respuesta.

—Espera.

Cal no podía resistirse. Más tarde se maldeciría por lo que pretendía hacer, pero no podía resistirse. Antes de que pasara el primer impacto, la atrapó contra él por segunda vez.

«Otra vez no». Aquel sencillo pensamiento se repetía en su mente. Pero el impulso era demasiado fuerte, y el deseo demasiado apasionado.

Libby se sintió oscilar entre la más absoluta rendición y una furiosa demanda antes de conseguir liberarse.

Casi se tambaleó y tuvo que aferrarse al respaldo de una de las sillas de la cocina para mantenerse firme. Con los nudillos blancos por la fuerza con la que se sujetaba, fijó la mirada en él mientras volvía a entrar aire a sus pulmones. No sabía nada sobre aquel hombre y, sin embargo, le había dado mucho más que a cualquier otro. Su mente estaba entrenada para hacer preguntas, pero en aquel momento era su corazón, frágil e irracional, el que vacilaba.

—Si vas a quedarte en esta casa, no quiero que vuelvas a tocarme.

Era miedo lo que veía Cal en sus ojos. Y lo entendía, porque él no estaba lejos de sentirlo.

—No esperaba lo que ha sucedido más que tú. Y tampoco estoy seguro de que quiera que vuelva a ocurrir.

—Entonces no tendremos ningún problema para evitar situaciones como esta en el futuro.

Cal hundió las manos en los bolsillos y se meció sobre los talones, sin molestarse en analizar por qué de pronto estaba tan enfadado.

—Escucha, pequeña, los dos tenemos la culpa de lo que ha pasado.

—Tú me has agarrado.

—No, yo te he besado. Pero has sido tú la que me ha agarrado —le produjo una intensa satisfacción verla ruborizarse—. No te he forzado, Libby, y los dos lo sabemos. Pero si quieres fingir que tienes hielo en las venas, por mí, estupendo.

El avergonzado sonrojo desapareció del rostro de Libby, dejándolo pálido e inexpresivo. En contraste, sus ojos parecían enormes, oscuros. El intenso dolor que reflejaban hizo que Cal se maldijera a sí mismo y diera un paso adelante.

—Lo siento.

Libby se tensó y consiguió decir sin perder la calma:

—Ni quiero ni espero disculpas, pero sí quiero que colabores.

Cal la miró con los ojos entrecerrados.

—Tendrás las dos cosas.

—Tengo mucho trabajo que hacer. Puedes llevarte el televisor a tu habitación o quedarte a leer libros frente a la chimenea. Pero te agradecería que te mantuvieras fuera de mi camino durante el resto del día.

Cal metió las manos en los bolsillos. Si ella era cabezota, él desde luego podía ganarle a cabezonería.

—Estupendo.

Libby esperó, con los brazos cruzados, hasta que Cal salió a grandes zancadas de la habitación. Quería tirarle algo a la cabeza, preferiblemente algo rompible. Aquel hombre no tenía derecho a hablarle así después de lo que le había hecho sentir.

¿Hielo en las venas? No, su problema siempre había sido que había sentido demasiado, esperado demasiado. Excepto en lo que se refería a las relaciones físicas y personales con los hombres. Se dejó caer en una silla con infinita tristeza. Ella era una hija cariñosa, una buena hermana, una amiga leal. Pero nunca había sido la amante de nadie. Nunca había experimentado aquella necesidad de intimidad. A veces incluso había llegado a pensar que le faltaba algo.

Pero con un solo beso, Cal le había hecho desear cosas que hasta entonces no consideraba en absoluto importantes. Al menos, no para ella. Ella tenía su trabajo, era ambiciosa, y sabía que podría alcanzar la meta que se había propuesto. Tenía a su familia, a sus amigos y a sus compañeros de trabajo. Maldita fuera, era feliz. No necesitaba que ningún célebre piloto incapaz de mantener su avión en el aire le hiciera sentirse inquieta... y viva, reflexionó mientras se acariciaba el labio con el dedo índice. Porque la verdad era que no se había dado cuenta de hasta qué punto estaba viva hasta que Cal la había besado.

Era ridículo. Más nerviosa que enfadada, se sirvió otra taza de café. Simplemente, Cal le había recordado algo que olvidaba de vez en cuando. Era una mujer joven, normal y saludable. Una mujer, recordó, que había pasado varios meses en una isla remota del sur del Pacífico. Una mujer que necesitaba terminar su tesina y volver a Portland. Y una vez allí, socializar, ir al cine, a fiestas... Lo que necesitaba, decidió con un asentimiento de cabeza, era hacer que Caleb Hornblower regresara a donde demonios tuviera que regresar.

Con la taza de café en la mano, comenzó a subir las escaleras. Por lo que hasta ese momento sabía de él, podría haber llegado de la luna.

Al pasar por delante de su habitación y oír un programa concurso de la televisión, no pudo evitar echar un rápido vistazo. Por lo menos, pensó mientras se metía en su habitación, aquel hombre se entretenía con cualquier cosa.

4

Era educativo. Cal pasó algunas horas cautivado frente al televisor. Cada diez o quince minutos, cambiaba de canal, pasando de un concurso a un culebrón, de un programa de entrevistas a la publicidad. Los anuncios le parecían especialmente entretenidos, a menudo de una intensidad y una viveza sorprendentes.

Él prefería los musicales, con sus canciones enérgicas y alegres. Pero otros le hacían preguntarse por la gente que vivía en aquella época, en aquel lugar.

Algunos mostraban a mujeres exhaustas, luchando contra cosas como las manchas de grasa o el brillo de los suelos. Cal no podía imaginarse a su madre, ni a ninguna otra mujer, preocupadas por saber qué detergente lavaba más blanco. Pero aun así, los anuncios eran un entretenimiento delicioso.

Había otros en los que hombres y mujeres particularmente atractivos resolvían sus problemas bebiendo bebidas carbonatadas o café. Parecía que todo el mundo trabajaba, los hombres fuera de casa, en trabajos agotadores, y al final de la jornada se iban al bar a tomar una cerveza. Los trajes que llevaban a Cal le parecían maravillosos.

En una especie de representación teatral, observó a una mujer manteniendo una conversación breve e intensa con un hombre sobre la posibilidad de estar embarazada. Una mujer estaba embarazada o no lo estaba, reflexionó Cal mientras cambiaba de canal y se fijaba en un hombre de voluminosa barriga y con un traje a cuadros que ganaba una semana de vacaciones en Hawái. Por la reacción del ganador, Cal imaginó que debía de ser algo muy importante en el siglo XX.

Le asombró, al ver el resumen de las noticias del medio día, que la humanidad hubiera sido capaz de sobrevivir más allá de ese siglo. El asesinato, obviamente, era un deporte popular. Y también las discusiones sobre el control de armamento. Aparentemente, los políticos no habían cambiado mucho desde entonces, pensó mientras daba cuenta de una caja de galletas que había encontrado en la cocina de Libby. Continuaban disfrutando de una gran verborrea, diciendo medias verdades y esgrimiendo radiantes sonrisas. Pero imaginar que los líderes políticos del siglo XX habían sido capaces de negociar sobre cuántas armas nucleares construir era absolutamente ridículo. ¿Cuántas pensaban que necesitaban?

No importaba, decidió, mientras regresaba a uno de los culebrones. Con el tiempo, recuperarían el sentido común.

Los culebrones eran lo que más le gustaba. Aunque la imagen era mala y el sonido cambiaba de volumen cuando menos se esperaba, disfrutaba viendo las reacciones de la gente, sufriendo con sus problemas y observando divorcios y aventuras amorosas. Al parecer, las relaciones amorosas eran uno de los problemas más importantes de mil novecientos ochenta y nueve.

Observó a una voluptuosa rubia con lágrimas en los ojos y a un hombre de aspecto duro y el pecho desnudo fundirse en un largo y apasionado beso. La música lo llenó todo hasta que desapareció. Obviamente, los besos eran una costumbre que se aceptaba en aquella época, pensó Cal. Entonces, ¿por qué se habría enfadado tanto Libby cuando la había besado?

Inquieto, se levantó y se acercó a la ventana. Él mismo tampoco había reaccionado como esperaba. Aquel beso lo había hecho sentirse enfadado, inquieto y vulnerable. Algo que no le había ocurrido hasta entonces. Y ninguno de aquellos sentimientos, admitió, había disminuido en nada su deseo por ella.

Quería saber todo lo que había que saber sobre Liberty Stone. Lo que pensaba, lo que sentía, lo que más quería y lo que menos le gustaba. Había docenas de preguntas que quería formularle, docenas de formas en las que deseaba acariciarla. Y sabía que cuando lo hiciera, sus ojos adquirirían aquella expresión sombría, confusa, profunda. Podía imaginarse, haciendo el más ligero esfuerzo, la textura de su piel en la parte posterior de la rodilla o en su espalda.

Pero era imposible. Había una sola cosa en la que debería estar pensando en aquel momento. Volver a casa.

El tiempo que iba a pasar con Libby era solo un interludio. Y a pesar de lo poco que sabía sobre las mujeres de aquella época, no podía evitar estar seguro de que Liberty Stone no era una mujer a la que un hombre pudiera amar y después dejar sin grandes preocupaciones. Bastaba mirarla a los ojos para ver en ellos no solo pasión, sino el fuego de un hogar.

Cal era un hombre que todavía no tenía intención de sentar cabeza. Era cierto, sus padres se habían emparejado muy pronto y se habían casado siendo también muy jóvenes, a los treinta años. Pero él no tenía ganas ni de emparejarse ni de casarse todavía. Y cuando lo hiciera, se recordó, tendría que hacerlo en su terreno. Pensaría en Libby como en una distracción, y muy agradable, por cierto, en medio de una tensa y delicada situación.

Tenía que salir de allí. Presionó las manos contra el frío cristal de la ventana, como si fuera una prisión de la que fuera fácil escapar. Aquella era una experiencia que muchas personas habrían ansiado, pero él prefería mantenerse en los límites de su propia época y de su propio mundo.

Era cierto que había aprendido cosas leyendo los periódicos y viendo la televisión. En mil novecientos ochenta y nueve, el mundo todavía tenía que recorrer un largo camino para alcanzar la paz, la gente tenía que tomarse muchas molestias para comer y las armas se compraban y utilizaban con una pavorosa dejadez. Se podía comprar una docena de huevos por un dólar, que era la moneda de Estados Unidos, y todo el mundo estaba a dieta.

Datos muy interesantes todos ellos, pero no creía que aquella información pudiera ayudarlo. Tenía que concentrarse en lo que había ocurrido a bordo de su nave.

Pero quería pensar en Libby, en lo que había sentido al estrecharla entre sus brazos. Quería recordar cómo se había rendido su cuerpo, cómo se habían suavizado sus labios cuando se habían fundido con los suyos.

Cuando ella lo había abrazado, Cal había temblado. Algo que jamás le había ocurrido. Él gozaba de lo que consideraba un normal y saludable historial con las mujeres. Disfrutaba con ellas, tanto de su compañía como de la posibilidad de proporcionarse placeres mutuos. Y como él creía que no solo había que recibir, sino también dar, la mayor parte de sus amantes habían continuado siendo sus amigas. Pero ninguna de ellas había conseguido que su cuerpo se derritiera con un solo beso, como le había ocurrido con Libby.

Con un solo beso, Libby lo había llevado mucho más allá de lo que él hasta entonces conocía para arrastrarlo a un torbellino salvaje. Incluso en ese momento podía recordar lo que había sentido cuando los labios de Libby se habían estrechado ávidos y ardientes contra los suyos. Su equilibrio había peligrado. Había estado incluso a punto de creer que veía luces girando frente a sus ojos. Había sido como ser empujado hacia algo que poseía una fuerza enorme, ilimitada.

Sintió que se le debilitaban las piernas. Lentamente, alzó una mano para apoyarse en la pared. Pasó el mareo, dejándole un extraño y palpitante vacío en la base del cráneo. Y de pronto recordó. Recordó las luces. Unas luces resplandecientes, cegadoras, en el interior de la cabina. El sistema de navegación había fallado. Los mandos no funcionaban. Y la señal automática de peligro se había puesto en funcionamiento.

El vacío. Podía verlo. Un sudor helado perló su frente. Un agujero negro, ancho, profundo, oscuro y sediento. No aparecía en las cartas de navegación. Jamás se hubiera arriesgado a volar tan cerca si hubiera aparecido en las cartas. Simplemente estaba allí, y su nave había sido arrastrada hacia él.

No había caído en él. El hecho de estar vivo e, indudablemente en la Tierra, le hacía estar completamente seguro de ello. Era posible que, de alguna manera, hubiera conseguido rozar el borde y después hubiera sido disparado a través del espacio y el tiempo. Los científicos de su época cuestionarían aquella hipótesis. Los viajes a través del tiempo eran solamente una teoría, una teoría de la que normalmente la gente se reía.

Pero él lo había hecho.

Temblando, se sentó a los pies de la cama. Había sobrevivido a lo que nadie en la historia había conseguido sobrevivir. Alzó las manos, volvió las palmas hacia arriba y las miró fijamente. Estaba entero y había salido relativamente indemne de aquella aventura. Y estaba perdido. Luchó contra una renovada oleada de pánico y apretó los puños. No, no estaba perdido, eso no podía aceptarlo. Si había sido disparado en un sentido, también podría ser disparado en el contrario. Solo era cuestión de lógica. Volvería a su hogar.

Contaba para ello con su mente y sus habilidades. Miró su ordenador de pulsera. Podría realizar algunos cálculos básicos con él. No sería suficiente, apenas bastaría, pero cuando regresara a la nave... Si había quedado algo de la nave.

Negándose a considerar la posibilidad de que estuviera completamente destrozada, comenzó a caminar por la habitación. Era posible que pudiera conectar su unidad de pulsera con el ordenador de Libby. Tendría que intentarlo.

La oyó en el piso de abajo. Parecía que estaba otra vez en la cocina, pero seguramente no estaba preparándole otra comida. El arrepentimiento volvió, demasiado rápido para que pudiera bloquearlo, y la imagen de Libby sentada en la mesa frente a él apareció como un fogonazo en su mente. No podía permitirse el lujo de los arrepentimientos, se recordó. Y si podía impedirlo, no le haría ningún daño.

Volvería a disculparse, decidió. De hecho, si tenía éxito con el ordenador de Libby, podría salir de su vida sin causar ningún dolor.

Se dirigió rápida y sigilosamente a su habitación. Ya solo cabía esperar que Libby se mantuviera ocupada en la cocina hasta que él hubiera terminado de hacer los cálculos preliminares. Tendría que conformarse con eso hasta que pudiera encontrar su nave y utilizar su propio ordenador. Aunque la impaciencia lo urgía, vaciló un instante y se quedó escuchando en el marco de la puerta. Sí, definitivamente, estaba en la cocina, y, a juzgar por el estrépito que estaba montando, continuaba enfadada.

El ordenador, con aquella torpe pantalla y el pintoresco teclado, estaba sobre el escritorio, rodeado de libros y papeles. Cal se sentó a la mesa de Libby y le sonrió.

—Enciéndete.

La pantalla continuaba en blanco.

—Ordenador, enciéndete.

Impacientándose consigo mismo, se acordó del teclado. Pulsó una tecla y esperó. Nada.

Se recostó contra el respaldo de la silla, tamborileó con los dedos en el escritorio y pensó. Libby, por razones que él no podía comprender, había desconectado el ordenador. Eso era fácilmente remediable. Removió unos cuantos papeles buscando la tarjeta de apertura. Dio la vuelta al teclado, dispuesto a comenzar a desmontarlo. Entonces vio el interruptor.

«Idiota», se dijo para sí. En aquel lugar tenían interruptores para todo. Obligándose a conservar la calma, volvió el teclado y buscó más interruptores. Cuando el ordenador comenzó a zumbar, tuvo que reprimir un grito de triunfo.

—Ahora ya hemos llegado a alguna parte. Ordenador... —se interrumpió a sí mismo, sacudió la cabeza y comenzó a teclear.

Ordenador, evalúa y concluye los factores de transformación del tiempo.

Se interrumpió otra vez, maldijo y buscó sobre la cubierta de plástico para averiguar su capacidad de memoria. La impaciencia lo estaba haciendo trabajar de forma chapucera. Y, peor todavía, estúpida. No se podía conseguir nada de aquella máquina que no hubiera sido introducido previamente. Aquel era un trabajo delicado y lento, pero se obligó a no precipitarse. Y, armándose de paciencia, consiguió conectar la unidad de muñeca con el ordenador de Libby.

Tomó aire y cruzó los dedos.

—Hola, ordenador.

—Hola, Cal.

Las letras comenzaban sonando en la unidad que llevaba en la muñeca hasta que aparecían en la pantalla de Libby.

—Pequeña, no sabes cuánto me alegro de oírte.

—Afirmativo.

—Ordenador, retransmíteme todas las teorías conocidas sobre los viajes en el tiempo a partir de la fuerza de la gravedad y la aceleración.

—Teoría no comprobada. Propuesta por vez primera por el doctor Linward Bowers, 2110. La hipótesis de Bowers...

—No.

Cal se pasó la mano por el pelo. En su precipitación, se estaba adelantando demasiado.

—Ahora no tenemos tiempo para eso. Evalúa y concluye. Viajes en el tiempo y probabilidades de sobrevivir a un encuentro con un agujero negro.

—Trabajando... Datos insuficientes.

—Maldita sea, ha sucedido. Analiza la necesidad de aceleración y la trayectoria. Detente — oyó a Libby subiendo las escaleras y solo tuvo tiempo de apagar la unidad antes de que la joven entrara en la habitación.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Intentando adoptar una expresión de absoluta inocencia, Cal sonrió y se volvió en la silla.

—Estaba buscándote.

—Como me hayas hecho algo en el ordenador...

—No he podido evitar echar un vistazo a estos documentos. Estas cosas son fascinantes.

—A mí me lo parecen —miró su escritorio con el ceño fruncido. Todo parecía estar en orden —. Habría jurado que te había oído hablar con alguien.

—Aquí no hay nadie, salvo tú y yo —volvió a sonreír.

Si podía distraerla durante unos minutos, conseguiría desconectar la unidad del ordenador y esperar a un momento más seguro.

—Probablemente estaba hablando conmigo mismo. Libby...

Se levantó y dio un paso hacia ella, pero Libby arremetió contra él con la bandeja que llevaba.

—Te he hecho un sándwich.

Cal tomó la bandeja y la dejó en la cama. Aquel detalle por parte de Libby lo hizo sentirse culpable.

—Eres una mujer muy amable.

—Que me hayas hecho enfadar no quiere decir que te vaya a dejar morirte de hambre.

—Yo no quiero enfadarte —dio un paso hacia ella cuando vio que caminaba hacia el ordenador—, pero parece que no puedo evitarlo. Siento que no te haya gustado lo que he hecho antes.

Libby le dirigió una rápida y nerviosa mirada.

—Creo que es mejor olvidarlo.

—No, no lo es —necesitando aquel contacto, cerró la mano sobre la suya—. Suceda lo que suceda, es algo que nunca olvidaré. Has conseguido remover algo que está dentro de mí, Libby. Algo que nadie había tocado hasta ahora.

Libby sabía exactamente lo que quería decir. Y eso le aterrorizaba.

—Tengo que ponerme a trabajar —se dirigió hacia la puerta.

—¿A todas las mujeres les cuesta tanto ser sinceras?

—No estoy acostumbrada a esto —estalló—. No sé cómo tratar con este asunto. No me siento cómoda con los hombres. Y además no soy una mujer apasionada.

Cuando Cal soltó una carcajada, ella se volvió, furiosa y avergonzada.

—Eso es lo más ridículo que he oído en mi vida. Eres una mujer que rebosa pasión.

Libby sintió que algo se tensaba dentro de ella, que pugnaba por liberarse.

—Soy apasionada con mi trabajo —dijo, midiendo con cuidado sus palabras y retorciéndose los dedos—, con mi familia. Pero no de la forma a la que tú te refieres.

Creía lo que estaba diciendo, decidió Cal mientras la estudiaba, o al menos se había obligado a creerlo. Durante los dos días anteriores, Cal había aprendido lo que era dudar de uno mismo. Y, si no podía aportarle otra cosa, quizá pudiera mostrarle a Libby el tipo de mujer que vivía atrapada en su interior.

—¿Te apetecería dar un paseo?

Libby lo miró como si no comprendiera lo que le estaba diciendo.

—¿Qué?

—Que si te apetece salir a pasear.

—¿Por qué?

Cal intentó no sonreír. Libby era una mujer que necesitaba razones.

—Es un día muy agradable y me gustaría conocer un poco este lugar. Podrías enseñármelo.

Libby dejó de retorcerse los dedos. ¿No se había prometido a sí misma que también se tomaría algún tiempo para disfrutar? Cal tenía razón. Hacía un bonito día y el trabajo podía esperar.

—Tendrás que calzarte —le dijo a Cal.

Distinguía una fragancia en el aire frío y ligeramente húmedo. Olía a pino, comprendió Cal tras algunos momentos de debate mental. Olía a pino, como en Navidad. Pero allí procedía de un objeto auténtico, no de un ambientador o un simulador. Era un lugar rebosante de árboles, y la brisa, aunque ligera, sonaba como el mar. Solo unas nubes grises que asomaban hacia el norte moteaban el cielo azul pálido. Y se oía el canto de los pájaros.

Salvo la cabaña que estaba tras ellos y un destartelado cobertizo, no había ninguna otra estructura realizada por la mano del hombre. Solo montañas, cielo y bosque.

—Esto es increíble.

—Sí, lo sé —Libby sonrió, deseando que no le complaciera tanto que Cal apreciara y comprendiera aquel lugar—. Cada vez que vengo aquí, me entran ganas de quedarme.

Cal caminaba a su lado, a su paso, mientras se adentraban en el bosque. En aquel momento, no se sentía extraño estando solo con ella. Se sentía bien.

—¿Y por qué no te quedas?

—Principalmente por mi trabajo. No creo que la universidad me pagara por dar paseos por el bosque.

—¿Y por qué te pagan?

—Por investigar.

—Y cuando no investigas, ¿cómo es tu vida?

—¿Cómo? —inclinó la cabeza—. Supongo que tranquila. Tengo un apartamento en Portland. Allí estudio, doy conferencias, leo.

Aceleraron el paso.

—¿Y para entretenerte, qué haces?

—Voy al cine —se encogió de hombros—, oigo música...

—¿Televisión?

—También la veo —soltó una carcajada—. A veces demasiado. ¿Y tú? ¿Te acuerdas de las cosas que te gusta hacer?

—Volar —esbozó una rápida y encantadora sonrisa. Libby apenas fue consciente de que Cal le tomaba la mano—. No hay nada igual, por lo menos para mí. Me gustaría que volaras conmigo algún día para poder demostrártelo.

Libby fijó la mirada en el vendaje que cubría la frente de Cal.

—Creo que paso.

—Soy un buen piloto.

Divertida, Libby se inclinó para tomar una flor.

—Posiblemente.

—Absolutamente —con un movimiento tan dulce como natural, le quitó la flor y se la puso en el pelo—. Tuve algunos problemas con el panel de control, si no, no estaría aquí.

Desconcertada por su gesto, Libby se quedó mirándolo fijamente un instante y comenzó de nuevo a caminar.

—¿Hacia dónde ibas? —aminoró el paso y se entretuvo cortando unas flores.

—A Los Ángeles.

—Estabas muy lejos.

Cal abrió la boca para decir algo, pensando, por un momento, que Libby estaba bromeando.

—Sí —consiguió decir finalmente—. Más lejos de lo que pensaba.

Vacilante, Libby se llevó la mano a la flor que llevaba en el pelo.

—¿Crees que alguien te buscará?

—Todavía no —volvió el rostro hacia el cielo—. Si encontramos mi... avión mañana, podré reparar los daños e irme de aquí.

—Creo que podremos ir a la ciudad dentro de un par de días —quería borrar el ceño de preocupación que se había formado entre sus cejas—. Podrás ir al médico y hacer algunas llamadas telefónicas.

—¿Llamadas telefónicas?

Su expresión de desconcierto hizo que Libby volviera a preocuparse por la herida que tenía en la cabeza.

—A tu familia, a tus amigos o a tus jefes.

—Claro —volvió a tomarle la mano con aire ausente e inspiró la fragancia de las flores que llevaba entre las manos—. ¿Puedes decirme las coordenadas y la distancia a la que me encontraste?

—¿Las coordenadas y la distancia? —riendo, se sentó al borde del riachuelo—. ¿Y si te dijera que era por ahí? —señaló hacia el sudeste—. A unos quince kilómetros de aquí volando y al doble por carretera.

Cal se sentó a su lado. La fragancia de Libby le parecía tan fresca como la de las flores y mucho más excitante.

—Creía que eras una científica.

—Eso no significa que pueda darte la longitud y la latitud de cualquier lugar. Pídeme que te hable de los hombres de barro de Nueva Guinea y seré brillante.

—Quince kilómetros —Cal entrecerró los ojos y miró hacia la fila de abetos. En el lugar en el que clareaban, vio que se elevaba una montaña que la luz del sol teñía de azul—. ¿Y no hay nada desde aquí hasta allí? ¿Ningún pueblo? ¿Ningún asentamiento?

—No, esta zona está bastante aislada. Solo vienen algunos excursionistas de vez en cuando.

En ese caso, era bastante improbable que alguien se hubiera cruzado con su nave. Aquella era una preocupación que podía arrinconar en el fondo de su mente. El principal problema en aquel momento era cómo localizar la nave sin Libby. Lo más fácil sería, suponía, ir hasta allí para echar un primer vistazo.

Pero eso sería al día siguiente. Estaba comenzando a comprender que el tiempo era demasiado precioso, y caprichoso, para perderlo.

—Me gusta este lugar.

Era verdad. Disfrutaba sentado en la hierba, escuchando el sonido del agua. Le hacía preguntarse lo que sería poder volver a ese mismo rincón doscientos años después. ¿Qué encontraría?

Las montañas estarían allí, y posiblemente parte del bosque que todavía las rodeaba. El mismo riachuelo continuaría corriendo sobre las mismas piedras. Pero no estaría Libby. El dolor llegó otra vez, sordo y persistente.

—Cuando vuelva a casa... —dijo muy lentamente— pensaré que estás aquí.

¿De verdad lo haría? Libby fijó la mirada en el agua, en el juego de la luz del sol sobre ella, y deseó que no le importara.

—Quizá puedas volver alguna vez.

—Alguna vez.

Jugueteeó con sus dedos. Libby se convertiría en un fantasma, en una mujer que solo había existido en un relámpago de tiempo, una mujer que le había hecho desear lo imposible.

—¿Me echarás de menos?

—No lo sé.

Pero Libby no apartó la mano, porque se daba cuenta de que lo echaría de menos mucho más de lo que era razonable.

—Pues yo creo que sí —Cal olvidó su nave, sus preguntas, su futuro, y se concentró en ella. Comenzó a tejer las flores en su pelo—. «Les pusieron a las lunas, a las estrellas y a las galaxias los nombres de las diosas» —musitó—. «Porque eran fuertes, hermosas y misteriosas. Los hombres, hombres mortales, jamás podrían conquistarlas».

—La mayor parte de las culturas tienen alguna creencia histórica en la mitología —Libby se aclaró la garganta y comenzó a jugar con los pliegues de sus vaqueros—. Los antiguos astrónomos...

Cal le hizo volver la cara con el dedo índice.

—No estaba hablando de mitos. Aunque tú, con las flores en el pelo, pareces un ser mitológico —acarició delicadamente un pétalo que rozaba su mejilla—. «No hubo ninguna de las hijas de la Belleza con tu magia. Y como la música de las aguas es tu voz para mí».

Era un hombre peligroso, Libby lo supo instintivamente, que podía sonreír como un demonio y recitar poesía con una voz de seda. Sus ojos eran del color del cielo, de un azul profundo, soñador. Ella nunca había pensado que fuera la clase de mujer capaz de debilitarse con la sola mirada de un hombre. Y tampoco quería serlo.

—Debería volver a la cabaña. Tengo mucho trabajo que hacer.

—Trabajas demasiado —Cal arqueó las cejas cuando Libby se volvió hacia él con el ceño fruncido—. ¿Qué tecla he tocado?

Inquieta, y más enfadada consigo misma que con él, Libby se encogió de hombros.

—Siempre tiene que haber alguien que me lo diga. A veces incluso me lo digo yo misma.

—Eso no es ningún delito, ¿no?

Libby soltó una carcajada porque parecía una pregunta completamente sincera.

—Por lo menos todavía no.

—No es ningún delito tomarse un día libre, ¿verdad?

—No, pero...

—Con un «no» es suficiente. ¿Por qué no decimos... «¡Es tiempo de Miller!»? —ante la mirada de desconcierto de Libby, extendió las manos—. Ya sabes, como en el anuncio.

—Sí, ya lo sé —se abrazó las rodillas con los brazos y lo estudió con atención. Tan pronto le recitaba una poesía como citaba un anuncio—. No paro de preguntarme, Caleb Hornblower, si eres real.

—Oh, claro que soy real —se tumbó para mirar el cielo. Sentía la hierba fría y suave bajo él, y el viento jugando perezosamente entre los árboles—. ¿Qué ves allá arriba?

Libby inclinó la cabeza hacia el cielo.

—El cielo. Un cielo azul, gracias a Dios, con unas cuantas nubes que desaparecerán por la tarde.

—¿Nunca te has preguntado qué habrá más allá?

—¿Más allá de dónde?

—Del cielo azul —con los ojos semicerrados, Cal imaginó las infinitas estrellas, el negro puro del espacio, la bella simetría de las órbitas de las lunas y planetas—. ¿Nunca has pensado en los mundos que hay más allá, fuera de tu alcance?

—No —Libby solo veía la bóveda azul que asomaba a través de las montañas—. Supongo que es porque creo más en todos los mundos que tenemos. Mi trabajo me hace mantener los pies en la tierra, y los ojos siempre en el suelo.

—Si el mundo tiene algún futuro, tendrás que mirar a las estrellas.

Cal se interrumpió. Le parecía una tontería anhelar algo que quizá había perdido para siempre. Era extraño que él estuviera pensando tanto en el futuro y ella en el pasado cuando solo contaban con el presente.

—¿Y el cine, la música? —le preguntó a Libby bruscamente.

Libby sacudió la cabeza. No parecía haber ningún orden en el patrón de sus pensamientos.

—Antes has dicho que te divertías con el cine y la música. ¿De qué tipo?

—De todas clases. Buena y mala. Me divierto con cualquier cosa.

—Dime cuál es tu película favorita.

—Me resulta difícil elegir una —pero Cal la miraba tan intensamente, tan serio, que decidió elegir una cualquiera de su larga lista de favoritas—. *Casablanca*.

Le gustó cómo sonaba aquel nombre, y la forma en la que lo dijo.

—¿Y de qué trata?

—Vamos, Hornblower, todo el mundo sabe de qué trata.

—Me la perdí —le dirigió una rápida y cándida sonrisa en la que ninguna mujer habría confiado—. Debía de estar muy ocupado cuando la pusieron.

Libby volvió a reír, sacudió la cabeza y lo miró con ojos brillantes.

—Claro. Los dos debíamos de estar muy atareados en los cuarenta.

Cal dejó pasar aquel comentario que no terminaba de comprender.

—¿De qué trataba? —no le importaba nada en absoluto la trama. Solo quería oírla hablar y observarla mientras lo hacía.

Para seguirle la corriente, y porque le gustaba estar allí sentada, al borde del agua, Libby comenzó a contárselo. Cal la escuchaba, disfrutando de la forma en la que le explicaba aquella historia de amores perdidos, heroísmo y sacrificio. Incluso más, le gustaba ver cómo movía las manos, oír fluir su voz al ritmo de sus sentimientos. Y la forma en la que sus ojos lo miraban: cómo se oscurecían, cómo se suavizaban cuando hablaban del reencuentro de los amantes y de cómo volvía a separarlos el destino.

—Así que no tiene un final feliz —murmuró Cal.

—No, pero siempre he tenido la sensación de que Rick la encontró después, años más tarde, cuando acabó la guerra.

—¿Por qué?

Libby se echó hacia atrás, apoyando la cabeza en los brazos.

—Porque tenían que estar juntos. Cuando eso ocurre, las personas se encuentran, de una forma u otra.

Libby continuaba sonriendo cuando volvió la cabeza, pero la sonrisa desapareció de su rostro cuando advirtió el modo en el que Cal la estaba mirando. Como si estuvieran solos, pensó. No solo en las montañas, sino completa, totalmente solos. Como lo habían estado Adán y Eva.

Libby se sentía anhelante. Por primera vez en su vida, anhelaba algo, en cuerpo y alma.

—No —Cal pronunció tranquilamente aquella palabra cuando ella comenzó a levantarse. Un ligero toque en su rostro bastó para que se quedara quieta—. Me gustaría que no me tuvieras miedo.

—No te tengo miedo —pero respiraba con dificultad, como si hubiera estado corriendo.

—¿De qué tienes miedo entonces?

—De nada.

La voz de Cal era tan delicada... pensó. Tan terriblemente delicada.

—Pero estás tensa —con sus dedos largos y delgados, comenzó a acariciarle los hombros. Se incorporó y posó sus labios, tan fríos y vigorizantes como la brisa, en su sien—. Dime de qué tienes miedo.

—De esto —Libby alzó las manos y las posó en su pecho con intención de empujarlo—. No sé cómo luchar contra lo que estoy sintiendo.

—¿Y por qué tienes que hacerlo? —le acarició lentamente la cintura, atónito ante la fuerza del deseo que sentía crecer en él.

—Es demasiado pronto —pero ya no intentaba apartarlo. Su resolución estaba evaporándose, convirtiéndose en una necesidad palpitante, ardiente.

—¿Pronto? —soltó una tensa carcajada mientras enterraba el rostro en su cuello—. Ya han pasado siglos.

—Caleb, por favor.

Había urgencia en su voz, una súplica débil e incontestable al mismo tiempo. Cal supo, cuando sintió vibrar su cuerpo bajo el suyo, que podía tenerla. Con la misma certeza que supo, cuando bajó la mirada y vio la confusión que reflejaban sus ojos, que, después de que lo hiciera, Libby podría no perdonarlo.

El deseo latía dentro de él. Era una sensación nueva y frustrante. Dio media vuelta y se levantó. De espaldas a ella, observó correr el agua en el arroyo.

—¿Sueles volver locos a todos los hombres?

Libby apretó las rodillas contra su pecho.

—No, por supuesto que no.

—Entonces supongo que soy un hombre con suerte.

Cal elevó los ojos al cielo. Quería volver allí. Solo. Libre. Oyó la hierba crujir mientras Libby se levantaba y se preguntó si realmente podría volver a ser libre otra vez.

—Te deseo, Libby.

Libby no dijo nada. No podía. Ningún hombre le había dicho nunca aquellas tres palabras tan sencillas. Y aunque lo hubieran hecho otros mil, no habría importado. Nadie las habría pronunciado nunca de aquella manera.

Impulsado por el silencio de Libby, Caleb dio media vuelta. Acababa de dejar de ser su amable y ligeramente extraño paciente para pasar a ser un hombre furioso, sano y obviamente peligroso.

—Maldita sea, Libby, ¿se supone que no tengo que decir nada, que no puedo sentir nada? ¿Esas son las normas vigentes aquí? Pues bien, al diablo con ellas. Te deseo, y si continúo cerca de ti, terminaré teniéndote.

—¿Teniéndome?

Hasta ese momento, Libby sentía que su cuerpo estaba demasiado débil y excitado para enfadarse. Pero la furia la llenó a tal velocidad que se enderezó como una flecha.

—¿Qué? ¿Como un coche lujoso o un piso? Puedes desear lo que quieras, Cal, pero cuando tus deseos me incluyen a mí, supongo que yo también tengo algo que decir.

Estaba magnífica. Insoportablemente vivaz, con aquella furia en sus ojos y las flores flotando en su pelo. La recordaría así, siempre. Lo sabía, al igual que sabía que serían sentimientos agridulces los que despertarían aquellos recuerdos. Su propio genio lo impulsó a dar un paso adelante.

—Puedes decir todo lo que quieras —la tomó con ambas manos y la estrechó contra él—. Pero yo también tendré algo antes de irme.

En aquella ocasión, Libby se resistió. Era orgullo, orgullo y enfado lo que la hacía intentar liberarse. Pero entonces Cal la abrazó, atrapando su cuerpo irremediamente contra el suyo. Libby lo habría insultado, pero él cerró la boca sobre sus labios.

No fue como la primera vez. En aquella ocasión, Cal la había seducido, persuadido, tentado. En ese momento, la estaba poseyendo. No solo como si tuviera derecho a hacerlo, sino, simplemente, tomando lo que quería. Su amortiguada protesta fue desatendida, sus resistencias ignoradas. El pánico descendía por su espalda, pero murió ahogado en el más puro deseo.

Libby no quería ser forzada. Quería que le dejaran alguna opción. Pero era su mente la que hablaba. Su cuerpo dio un paso hacia delante, dejando todos los argumentos del intelecto tras él. Se revelaba en su fuerza, en su tensión, incluso en su genio. Se estaban encontrando poder contra poder.

Cal la sentía viva entre sus brazos, haciéndole olvidarse de quién, dónde y por qué. Cuando sentía aquel sabor cálido e intenso en sus labios, ni otro mundo ni otro tiempo existían. Para él era algo nuevo, tan excitante y aterrador como para ella. Irresistible. Era incapaz de pensar. No podía

pensar. Pero la sentía tan irresistible como la gravedad que aferraba sus pies a la tierra, tan persuasiva como el deseo que hacía precipitarse su pulso.

Le hizo echar la cabeza hacia atrás y se sumergió en la aterciopelada humedad de sus labios expectantes.

El mundo daba vueltas. Con un gemido, Libby pasó las manos por su espalda y terminó aferrándose desesperadamente a sus hombros. Quería que todo siguiera dando vueltas, girando locamente, hasta dejarla mareada, sin respiración, sin fuerzas. Podía oír el murmullo del agua, el susurro de la brisa entre los pinos. Y sabía que en realidad sus pies estaban firmemente aferrados al suelo. Pero el mundo daba vueltas.

Y ella estaba enamorada.

De su garganta escapó un sonido sordo, de abandono. A él. A sí misma.

Cal musitó su nombre. Una flecha abrasadora lo atravesó mientras el deseo giraba dolorosamente hacia un nuevo e inexplorado sentimiento. Apretó inconscientemente la mano con la que había estado acariciando su pelo. Y al hacerlo estrujó los pétalos de una flor. Una fragancia, dulce y agonizante, se elevó en el aire.

Retrocedió, asombrado. La flor continuaba en su mano, frágil y mutilada. Su mirada vagó hasta los labios de Libby, todavía hinchidos por la presión de los suyos. Le temblaban los músculos. Una oleada de disgusto crecía en su interior.

Nunca, jamás en su vida, había forzado a una mujer. La mera idea le resultaba aborrecible. El más vergonzoso de los pecados. Le resultaba imperdonable... Y más imperdonable todavía porque Libby le importaba como nunca le había importado alguien.

—¿Te he hecho daño? —consiguió decir.

Libby sacudió rápidamente la cabeza. Demasiado rápidamente. ¿Daño?, pensó. Eso no era nada. Estaba completamente devastada. Con un solo beso había conseguido destrozarla, demostrarle que su voluntad podía desmoronarse y su corazón perderse.

Cal no se disgustaría. Se volvió hasta que estuvo seguro de que estaba lo bastante controlado como para hablar racionalmente. Pero no podía disculparse por desear o por tomar lo que tanto deseaba. Porque sabía que no podría tener nada de ella cuando se marchara.

—No puedo prometerte que no sucederá otra vez, pero haré todo lo que pueda para intentarlo. Ahora deberías volver al trabajo.

¿Eso era todo?, se preguntó Libby. Después de haber desnudado sus sentimientos hasta sus huesos, ¿podría pedirle tranquilamente que volviera a casa? Abrió la boca para contestar, y estaba a punto de dar un paso hacia él cuando se detuvo.

Cal tenía razón, por supuesto. Lo que había ocurrido no volvería a ocurrir. Eran dos desconocidos, por mucho que su corazón se empeñara en decirle lo contrario. Sin decir una sola palabra, se volvió y lo dejó solo en el arroyo.

Tiempo después, Cal abrió la mano en la que tenía la flor herida, la dejó caer al agua y la observó alejarse con la corriente.

5

No podía concentrarse. En su habitación, Libby fijó la mirada en la pantalla del ordenador, intentando interesarse por las palabras que ya había escrito. Pero los isleños de Kolbari y sus danzas tradicionales habían dejado de fascinarla. Hasta entonces, había estado segura de que los estudios eran la respuesta y se había sumergido completamente en ellos. Nadie había conseguido distraerla de sus estudios hasta entonces. Cuando estaba en la universidad, había terminado importantes trabajos mientras sus compañeras de piso celebraban una fiesta de puertas abiertas. Aquella concentración inquebrantable había continuado durante su vida profesional. Había escrito artículos en tiendas de campaña, iluminada por una linterna. Había leído notas a lomos de una mula y había preparado conferencias en medio de la selva. Una vez emprendía un proyecto, nada ni nadie podía hacerla desviarse de su curso.

Pero mientras leía aquel párrafo por tercera vez, en lo único en lo que podía pensar era en Cal.

Era una pena que nunca le hubiera interesado mucho la química, pensó, levantándose las gafas para frotarse los ojos. Si lo hubiera hecho, quizá podría comprender más claramente su forma de reaccionar a él. Seguramente, había un libro en alguna parte que podía proporcionarle la información que en aquel momento necesitaba. No quería saberse incapaz de realizar una lista de razones lógicas que explicaran su actitud. Soñar despierta sobre el amor y el romanticismo era una cosa. Experimentarlo, era algo completamente diferente.

Y no le gustaba.

Con un largo suspiro, se separó del escritorio y cruzó las piernas sobre la silla. Con los ojos todavía fijos en la pantalla, apoyó los codos en las rodillas y posó la barbilla en sus manos. No estaba enamorada, se dijo. Aquello había sido una reacción refleja debida a la intensidad del momento. La gente no se enamoraba tan rápidamente. Dos personas podían sentirse atraídas, por supuesto, incluso fuertemente atraídas. Pero, para que hubiera amor, tenían que intervenir otros muchos factores.

Como un ambiente común, e intereses comunes, decidió. Aquello la tranquilizó y le proporcionó una sensación de firmeza. ¿Cómo podía estar enamorada de Cal cuando el único interés que le conocía era volar? Y comer, añadió con una pesadosa sonrisa.

Y la comprensión de los sentimientos del otro, de su carácter y sus metas. Seguramente, todo eso también era vital para el amor. ¿Y cómo podía estar enamorada cuando no comprendía en

absoluto a Caleb Hornblower? Sus sentimientos eran un misterio para ella, jamás habían hablado de sus objetivos y su carácter parecía cambiar en cada momento.

Cal estaba inquieto. Un ceño surcó la frente de Libby cuando pensó en la mirada que tan a menudo veía en sus ojos. A veces la hacía pensar en un hombre que se había equivocado al tomar un desvío en la autopista y había terminado en una tierra desconocida y extraña.

Inquieto, sí, pero también él era motivo de inquietud, se recordó a sí misma, intentando que su compasión no pesara más que su sentido común. Su personalidad era demasiado fuerte, su encanto excesivo y su confianza en sí mismo desbordante. Libby no tenía espacio en su ordenada vida para un hombre como Cal. Él era capaz, por el mero hecho de existir, de convertir su vida en un caos.

Lo oyó entrar en la cocina y se abrazó automáticamente. El pulso comenzó a latirle a toda velocidad.

Disgustada consigo misma, acercó la silla al escritorio. Iba a trabajar. De hecho, pensaba continuar trabajando hasta la medianoche y no iba a dedicarle a Cal ni un solo pensamiento más. Se descubrió a sí misma mordiéndose otra vez la uña del pulgar.

—Maldita sea, ¿quién es Caleb Hornblower?

Lo último que esperaba de aquella pregunta era una respuesta. Aquella voz metálica la hizo saltar de la silla. Se aferró al borde del escritorio para no caerse y se quedó mirando boquiabierto la pantalla del ordenador.

—Hornblower, Caleb. Capitán de las FIE, retirado.

—Oh, Dios mío —se llevó la mano a la garganta y sacudió la cabeza—. Espera un momento... —susurró.

—Esperando.

Era imposible, se dijo Libby mientras presionaba una mano temblorosa contra la boca. Tenía que estar alucinando. Sí, eso era. La tensión emocional, el exceso de trabajo y la falta de sueño le estaban provocando alucinaciones. Cerró los ojos y tomó aire tres veces. Pero cuando los abrió las palabras continuaban en la pantalla.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

—Información requerida y transmitida. ¿Se necesita algún dato adicional?

Libby apartó algunos de los papeles que tenía sobre el escritorio y descubrió debajo de ellos el reloj de Cal. Habría jurado que la voz que oía procedía de allí. Pero no, no era posible. Con el dedo índice, dibujó el cable delgadísimo y transparente que iba desde el reloj hasta su ordenador.

—¿A qué demonios está jugando?

—Esta unidad dispone de quinientos veinte juegos. ¿Cuál prefieres?

—Libby.

Caleb permanecía en el marco de la puerta, intentando pensar a toda velocidad. No servía de nada regañarse por haber sido tan descuidado. De hecho, se preguntaba si, inconscientemente, no se habría puesto en una posición que lo obligaba a decir la verdad. Pero en aquel momento, cuando Libby se volvió, no estaba seguro de si iba a ser lo mejor para ellos. Libby no solo estaba asustada, estaba furiosa.

—De acuerdo, Hornblower, quiero que me expliques exactamente qué está pasando aquí.

Cal intentó esbozar una sonrisa.

—¿Dónde?

—Aquí, maldita sea —señaló el ordenador con un dedo.

—Supongo que tú deberías saberlo mejor que yo. Es tu trabajo.

—Quiero una explicación, y la quiero ahora.

Cal anduvo hasta ella. Una rápida mirada a la pantalla hizo aparecer una sonrisa en su boca. Así que Libby quería saber quién era. Encontraba algún consuelo al descubrir que estaba tan confundida con él como él con ella, y, al mismo tiempo, tan interesada.

—No, no la quieres.

Lo dijo muy quedamente, y le habría tomado la mano si Libby no la hubiera apartado.

—No solo quiero una explicación, sino que insisto en tenerla. Tú, tú... —con un sonido de frustración, tomó aire. Aquel hombre no iba a hacerla tartamudear—. Has venido aquí, has enchufado tu reloj a mi ordenador y...

—Conectado —repuso Cal—. Si piensas trabajar con un ordenador, deberías conocer el lenguaje.

Libby apretó los dientes con fuerza.

—Supongo que ahora tendrás que explicarme cómo se puede conectar un reloj con un PC, ¿no?

—¿Qué?

Libby no pudo reprimir una afectada sonrisa.

—Computadora Personal. Creo que eres tú el que debería repasar su vocabulario. Y ahora, quiero respuestas.

Cal posó las manos en sus hombros.

—Nunca me creerías.

—Será mejor que te esfuerces para que te crea. ¿Ese reloj es una especie de ordenador en miniatura?

—Sí —alargó la mano para tomarlo, pero Libby le dio un golpe en la muñeca.

—Déjalo ahí. Jamás había oído hablar de ordenadores en miniatura capaces de contestar a la voz humana que pudieran conectarse con un PC y presumieran de tener quinientos juegos.

—No —Caleb bajó la mirada hacia los furiosos ojos de Libby—. Estoy seguro de que nunca has oído hablar de nada parecido.

—¿Y por qué no me cuentas de dónde has sacado tú el tuyo, Hornblower? Me gustaría comprarle uno a mi padre por Navidad.

Una sonrisa de pura diversión elevaba las comisuras de los labios de Cal.

—En realidad, creo que este modelo todavía tardará algún tiempo en salir al mercado. ¿Puedo ofrecerte alguna otra cosa?

Libby le sostenía la mirada.

—Puedes ofrecerme la verdad.

Intentar dar algún rodeo le parecía la mejor forma de aproximarse al tema. Volvió la mano de Libby y entrelazó los dedos con los suyos.

—¿Toda la verdad o las partes más sencillas?

—¿Eres un espía?

Lo último que Libby esperaba era que Cal soltara una carcajada. Una sonora carcajada que expresaba la más absoluta diversión. Antes de dejar de reír, besó a Libby en ambas mejillas.

—No has contestado a mi pregunta —Libby se liberó de su abrazo—. ¿Eres un espía?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Mi salvaje imaginación —replicó, estirando las manos y dando vueltas por la habitación—. Te estrellas en medio de una tormenta, en unas condiciones en las que a ninguna persona sensata se le habría ocurrido conducir y, mucho menos, volar. No tienes ningún carné que te identifique. Dices que no eres militar, pero llevabas una especie de uniforme. Tus zapatos eran caso aparte, pero llevas un reloj que parece un Rolex. ¡Y un reloj que habla! —incluso mientras lo decía, le parecía tan absurdo que tenía que mirar a la pantalla para estar segura de que no eran imaginaciones suyas—. Mira, sé que las agencias de espionaje tienen equipos muy avanzados. Es posible que no sea James Bond, pero...

—¿Quién es James Bond? —preguntó Cal.

—Bond, James. Código número 007. Licencia para matar. Personaje de ficción creado en el siglo XX por el escritor Ian Fleming. Sus novelas...

—¡Desconéctate! —le ordenó Cal, pasándose frustrado la mano por el pelo.

Una mirada al rostro de Libby le indicó que estaba en serios problemas.

—Creo que deberías sentarte —le indicó.

Aunque era un poco tarde para tomar precauciones, Cal desenganchó el cable y se guardó la unidad en el bolsillo.

—Quieres una explicación.

Libby ya no estaba tan segura. Diciéndose que era una cobarde, asintió con vehemencia mientras se sentaba en la cama.

—Sí.

—De acuerdo, pero no te va a gustar —Cal se sentó en una silla y cruzó las piernas—. Estaba haciendo un viaje de rutina desde la Colonia Brigston.

—¿Perdón?

—La Colonia Brigston —repitió—. En Marte.

Libby cerró los ojos y se frotó la cara.

—Espera un momento, Hornblower.

—Ya te he dicho que no te gustaría.

—¿Quieres hacerme creer que eres un marciano?

—No seas ridícula.

Libby dejó caer la mano en el regazo.

—¿Te parezco ridícula? ¿Te sientas ahí e intentas hacerme tragar la historia de que vienes de Marte y estoy siendo ridícula? —a falta de algo mejor que hacer, arrojó un cojín al centro de la habitación, se levantó y comenzó a caminar—. Mira, no es que pretenda meterme en tu vida personal, ni siquiera espero ninguna clase de gratitud por haberte salvado en medio de una tormenta, pero creo que al menos es necesario un mínimo de respeto. Estás en mi casa, Hornblower, y me merezco saber la verdad.

—Sí, yo también lo creo, y por eso estoy intentando contártela.

—Estupendo —enfadarse no iba a servirle de nada, pensó Libby. Se dejó caer en la cama y estiró los brazos—. Así que eres de Marte.

—No, soy de Filadelfia.

—Ah —Libby dejó escapar un largo suspiro de alivio—. Ahora ya estamos llegando a algún sitio. Y te dirigías hacia Los Ángeles cuando tu avión se estrelló.

—Mi nave.

El rostro de Cal permanecía impassible, completamente en calma.

—Tu nave espacial, supongo.

—Podría llamarse así —se inclinó hacia delante—. Tuve que desviarme de mi ruta por culpa de una lluvia de meteoros. Obviamente, me desvié mucho más de lo que en un principio había pensado, porque comenzó a fallarme el panel de control. Fui arrastrado por un agujero negro, por un agujero negro desconocido.

—Un agujero negro.

Cal ya no parecía tener ganas de reír. Y su mirada era absolutamente sincera. Creía lo que le estaba contando, comprendió Libby mientras se retorció las manos en el regazo. Obviamente, la contusión había sido mucho más fuerte de lo que ella en principio había creído.

—Un agujero negro es una estrella comprimida. Muy densa, muy poderosa. Su fuerza de gravedad lo absorbe todo, polvo estelar, gas, incluso la luz.

—Sí, ya sé lo que es un agujero negro.

Tenía que asegurarse de que Cal no perdiera la calma, razonó Libby. Le seguiría la corriente, mostraría un amistoso interés por su historia y después intentaría que se acostara.

—Así que ibas volando en tu nave espacial, fuiste absorbido por un agujero negro y te estrellaste.

—Expresado de forma sencilla, así es. En realidad, no sé exactamente lo que ocurrió. Por eso he conectado mi unidad a tu ordenador. Necesitaba más información para poder calcular cómo volver.

—¿A Marte?

—No, maldita sea. Al siglo XXIII.

La minúscula y educada sonrisa de Libby se heló en su rostro.

—Ya entiendo.

—No, no lo entiendes.

Cal se levantó y comenzó a caminar por la habitación. «Paciencia», se dijo. No podía esperar que Libby aceptara en unos segundos lo que tanto le había costado creer a sí mismo.

—A lo largo de los siglos, se han escrito muchas teorías sobre los viajes en el tiempo. Generalmente, se acepta que si una nave pudiera alcanzar la velocidad necesaria y ponerse en un determinado ángulo solar podría atravesar el tiempo. La teoría solo llega hasta ahí, porque nadie está seguro de cómo podría impedirse que la nave, al ser atraída por la fuerza gravitatoria del sol, no se achicharrara. Lo mismo ocurre en cuanto a los agujeros negros. Si realmente fui absorbido por uno, la potencia de la radiación debería haber destrozado la nave. He debido de tener una suerte loca, pero de alguna manera conseguí mantener la trayectoria adecuada, la velocidad precisa, la distancia, el ángulo. Y en vez de ser absorbido por el agujero, reboté —corrió la cortina de la ventana y miró el cielo cubierto de nubes—. Y aterricé aquí, a doscientos sesenta y tres años, en el pasado.

Libby se acercó a Cal y posó una mano vacilante en su hombro.

—Deberías tumbarte.

Cal no la miró. No necesitaba hacerlo.

—No me crees.

Libby abrió la boca para protestar, pero no podía mentirle.

—Tú lo crees.

Cal se volvió. Había compasión en la mirada de Libby; un calor especial daba brillo a sus ojos.

—¿Cómo lo explicarías? —buscó su unidad en el bolsillo—. ¿Cómo explicarías tú esto?

—Ahora no hacen falta explicaciones. Siento haberte presionado, Caleb. Estás cansado.

—No te he dado ninguna explicación. Ni sobre esto... —volvió a guardarse la unidad en el bolsillo—, ni sobre mí.

—De acuerdo. Mi teoría es que formas parte de alguna agencia de espionaje, quizá de alguna sección de élite de la CIA. Probablemente te desmayaste o algo parecido debido al estrés, la tensión, el exceso de trabajo... Cuando te estrellaste, el *shock* y el golpe que te diste en la cabeza te pusieron en una situación límite. Y como ya no quieres seguir siendo lo que eres, inconscientemente te has creado una época y una vida diferente.

—Así que crees que estoy loco.

Volvió la compasión a los ojos de Libby, a su voz. Posó la mano en su mejilla, como si quisiera brindarle consuelo.

—Creo que estás confundido y que necesitas descanso y atención.

Cal estuvo a punto de comenzar a maldecir, pero se contuvo. Si continuaba insistiendo, solo conseguiría asustarla. Y ya le había causado demasiados problemas que Libby no se merecía.

—Probablemente tengas razón. Todavía estoy sufriendo los efectos del golpe. Debería descansar.

—Buena idea —Libby esperó hasta que Cal llegó a la puerta—. Caleb, no te preocupes. Todo saldrá bien.

Cal se volvió, pensando que aquella sería la última vez que la vería. La luz violácea del crepúsculo recortaba la figura de Libby, que parecía estar suspendida al borde de la niebla. Sus ojos estaban sombríos y al mismo tiempo llenos de compasión. Cal recordó el sabor rico y dulce de sus labios. Y el arrepentimiento lo golpeó como un puño.

—Eres —dijo quedamente—, la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Libby lo miró fijamente, en silencio, mientras cerraba la puerta tras él.

Cal no durmió. Mientras permanecía tumbado en la cama, solo era capaz de pensar en ella. Encendió la televisión y observó a las figuras moverse como fantasmas en la pantalla. Ellos eran, comprendía, más reales que él.

Libby no podía creerle. Nada sorprendente, por otra parte. Pero había intentado consolarlo.

Cal se preguntaba si sabría lo única que era, en su época o en cualquier otra. Una mujer que era suficientemente fuerte como para vivir sola en un lugar como aquel y lo bastante frágil como para temblar en los brazos de un hombre. En sus brazos.

La deseaba. Envuelto en la luz nacarada del amanecer, la deseaba más de lo que habría creído soportable. Le bastaría con abrazarla. Con tumbarse a su lado, sintiendo su cabeza apoyada en el hombro. En silencio. No podía pensar en ninguna otra mujer con la que le bastara con estar a su lado en silencio. Si tuviera alguna oportunidad...

Pero no la tenía.

Estaba tumbado en la cama, completamente vestido. Se levantó. No tenía nada que llevarse, y tampoco nada que dejar tras él. Bajó quedamente las escaleras y salió de la casa.

El Land Rover estaba aparcado cerca de los escalones del porche, en el mismo lugar en el que lo había dejado Libby la noche que lo había llevado a la cabaña. Se dirigió hasta él, no sin antes dirigir una última mirada a la ventana de la habitación de Libby. Odiaba dejarla abandonada a su suerte, sin ningún tipo de vehículo. Más tarde, intentaría introducirse en alguna emisora de radio y transmitiría su localización para que alguien fuera a buscarla.

Se pondría furiosa. La idea lo hizo reír mientras se montaba en el asiento del conductor. Lo maldeciría, lo odiaría. Y no lo olvidaría.

Cal se dejó fascinar durante algunos segundos por aquellos antiquísimos mandos y controles. Los pájaros cantaban mientras él giraba el volante y pisaba los pedales con infinita curiosidad.

Había una palanca entre los asientos con los números del uno al cuatro grabados sobre el diseño de una «H». El engranaje hizo un ruido metálico cuando inclinó la palanca hacia delante. Confiado en que tendría habilidades más que suficientes para hacer funcionar un vehículo tan simple, pulsó un botón. Como no obtuvo respuesta, movió la palanca de cambios mientras disminuía la presión sobre los pedales. Mediante el método de ensayo y error, encontró el embrague e hizo entrar sin problemas la primera marcha.

Aquello podía ser un principio, decidió, y se preguntó dónde demonios habría puesto el diseñador el botón de encendido.

—Te va a costar mucho ponerlo en marcha sin esto.

Libby permanecía en el porche, con una mano en las caderas y la otra en alto, con las llaves del coche bailando entre sus dedos.

Estaba enfadada, de acuerdo, pensó Cal. Pero él tampoco estaba de mucho mejor humor.

—Solo estaba... pensando en dar una vuelta.

—¿Ah sí? —tiró bruscamente de su jersey, estirándolo hasta por debajo de las caderas antes de bajar los escalones del porche—. Pues has tenido mala suerte, porque no he dejado las llaves puestas.

Así que se necesitaba una llave. Debería habérselo imaginado.

—¿Te he despertado?

Libby le dio un golpe en el hombro.

—Eres insoportable, Hornblower. Ayer me hiciste tragar toda esa estupidez para que te compadeciera y hoy intentas robarme el coche. ¿Qué demonios pensabas hacer? ¿Un puente y dejarme aquí colgada? Al menos, cabría esperar que un piloto experimentado como tú fuera capaz de hacerlo rápidamente y casi en silencio.

—Solo pretendía tomarlo prestado —aunque dudaba que la diferencia pudiera importarle—. Pensaba que preferirías que fuera yo solo al lugar en el que me estrellé.

Había confiado en él, pensó Libby, dirigiéndose todo tipo de insultos. Lo había compadecido. Había intentado ayudarlo. Traicionada y furiosa, cerró el puño alrededor de la llave que sostenía en la mano. Lo ayudaría, de acuerdo.

—Bueno, pues ya puedes dejar de pensar. Muévete.

—¿Perdón?

—He dicho que te muevas. Si quieres ir a ver las ruinas de tu nave, iremos.

Cal permaneció inmóvil.

—Muévete, Hornblower, si no quieres que ese agujero que tienes en la cabeza tenga compañía.

—Estupendo —renunciando a resistirse, sorteó la palanca de cambios y se sentó en el otro asiento—. Pero después no digas que no te lo he advertido.

—Y pensar que te compadecía...

Cal observó a Libby intrigado mientras ella giraba la llave en el encendido. El motor volvió a la vida. La radio comenzó a vociferar, los limpiaparabrisas a moverse y la calefacción a calentar el coche al máximo.

—Eres un caso —murmuró Libby mientras giraba diferentes botones.

Antes de que Cal pudiera hacer ningún comentario, presionó el embrague, pisó el acelerador y el coche comenzó a moverse por aquella estrecha y accidentada carretera.

—Libby —se aclaró la garganta y elevó la voz por encima del sonido del motor—, estaba haciendo lo que consideraba que era mejor para ti. No quiero que te involucres más en esto de lo que ya te has involucrado.

—Genial —tiró de la palanca de cambios, haciendo que salieran disparadas un montón de piedrecitas—. Dime para quién trabajas, Hornblower.

—Soy independiente.

—Oh, ya entiendo —su boca se transformó en una dura línea—. ¿Te vendes al mejor postor? La renovada fuerza de su enfado lo desconcertó.

—Claro, ¿no lo hace todo el mundo?

—Algunas personas no ponen precio a la lealtad a su país.

Cal se llevó las manos a los ojos. Hasta entonces no se había dado cuenta de que habían retomado la conversación del día anterior.

—Libby, no soy un espía. No trabajo para la CAI...

—CIA.

—Lo que sea. Soy piloto. Transporte provisiones, gente, equipos. Los llevo hasta los puertos espaciales, las colonias...

—Así que vas a volver a contarme ese cuento —Libby apretó los dientes mientras el Land Rover cruzaba un riachuelo. El agua salpicó las ventanillas—. ¿Y qué vas a fingir ser esta vez? ¿Un camionero intergaláctico?

Cal elevó las manos y después las dejó caer.

—Algo parecido.

—Pero ya no te creo, Cal. No creo que estés loco, y tampoco que tú mismo estés engañado. Así que corta.

—¿Que corte qué? —como Libby se limitó a contestarle con un siseo, decidió intentarlo de nuevo, con más calma—. Libby, todo lo que te he dicho es verdad.

—Déjalo —si no hubiera necesitado las dos manos para guiar el volante, lo habría abofeteado—. Me gustaría no haberte visto en mi vida. Literalmente, has caído en medio de mi vida y me has hecho preocuparme por ti, me has hecho sentir cosas que no había sentido nunca. Y todo en ti es mentira.

Cal ya solo veía una sola opción. En un impulso, alargó el brazo y tomó la llave. El Land Rover se detuvo bruscamente.

—Ahora escúchame —con la mano libre, la agarró del jersey—. Maldita sea —el juramento se transformó en un susurro cuando vio el rostro de Libby—. No llores, no puedo soportarlo.

—No estoy llorando —se secó las lágrimas de enfado con el dorso de la mano—. Devuélveme las llaves.

—Ahora mismo —la soltó y alzó las manos, en señal de tregua—. No estaba mintiendo cuando te he dicho que quería marcharme porque pensaba que era lo mejor para ti.

Libby lo creía. Y se odiaba a sí misma por lo fácil que le resultaba creerlo.

—¿Me vas a contar en qué tipo de problemas andas metido?

—Sí —incapaz de resistirse, acarició con un dedo su muñeca—. Después de que encontremos la... el lugar en el que caí, te lo contaré todo.

—¿No habrá más evasivas, ni historias ridículas?

—Te lo contaré todo —alzó la mano y presionó su palma contra la de Libby—. Te doy mi palabra. Libby... —entrelazó los dedos con los suyos—, ¿qué te hago sentir?

Libby apartó la mano para aferrarse al volante.

—No lo sé, y ahora no quiero pensar en ello.

—Me gustaría saber por qué nunca he sentido por otra mujer lo que siento por ti. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes.

Se estaba despidiendo de ella, comprendió Libby. Un intenso dolor se extendió por su pecho.

—No. Ahora solo tenemos que concentrarnos en lo que hay que hacer —mientras fijaba la mirada en la carretera, Cal volvió a meter la llave en el encendido—. Caíste por allí —le indicó Libby mientras ponía el coche en marcha—. En esa curva. Lo único que puedo decirte es que venías desde esa dirección. Tuve la impresión, cuando te vi caer, de que habías chocado con alguna de esas cumbres —frunció el ceño y se llevó la mano a los ojos para protegerse del sol—. Qué raro... Parece que hay un claro entre los árboles.

No era extraño, pensó Cal, si se tenía en cuenta que una nave de setenta metros de largo y treinta de ancho había caído sobre ellos.

—¿Por qué no vamos a echar un vistazo?

Libby giró el coche y comenzaron a ascender por una loma rocosa. Parte de ella, todavía enfadada, esperaba que aquel duro ascenso consiguiera asustar a Cal. Pero cuando lo miró, lo vio sonriendo radiante.

—Esto es magnífico —gritó él—. No había hecho nada parecido desde que era niño.

—Me alegro de que te estés divirtiendo.

A partir de entonces, se concentró de tal manera en la carretera que cuando Cal comenzó a presionar los botones de su reloj, ni siquiera se dio cuenta.

Cal, por su parte, comenzaba a sentir bullir en su interior la emoción al descubrir que una de las esferas señalaba el rumbo.

—Veinticinco grados al norte.

—¿Qué?

—Por allí —hizo un gesto con la mano—. Ese es el camino. Está a cinco kilómetros de aquí.

—¿Cómo lo sabes?

Cal le dirigió una sonrisa radiante.

—Confía en mí.

Llegaron hasta el linde del bosque, donde los pinos comenzaban a espesarse. Asomaban ya los brotes en los arbustos, pero todavía no habían florecido. Libby se estremeció al sentir el frío viento que se filtraba por las ventanillas antes de apagar el motor del coche.

—El coche no puede pasar por allí. Tendremos que ir andando.

—No está lejos —Cal ya estaba fuera, ofreciéndole impaciente la mano—. Solo a unos metros.

Libby mantuvo la mano caída a un lado de su cuerpo mientras fijaba la mirada en el reloj de Cal, que emitía unos pitidos regulares.

—¿Por qué está haciendo esto?

—Está explorando el lugar. Solo tiene un alcance de diez kilómetros, pero es bastante preciso —alzó la muñeca y la movió en círculos—. Como dudo que haya ningún objeto metálico como mi nave por los alrededores, yo diría que la hemos encontrado.

—No empieces otra vez —Libby se metió las manos en los bolsillos y comenzó a caminar.

—Se supone que eres una científica —le recordó Cal mientras caminaba a su lado.

—Y lo soy —musitó ella—. Precisamente por eso sé que los hombres no salen disparados de un agujero negro y se caen en medio de los montes Klamath en su camino hacia Marte.

Cal le pasó el brazo por los hombros.

—Estás acostumbrada a mirar al pasado, Libby, no al futuro. Nunca has visto a nadie que haya vivido dos siglos atrás, pero sabes que existieron. ¿Por qué entonces te resulta tan difícil creer que también existen personas dos siglos después de este?

—Espero que lleguen a existir, pero no tengo muchas esperanzas de poder servirles un café —Cal no estaba loco, decidió, y era extremadamente inteligente—. Me dijiste que me dirías la verdad, toda la verdad, cuando encontráramos tu avión. Espero que lo mantengas —alzó la cabeza y se quedó petrificada—. Oh, Dios mío.

A menos de veinte metros, vio un hueco entre los árboles. Era el claro que había distinguido desde la carretera. De cerca, parecía como si alguien hubiera utilizado una hoz gigante para segar el bosque, cortando una franja de árboles de más de treinta metros de ancho.

—Pero si no ha habido ningún incendio —tuvo que acelerar el paso para alcanzar a Cal—. ¿Qué puede haber hecho una cosa así?

—Eso —cuando llegaron al claro, Cal señaló hacia delante.

Allí, descansando sobre aquel suelo rocoso y cubierto por el manto que conformaban las agujas de los pinos, estaba su nave, rodeada de pinos de más de diez metros de altura.

—No te acerques más hasta que compruebe la radiación —le advirtió Cal, pero no tendría que haberse molestado. Libby no habría sido capaz de moverse aunque hubiera querido.

Utilizando la unidad de pulsera, comprobó el nivel de radiación y asintió rápidamente.

—Está dentro de los límites normales. El retroceso en el tiempo debe de haber neutralizado cualquier posible exceso —volvió a pasarle el brazo por los hombros—. Vamos a entrar. Quiero enseñarte mis grabados.

Desconcertada y en silencio, Libby lo siguió. Era enorme, tan grande como una casa, y no se parecía a ninguno de los aviones que había visto hasta entonces. «Un secreto militar», se dijo. Esa era la razón por la que Cal se había mostrado tan evasivo. Pero era imposible que un solo hombre pudiera pilotar una nave tan grande.

Tenía la forma de una bala y no tenía alas. Al pensar en ello, sintió que se le revolvía el estómago. Era una forma que le recordaba a las de las rayas que había visto alguna vez en el mar.

«Un experimento», se dijo, mientras saltaba por encima de uno de los pinos caídos que rodeaban la astronave.

El cuerpo era de un color metálico, menos brillante que la plata. Había arañazos, abolladuras y golpes por doquier. «Como si se tratara de un viejo coche familiar», se dijo riendo.

Seguramente eran el resultado del accidente, decidió, pero le preocupaba que algunas abolladuras tuvieran aspecto de ser bastante antiguas. El Pentágono, o la NASA, o quienquiera que lo hubiera construido, debería haber tenido más cuidado con un aparato que debía de haber costado millones de dólares.

—Así que viniste dentro de esto —consiguió decir mientras Cal saltaba un pequeño montículo para llegar hasta la nave.

—Claro —acarició la carrocería de metal con un cariño inconfundible—. Es una maravilla pilotar esta nave.

—¿De quién es?

—Mía —había placer y emoción en sus ojos cuando le tendió la mano para ayudarla a saltar—. Ya te dije que no la había robado.

Invadido por una placentera oleada de alivio, Cal hizo girar a Libby en círculos y la besó en los labios. Encontró su sabor tan fascinante, que, manteniéndola a unos centímetros del suelo, le dio un segundo beso.

—Caleb... —casi sin respiración, lo apartó de ella.

—Besarte ya se ha convertido en una costumbre, Libby —le rodeó la cintura con la mano—. Y siempre me ha resultado difícil cambiar de hábitos.

Estaba intentando distraerla, pensó Libby. Y estaba haciendo un trabajo excelente.

—Pues intenta dominarte —le ordenó—. Ahora ya hemos encontrado... esto. Y me prometiste que me darías una explicación. Ambos sabemos que es imposible que un objeto así sea propiedad de un ciudadano. Así que ya me lo estás contando todo, Hornblower.

—Es mía —repitió Cal, todavía sonriendo—. O al menos lo será cuando termine de pagarla —presionó un botón para abrir la escotilla. Libby se quedó boquiabierta al ver elevarse la puerta silenciosamente—. Vamos, te enseñaré todos los documentos del registro.

Incapaz de resistirse, Libby dio dos pasos para entrar en la cabina. Era tan grande como el salón de la cabaña y la mayor parte del espacio lo ocupaba un panel de control. Había cientos de botones de diferentes colores frente a dos asientos negros con forma de cucharón.

—Siéntate —la invitó Cal.

Libby, que permanecía cerca de la entrada de la cabina, se frotó los brazos, intentando protegerse de una repentina sensación de frío.

—Está... muy oscuro.

—Ah, sí... —Cal cruzó hasta el panel y presionó un interruptor. Libby dejó escapar un grito cuando la parte delantera de la nave se abrió—. Debieron de cerrarse las compuertas cuando comencé a caer.

Libby solo era capaz de mirar fijamente. Frente a ella, veía el bosque, las montañas lejanas y el cielo. La intensa luz del sol se filtraba en toda la nave. Desde luego, no se podía llamar parabrisas a aquel ventanal de más de veinte metros.

—No lo entiendo —como lo necesitaba, se acercó rápidamente a uno de los asientos y se sentó—. No entiendo nada.

—Yo sentía lo mismo hace un par de días —Cal abrió un cajón, removió unos papeles y le entregó a Libby una tarjeta brillante—. Esta es mi licencia de piloto, Libby. Después de leerla,

toma aire. Creo que te ayudará.

Aparecía su fotografía en una esquina. Su sonrisa era tan atractiva y cautivadora como en la realidad. Su tarjeta de identificación decía que era un ciudadano de Estados Unidos que tenía permiso para pilotar todos los modelos de nave desde la «A» a la «F». Decía que medía un metro ochenta y cinco centímetros y cuatro milímetros y pesaba setenta kilos. Tenía el pelo negro, los ojos azules. Y su fecha de nacimiento era... el año dos mil doscientos veintidós.

—Oh, Dios mío —susurró Libby.

—Te has olvidado de respirar —cerró la mano sobre la de Libby, que continuaba sosteniendo la tarjeta—. Libby, tengo treinta años. Cuando salí de Los Ángeles hace dos meses, era febrero de dos mil quinientos cincuenta y dos.

—Esto es una locura.

—Quizá, pero ha sucedido.

—Esto tiene que ser mentira.

Le devolvió la tarjeta bruscamente y se levantó. El corazón le latía con tanta fuerza y a tanta velocidad que lo sentía palpitar en las sienas.

—No sé por qué estás haciendo esto, pero estoy segura de que todo es una mentira muy bien tramada. Me voy a casa.

Corrió hacia la salida, justo en el momento en el que la puerta se cerraba.

—Siéntate, Libby. Por favor —Cal volvía a ver aquella mirada furiosa y asustada en el rostro de Libby y tuvo que contenerse para no acercarse a ella—. No voy a hacerte daño. Ya lo sabes. Ahora siéntate y escucha.

Como estaba enfadada consigo misma por haber intentado salir corriendo, Libby se volvió pesarosa y se sentó.

—¿Y bien?

Cal se sentó frente a ella e intentó pensar la mejor manera de abordar todo aquel asunto. Había ocasiones, suponía, en las que lo mejor era tratar una situación peculiar como si fuera completamente normal.

—No has desayunado —le dijo de repente.

Satisfecho con aquella repentina inspiración, abrió una pequeña puerta y sacó una bolsita plateada.

—¿Te apetecen huevos con jamón?

Sin esperar respuesta, se giró, abrió otra puerta y metió dentro la bolsita. Apretó un botón y se sentó sonriente frente a ella hasta que el zumbido terminó. Después, sacó un plato de otro compartimento, abrió la puerta y sacó un par de huevos humeantes acompañados por grandes cantidades de jamón.

Libby bajó la mirada hacia sus manos.

—Sabes muchos trucos.

—No son trucos. Irradiaciones. Vamos, pruébalos —le sostuvo el plato debajo de la nariz—. No son tan buenos como los tuyos, pero te pueden sacar de un aprieto. Libby, tienes que creerlo, lo tienes delante de tus propios ojos.

—No —muy lentamente, Libby giró la cabeza de lado a lado—. No me lo creo.

—¿Tienes hambre?

Libby volvió a negar con la cabeza. Con más firmeza en aquella ocasión. Tras encogerse de hombros, Cal sacó un tenedor de un cajón y comenzó a comer.

—Sé cómo te sientes.

—No, no lo sabes —tomó aire—. Tú no estás sentado en lo que parece una nave espacial manteniendo una conversación con un hombre que dice venir del siglo XXIII.

—No, pero estoy sentado en mi nave con una mujer que es casi doscientos cincuenta años más vieja que yo.

Libby pestañeó al oírlo, y de pronto descubrió que una carcajada, solo ligeramente histérica, salía de sus labios.

—Esto es ridículo.

—Desde luego.

—No estoy diciendo que lo crea.

—Lleva su tiempo.

La mano de Libby ya no estaba fría, aunque continuaba temblando, cuando se la llevó a la cabeza.

—Necesito pensar.

Con un suspiro, se recostó en su asiento y miró a Cal fijamente.

—Creo que ahora tomaré ese desayuno.

6

Los huevos estaban un poco insípidos, pero al menos estaban calientes. «Irradiados», pensó Libby mientras probaba un segundo bocado. Había oído hablar de los controvertidos procesos de preservación de los alimentos. Pero lo que acababa de presenciar estaba muy lejos de un simple microondas.

No sabía muy bien cómo, pero acababa de despertar en medio de una película de ciencia-ficción.

—Continúo pensando que tiene que haber otra explicación.

Cal se terminó los huevos.

—Cuando la averigües, házmelo saber.

Disgustada, Libby apartó su plato.

—Si todo esto es real, pareces tomártelo con mucha calma.

—He tenido más tiempo que tú para hacerme a la idea. ¿No te los vas a terminar?

Libby sacudió la cabeza y se volvió para fijar la mirada en el ventanal. Vio un par de alces vagando entre los pinos a unos cien metros de distancia. Era una bonita vista, reflexionó. Hermosa y normal en las montañas de Oregón. Si los alces estuvieran paseando por la Quinta Avenida de Manhattan, continuarían siendo hermosos, y continuarían siendo reales. Pero por motivos que tenían que ver con las nociones más básicas de la geografía, no sería normal.

No se podía negar que Cal era real. ¿Sería posible que él y su increíble nave fueran perfectamente normales en otro lugar? ¿En otro tiempo?

Si eso fuera verdad... Si, por un instante se permitiera creerlo, ¿cómo se estaría sintiendo Cal? Miró nuevamente a los alces. Se habían detenido en un claro de luz. ¿No debería sentirse tan confundido como un animal al que hubieran sacado de su hábitat natural para llevarlo a un mundo extraño?

Libby recordó el pánico que había visto en su rostro el día que había descubierto la novela en la mesilla. Una novela publicada en mil novecientos ochenta y nueve, reflexionó. Ella había atribuido su asombro, su desconcertante confusión, a los efectos de la herida que tenía en la cabeza. Y había hecho lo mismo con sus extrañas preguntas.

Y de pronto estaba allí, en una nave espacial. Porque, por mucho que se esforzara, era imposible definir a aquel vehículo como un avión. Y si aceptaba que todo aquello era real, y no parte de un sueño extrañamente realista, tenía que aceptar la historia de Cal.

—Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio, que las que has soñado en tu filosofía.

—*Hamlet* —Cal sonrió al ver la mirada recelosa de Libby—. Todavía leemos a Shakespeare. ¿Quieres un café?

Libby negó con la cabeza. Tanto si aquello era un sueño como si no, necesitaba respuestas.

—¿Dijiste que... habías salido disparado... de un agujero negro?

Cal sonrió, infinitamente aliviado. Libby le creía. Quizá no fuera completamente consciente todavía, pero le creía.

—Exacto, o al menos eso es lo que pienso. Voy a necesitar mi ordenador. Los aparatos se volvieron locos cuando chocamos contra el campo gravitacional, así que tuve que controlar la nave manualmente y conseguí girar hacia el este. Recuerdo la fuerza. Supongo que es lo mismo que lo que se siente en un vuelo cuando alguien recibe un buen golpe. Me desmayé. Cuando volví a recobrar la consciencia, estaba cayendo hacia la tierra. Apagué el ordenador y pensé que mis problemas habían terminado para siempre.

—Eso no explica cómo terminaste aquí.

—Hay muchas teorías al respecto. La que me parece más verosímil es aquella que define el espacio y el tiempo como una línea continua. Es como la curva de un cuenco —curvó la mano para demostrárselo—. Matemáticamente, el cuenco no es ni el espacio ni es el tiempo. Es una combinación de ambas cosas. Todo en él se mueve a través del espacio y el tiempo. La gravedad es la curva que arrastra todo hacia abajo. Estando sobre la tierra, es difícil percibir la curva. No puedes hacerlo a menos que, por ejemplo, caigas por un precipicio. Pero alrededor del sol y alrededor de un agujero negro... —profundizó la curva de su mano.

—¿Y estás diciéndome que tú caíste en esa curva?

—Como si fuera una canica girando por el borde del cuenco. Y, en algún momento, mientras giraba, salí disparado. La velocidad, la trayectoria, me hicieron atravesar, no solo el espacio, sino también el tiempo.

—Cuando tú lo dices, parece hasta posible.

—Es la única teoría verosímil que he encontrado. Quizá, si la estudiamos, nos parezca más plausible todavía —se inclinó hacia delante y giró una esfera—. Ordenador.

—Sí, Cal.

Libby arqueó una ceja al oír aquella voz tan suave y voluptuosa.

—¿Desde cuándo se hacen computadoras, altas, rubias y pechugonas?

Cal se limitó a sonreír.

—Los viajes intergalácticos pueden ser muy solitarios. Ordenador, vuelve al dos de mayo. En la pantalla.

Cal giró en su silla y se inclinó hacia delante mientras una pequeña pantalla se elevaba en la consola. La cabina se llenó de sonidos. Impasible, Cal observaba su propia imagen en la pantalla. Desde la silla, Libby miraba completamente alucinada el desarrollo de las imágenes. Podía ver a Cal sentado exactamente donde estaba en aquel momento. Pero se veían también luces, fogonazos y zumbidos. Se veía vibrar la cabina y a Cal alargando el brazo para ponerse un cinturón de seguridad. Libby podía ver el sudor que cubría su rostro mientras intentaba controlar la nave.

—Ampliación de imagen —le ordenó Cal.

Entonces Libby pudo ver lo mismo que había visto Cal desde su nave. La inmensidad del espacio, seductora y apremiante. Había estrellas, miríadas de estrellas, y lo que seguramente era

un planeta distante. Había una oscuridad absoluta que se extendía durante kilómetros. La nave parecía estar siendo arrastrada hacia ella.

Oyó maldecir a Cal, o, mejor dicho, a la imagen de Cal, que sudaba a chorros mientras empujaba una palanca. Se oyó un ruido, un agudo desgarró metálico que pareció vibrar a su alrededor. La cabina comenzó a girar a una velocidad vertiginosa. Y después la pantalla se quedó en blanco.

—Maldita sea. Ordenador, continúa repitiendo las imágenes.

—El banco de datos ha sido dañado. Ya no es posible reproducir más imágenes.

—Genial.

Comenzó a solicitar un análisis, pero, por el rabillo del ojo, vio fugazmente a Libby. Estaba sentada lánguidamente a su lado, con las mejillas blancas como el papel y la mirada vidriosa.

—Eh —Cal se levantó rápidamente y se inclinó sobre ella—. Tranquilízate —enmarcó su rostro con las manos y presionó suavemente los pulgares contra su cuello.

—Ha sido como si estuviera allí.

Cal se maldijo a sí mismo, tomó la mano helada de Libby e intentó ayudarla a entrar en calor. Debería habérselo imaginado, pensó disgustado. Pero solo había pensado en sí mismo y en la necesidad que tenía de ver lo que había ocurrido.

—Lo sé. Lo siento.

—Fue terrible.

Todas las dudas que había albergado sobre Cal se habían desvanecido durante aquella repetición de lo ocurrido. Sus dedos se aferraban a la mano de Cal mientras alzaba la mirada hacia él.

—Todo esto ha debido de ser terrible para ti.

—No —le acarició suavemente el pelo—. En absoluto.

Suave, delicadamente, acarició sus labios con los suyos y descendió hasta su barbilla. Libby alzó una mano hasta su rostro y la mantuvo allí mientras daba y recibía consuelo.

—¿Y qué vas a hacer, Cal?

—Voy a buscar la forma de volver.

Libby sintió un dolor, intenso y repentino. Por supuesto, no podía quedarse. Con infinito cuidado, dejó caer la mano en el regazo.

—¿Cuándo te irás?

—Supongo que me llevará algún tiempo —se enderezó y miró a su alrededor—. Tanto mi cuerpo como la nave necesitan algunas reparaciones. Tengo que hacer muchísimos cálculos.

—Me gustaría ayudarte —hizo un gesto de indefensión con las manos—. Pero no sé cómo.

—Me gustaría que te quedaras aquí mientras yo estoy trabajando. Sé que tienes muchas cosas que hacer, ¿pero podrías perder hoy unas cuantas horas?

—Claro —consiguió esbozar una sonrisa—. No he tenido muchas oportunidades de pasar el día en una nave espacial —pero en aquel momento no era capaz de sentarse a su lado.

Si Cal la mirara de cerca, podría ver lo que ella misma acababa de descubrir: su marcha le rompería el corazón.

—¿Puedo echar un vistazo?

—Puedes mirar todo lo que quieras —Libby continuaba pálida, advirtió Cal, pero su voz era fuerte. Quizá, al igual que él, necesitaba pasar algún tiempo a solas—. A mí me gustaría comenzar

a sacar algunos datos del ordenador.

Libby le dejó dedicarse a su tarea e intentó no sobresaltarse cuando unas puertas automáticas se abrieron en cuanto se aproximó a ellas. Entró en lo que parecía ser una pequeña salita. Había un par de sillones empotrados en las paredes, de respaldo curvo y cojines de un color naranja intenso. La mesa se había caído al suelo. Había algunas revistas a su alrededor. Eran como una visión futura de las revistas de automóviles, pensó con una risa nerviosa mientras tomaba una de ellas. La golpeó con aire ausente contra su pierna mientras recorría la habitación.

Ella era una mujer sensata, se dijo. Una mujer sensata aceptaba lo que era innegable. Pero...

No había peros. Ella era una científica. Se dedicaba a estudiar a los seres humanos. Así que, de momento, estudiaría lo que los seres humanos llegarían a ser, en vez de dedicarse a estudiar su pasado.

Durante una hora, estuvo vagando por la habitación, observando, absorbiéndolo todo. Había una habitación estrecha y desordenada que seguramente era la cocina. Pero no había cocina, solo un mueble empotrado que podría ser un microondas. Había un frigorífico con unas botellas. Las etiquetas le resultaron familiares, eran de color rojo, blanco y azul y llevaban el nombre de una popular marca de cervezas americanas.

El ser humano no había cambiado mucho, pensó. Eligió una marca igualmente conocida de refrescos y la destapó. Dio un primer sorbo. «Sorprendente», pensó mientras bebía otro. Podría haber encontrado una botella del mismo refresco en su propio frigorífico. Con la botella en la mano, continuó paseando por la nave.

Se descubrió a sí misma en un compartimento enorme. Estaba vacío, salvo por un par de cajas atadas contra una pared.

Cal le había dicho que se dedicaba a transportar mercancías, recordó. A Marte. Cuando el estómago le dio un vuelco, dio otro sorbo a su refresco.

De modo que el hombre había conquistado Marte. Ya en el siglo XX los científicos pensaban en ello. Tendría que preguntarle a Cal cuándo se había establecido la primera colonia y cómo habían sido elegidos sus habitantes. Lentamente, se frotó la sien. Quizá, en un par de días, todo aquello le pareciera menos fantástico. Entonces volvería a pensar con lógica y a ser capaz de formular las preguntas adecuadas.

Continuó paseando por la nave. Había un segundo piso que parecía incluir únicamente los dormitorios. Las cabinas, se corrigió automáticamente. En las naves se llamaban cabinas.

El mobiliario era de diseño aerodinámico y la mayor parte estaba construido directamente en la pared. Plástico y colores brillantes.

Encontró la cabina de Cal casi por accidente. No quería admitir que la había estado buscando. Había pocas diferencias entre aquella y el resto de las cabinas, excepto cierto desorden doméstico. Vio un atuendo similar al que llevaba el día que lo había encontrado tirado en un rincón. La cama estaba sin hacer. En una de las paredes había una fotografía, misteriosamente en tres dimensiones, en la que aparecía Cal en medio de un grupo de gente. La vivienda que había tras ellos tenía varias plantas y era casi completamente de cristal. Había algunas terrazas blancas en todos los ángulos y tres árboles en el jardín.

Aquella era su casa, estaba completamente segura. Y su familia. Los miró otra vez. La mujer era alta y atractiva y parecía demasiado joven para ser su madre. ¿Sería su hermana?, se preguntó, pero entonces recordó que Cal solo había hablado de un hermano.

Todos se estaban riendo. Cal pasaba el brazo por el hombro de uno de los hombres. Tenían la misma altura y complexión y el parecido facial era suficiente para que tuviera la certeza de que era el hermano de Cal. Tenía los ojos verdes, e, incluso a través de la fotografía, le parecieron inquietantes. Un tipo duro, decidió mientras centraba su atención en el tercer hombre que aparecía en la foto.

Parecía ligeramente confundido. Su rostro no era tan abiertamente atractivo, pero sí mostraba una gran amabilidad.

Atrapar un momento en el tiempo, pensó Libby. Eso era lo que hacía la fotografía. Atrapar a las personas en el tiempo. Justo como estaba atrapado Cal en aquel momento. Elevó la mano, pero se detuvo cuando estaba a punto de acariciar su imagen.

Era importante que recordara que solo estaría allí hasta que pudiera liberarse. Tenía otra vida, en otro mundo. Lo que estaba sintiendo por él era imposible. Tan imposible, pensó mientras se llevaba la fría botella de refresco a la frente, como el hecho de que estaba en una nave diseñada para cruzar el espacio.

Repentinamente exhausta, se sentó en la cama. Todo aquello era una locura. Y la mayor locura de todas era que se había enamorado por primera vez en su vida. Y el hombre del que se había enamorado, muy pronto estaría completamente fuera de su alcance. Con un suspiro, se estiró en aquellas frías y sedosas sábanas. Quizá, al final, todo fuera un sueño.

Cal la encontró allí más de una hora después, acurrucada. Estaba durmiendo, igual que la primera vez que la había visto. Le provocó un sentimiento extraño, incómodo, observarla en aquel momento.

Era preciosa, pero ya no era su belleza lo que lo atraía. Había una dulzura especial en ella, una combinación de timidez y compasión. Tenía fuerza y pasión. E inocencia, una increíblemente seductora inocencia. Cal deseaba tumbarse a su lado, abrazarla y hacer el amor con ella de la forma más tierna y delicada que supiera.

Pero no era para él. Cal deseaba que aquello pudiera ser como un cuento de hadas, deseaba que Libby pudiera dormir durante doscientos años, doscientos años y algo más, para poder entonces despertarla y reclamarla para él.

Pero él no era un príncipe, se recordó. Él solo era un hombre normal que se había visto envuelto en una situación extraordinaria.

Moviéndose sigilosamente, se acercó a la cama y la tapó con una de las sábanas. Libby se estiró y susurró algo. Incapaz de resistirse, Cal le acarició la mejilla. Libby abrió entonces los ojos.

—Cal, he tenido un sueño extrañísimo —cuando descubrió que estaba despierta, se sentó y miró a su alrededor—. No era un sueño.

—No —se sentó a su lado. Por mucho que se regañara a sí mismo, no podía negarse el placer de compartir la cama con ella, aunque solo fuera como amigo—. ¿Cómo te encuentras?

—Todavía estoy un poco nerviosa —se pasó las manos por el pelo, apartándolo de su rostro un instante, antes de dejarlas caer—. Lo siento, me he quedado dormida. Supongo que mi mente necesitaba desconectar un rato.

—Sí, supongo que es demasiada información para digerirla toda de una vez. ¿Libby?

—¿Sí? —miró distraídamente alrededor de la nave, intentado que su mente comenzara a asentarse.

—Lo siento. Tengo que hacerlo.

Cal cerró los labios sobre los suyos y los saboreó con deleite. El sueño había dejado a Libby cálida y suave. Cal no podría haberle explicado lo terriblemente que necesitaba aquella textura dulce y flexible. Casi sin darse cuenta, Libby posó una mano en su hombro; una mano que parecía completamente relajada.

Cal necesitó de toda su fuerza de voluntad para no acariciarla. Y, con el deseo royéndole las entrañas, se apartó.

—Te he mentido —murmuró, bajando la mirada hasta su boca—. No lo siento.

Pero se levantó y se apartó de la cama. Libby se levantó e intentó controlar sus nerviosos dedos jugueteando con el dobladillo de su jersey.

—¿Esa es tu familia?

—Sí —Cal también había estado mirando aquella fotografía, deseando que la vida fuera tan fácil como lo era en el momento que la tomaron—. Mi hermano Jacob y mis padres.

El amor, de alguna manera nostálgico, se reflejaba de forma inconfundible en su voz. Conmovida, Libby posó la mano en su brazo.

—¿Este es Jacob? —le preguntó, señalando a su hermano—. Pero tus padres no parecen suficientemente mayores como para serlo.

—No es difícil parecer joven —se encogió de hombros—. Bueno, al menos dentro de unos años no lo será.

—¿Y esta es tu casa?

—Allí es donde crecí. Está a unos veinte kilómetros de los límites de la ciudad.

—Volverás con ellos —Libby enterró sus propios deseos. El amor, por repentino o profundo que fuera, era siempre desinteresado—. Piensa en la historia que les vas a contar.

—Si para entonces me acuerdo.

—Pero no puedes olvidar todo lo que has vivido —aquella posibilidad la hería dolorosamente. No podría soportar que la olvidara, aunque para entonces incluso su recuerdo hubiera dejado de existir—. Te escribiré todo lo ocurrido para que te lo lleves.

Cal se sacudió su sombrío humor y se volvió hacia ella.

—Te lo agradecería. ¿Me dejarás que vuelva a verte?

Libby sintió un débil aleteo de esperanza.

—¿Volver?

—A la cabaña. Por ahora ya he hecho todo lo que puedo hacer aquí. No podré empezar las reparaciones hasta mañana. Espero que me dejes quedarme contigo hasta que haya conseguido arreglar la nave.

—Por supuesto —era ridículo, y egoísta, esperar que pudiera quedarse más de lo necesario. Dibujó una sonrisa radiante mientras abandonaban la habitación—. Tengo docenas de preguntas que hacerte. Ni siquiera sé por dónde empezar.

Sin embargo, durante el camino de vuelta a la cabaña, no dijo una sola palabra. Cal parecía distraído, sombrío, y la mente de Libby estaba llena de impresiones y contradicciones. Lo mejor sería, decidió, que fingieran una especie de normalidad durante algunas horas. De pronto, la golpeó la inspiración.

—¿Te gustaría comer en la ciudad?

—¿Qué?

—Tienes que ver muchas más cosas, Hornblower. ¿Te gustaría ir a la ciudad? Todavía no has visto nada, salvo este pedacito de tierra. Si yo pudiera retroceder en el tiempo hasta mil setecientos, me gustaría explorar un poco, ver a la gente. Solo tardaremos un par de horas en llegar. ¿Qué dices?

La tristeza desapareció de sus ojos y Cal sonrió.

—¿Puedo conducir yo?

—Ni lo sueñes —soltó una carcajada y se echó el pelo hacia atrás—. Pero tenemos que parar en la cabaña para buscar mi bolso.

Tardaron más de treinta minutos en llegar a la autopista por un estrecho puerto de montaña en el que el Land Rover tuvo que abrirse paso a través del barro. Cuando llegaron a la autopista, Cal vio los vehículos que tanto le habían fascinado en la televisión.

—Podría enseñarte a volar en una hora.

Era maravilloso sentir el viento en el rostro, pensó Libby. Tenían todo el día por delante, y quizá un día o dos más. Y no estaba dispuesta a desperdiciar ni un solo minuto.

—¿Eso es un cumplido?

—Sí. ¿Todavía se utiliza gasolina?

—Exacto.

—Sorprendente.

—Te sientan muy bien esos aires de superioridad... especialmente cuando ni siquiera has sido capaz de poner el coche en marcha.

—Lo habría averiguado —alargó la mano para acariciar las hebras de su pelo—. Si estuviera en mi casa, te llevaría volando a París a almorzar. ¿Has estado en París alguna vez?

—No —intentó no pensar en lo romántico que sería—. Tendremos que conformarnos con una *pizza* en Oregón.

—Eso suena estupendo. ¿Sabes? Lo que me resulta más extraño es el cielo. No hay nada en él —pasó a su lado un coche con la radio a todo volumen—. ¿Eso qué es?

—Un coche.

—Eso es discutible, pero me refería a ese ruido.

—Música. Rock duro —alargó el brazo para encender la radio—. Esto no es *rock* duro, pero sigue siendo *rock*.

—Es bueno —con la música resonando en su cabeza, miraba los edificios mientras pasaban.

Bonitas casas unifamiliares, enormes complejos de apartamentos y centros comerciales de un solo piso. El tráfico se hizo más denso cuando se acercaron a la ciudad. Cal podía distinguir las formas rectangulares de los edificios de oficinas. Era un caótico revoltijo de rascacielos, pero, aun así, le resultaba terriblemente atrayente. Allí continuaba la gente y la vida.

Libby tomó el camino que conducía al centro de la ciudad.

—Conozco un restaurante italiano muy tradicional. Manteles de cuadros rojos, velas y *pizzas* hechas a mano.

Cal asintió con aire ausente. Había mucha gente caminando por las aceras; personas viejas, jóvenes, atractivas y feas. Se oía el ruido de los motores de los coches y, de vez en cuando, algún claxon malhumorado. El aire era más cálido que en las montañas y olía ligeramente a gasolina. Era como si hubiera cobrado vida la imagen de un libro antiguo.

Libby aparcó en un solar cubierto de grava, frente a un edificio verde y blanco. Un letrero de neón sobre la ventana decía que se llamaba *Rocky's*.

—Bueno, esto no es París.

—Es perfecto —susurró Cal, pero continuaba mirando atentamente todo lo que lo rodeaba.

—Debe de ser como atravesar un espejo.

—Humm. Oh —recordó entonces el libro, uno que había leído cuando era adolescente—. Algo así. Pero parece más propio de un relato de H. G. Wells.

—Es bonito que la literatura haya sobrevivido. ¿Tienes hambre?

—He nacido hambriento.

Cal luchó para sacudirse de encima su sombrío humor. Ella estaba intentándolo, de modo que también podría hacerlo él.

El restaurante, iluminado en su interior por una tenue luz, estaba prácticamente vacío y olía a especias. En una esquina, había una rocola con los cuarenta grandes éxitos del momento. Después de leer el letrero en el que ponía *Por favor, sírvase usted mismo*, Libby encaminó a Cal hacia una mesa situada en un rincón, tras una especie de biombo.

—La *pizza* es realmente buena en este lugar. ¿Alguna vez has comido *pizza*?

Cal acercó un dedo hacia la cera endurecida de la vela que, sobre una botella, descansaba en medio de la mesa.

—Algunas cosas trascienden el tiempo. Y la *pizza* es una de ellas.

La camarera se acercó en aquel momento hasta ellos. Se trataba de una joven regordeta con un delantal rojo adornado con el nombre del local y algunas manchas de tomate. Colocó un par de servilletas al lado de dos manteles individuales decorados con el mapa de Italia.

—Una grande —le dijo Libby, teniendo en cuenta el apetito de Cal—. Ración extra de queso y salchichón. ¿Quieres una cerveza?

—Sí —tomó una esquina de la servilleta y la enrolló pensativamente entre sus dedos.

—Una cerveza y un refresco de cola bajo en calorías —le dijo Libby a la camarera.

—¿Por qué todo el mundo está a dieta? —preguntó Cal. La camarera estaba todavía suficientemente cerca como para oírlo—. La mayor parte de los anuncios que he visto son de productos para adelgazar, calmar la sed y limpiar.

Libby ignoró la mirada de curiosidad que les dirigió la camarera.

—Sociológicamente, nuestra cultura está obsesionada con la salud, la nutrición y el físico. Contamos las calorías y comemos cantidades de yogur. Y *pizza* —añadió con una sonrisa—. Los anuncios reflejan las tendencias actuales.

—Me gusta tu cuerpo.

Libby se aclaró la garganta.

—Gracias.

—Y tu cara —añadió, sonriente—. Y cómo suena tu voz cuando estás avergonzada.

Libby dejó escapar un largo suspiro.

—¿Por qué no escuchas la música?

—Porque ya ha terminado.

—Podemos poner más.

—¿Cómo?

—Utilizando la rocola —divertida, Libby se levantó y le tendió la mano—. Venga, podrás elegir una canción.

Cal se acercó a la colorida máquina y buscó los títulos de las canciones.

—Esta —decidió—. Y esta. ¿Cómo funciona?

—Lo primero que necesitas es cambio.

—Creo que ya he tenido suficientes cambios, gracias.

—No me refiero a ese tipo de cambios. Necesitas monedas —riendo, buscó en el bolso—. ¿No se utilizan monedas en el siglo XXIII?

—No —tomó la moneda que Libby le tendía y la examinó con atención—. Pero he oído hablar de ellas.

—Aquí las utilizamos, y a menudo con imprudente abandono —recuperó la moneda y la metió, junto a otras dos, por la ranura de la rocola—. He hecho una selección ecléctica, Hornblower.

Comenzó a sonar la música. Se trataba de una lenta y romántica melodía.

—¿Cómo se titula?

—*La rosa*. Es una balada... Un clásico, supongo, incluso hoy.

—¿Te gusta bailar?

—Sí. No lo hago muy a menudo, pero... —se interrumpió al ver que se acercaba a ella—. Cal...

—Sshh —posó la mejilla en su pelo—. Quiero oír la letra.

Bailaron, se mecieron en realidad, mientras la música salía de los altavoces. Una madre con dos niños que no paraban de pelearse apoyó los codos en la mesa y los observó con envidia y placer. Tras la ventana de la cocina, un hombre de enorme mostacho giraba rápidamente la masa de la *pizza* entre los dedos.

—Es muy triste.

—No.

Libby se sentía como en un sueño, con la cabeza apoyada en el hombro de Cal, y sintiendo su cuerpo moviéndose al ritmo de sus corazones.

—Habla de cómo sobrevive el amor.

Las palabras se alejaban flotando. Libby cerró los ojos y continuó abrazándolo cuando la siguiente canción seleccionada explotó con un grito y un sonido de tambor.

—¿Y esa sobre qué trata?

—Habla de ser joven —Libby se separó de él avergonzada cuando vio las sonrisas y las miradas de los otros clientes—. Creo que deberíamos sentarnos.

—Quiero seguir bailando contigo.

—En otro momento. Normalmente no se baila en las pizzerías.

—De acuerdo —obediente, Cal cruzó la sala para regresar a la mesa.

Ya les habían servido las bebidas. Al igual que le había pasado a Libby con el refresco que había encontrado en la nevera de Cal, este encontró reconfortantemente familiar el sabor de la cerveza.

—Es como estar en casa —comentó.

—Siento no haberte creído al principio.

—Pequeña, yo mismo tampoco me creía al principio —en un gesto completamente natural, alargó el brazo para tomarle la mano—. Dime, ¿qué hace aquí la gente en una cita?

—Bueno, la gente... —Libby vio cómo él le acariciaba los nudillos con el pulgar, haciendo que el pulso le latiera erráticamente—. Van al cine, o a un restaurante.

—Quiero besarte otra vez.

Libby alzó la mirada hacia él.

—La verdad es que no creo...

—¿No quieres que vuelva a besarte?

—Si ella no quiere —dijo la camarera mientras dejaba la *pizza* frente a ellos—, yo salgo a las cinco.

Sonriendo de oreja a oreja, Cal colocó una porción de *pizza* en su trozo de cartón.

—Es muy amable —le comentó a Libby—, pero te prefiero a ti.

—Magnífico —Libby le dio un mordisco a una porción de *pizza*—. ¿Siempre eres tan desagradable?

—Casi siempre. Pero me gustas, y mucho —esperó un segundo—. Ahora se supone que tienes que decir que yo también te gusto.

Libby mordió otro bocado y masticó pensativa.

—Estoy pensando en ello —tomó la servilleta y se limpió la boca—. Me gustas más que todos los hombres del siglo XXIII que he conocido.

—Estupendo. ¿Vas a llevarme al cine?

—Supongo que podría.

—Como en una cita —le tomó la mano otra vez.

—No —respondió cuidadosamente—. Como un experimento. Lo consideraremos como parte de tu educación.

Cal amplió la sonrisa de una forma lenta, relajada e, indudablemente, peligrosa.

—En cualquier caso, tendré que darte un beso de buenas noches.

Era de noche cuando volvieron a la cabaña. Completamente agotada, Libby empujó la puerta de la cabaña y tiró su bolso a un lado.

—No he montado ninguna escena —insistió Cal.

—Entonces no sé cómo se denominará en tu época al tener que irte de un cine porque todo el mundo te lo pida. Lo que has hecho esta tarde, aquí se dice que es montar una escena.

—Yo solo he hecho algunos comentarios sobre la película. ¿Alguna vez has oído hablar de la libertad de expresión?

—Hornblower... —se interrumpió, alzó la mano y se volvió hacia el armario para sacar una botella de *brandy*—. Pasarse toda una película diciendo lo estúpida que es no es ejercer el derecho a la libertad de expresión. Es ser un maleducado.

Cal se encogió de hombros, se dejó caer en el sofá y subió los pies a la mesa.

—Vamos, Libby, todas estas tonterías sobre seres procedentes de Galáctica dispuestos a conquistar la Tierra. Tengo un primo que vive en Galáctica y te aseguro que no tiene la cara llena de ventosas.

—Debería haberme imaginado que no era una buena idea llevarte a ver una película de ciencia-ficción —bebió un sorbo de *brandy*. Después, como decidió que ella había tenido tanta culpa como Cal, sirvió otra copa para él—. Era ficción, Hornblower. Fantasía.

—Basura.

—De acuerdo —le pasó la copa—. Pero había personas que habían pagado por verla.

—¿Y qué me dices de esa tontería con la que las criaturas de Galáctica podían sorber todo el líquido de un ser humano? Y después estaba esa forma en la que ese *jockey* del espacio se dedica a recorrer la galaxia disparando rayos láser y a toda velocidad. ¿Tienes idea de lo saturado que está ese sector?

—No, no tengo ni idea —bebió otro sorbo de *brandy*—. La próxima vez te llevaré a ver una película del Oeste. Y recuérdame que no te deje ver *Star Trek*.

—*Star Trek* es un clásico —replicó, provocando la risa de Libby.

—No importa. ¿Sabes? Creo que estoy perdiendo la cabeza. He pasado la mañana en una nave espacial y la tarde comiendo *pizza* e intentando ver una película. Y no soy capaz de encontrarle ningún sentido a lo ocurrido.

—Yo te ayudaré a comprenderlo.

Acercó su copa a la de Libby antes de pasarle el brazo por los hombros. Era una situación reconfortante. El resplandor de la lámpara, el calor del *brandy*, la fragancia de una mujer. Su mujer, pensó Cal, aunque solo fuera durante un instante.

—Esto me gusta más que la película. Háblame de Liberty Stone.

—No hay mucho que contar.

—Cuéntamelo, para que pueda llevármelo conmigo.

—Nací aquí, como ya te conté.

—En la cama en la que duermo.

—Sí —bebió un poco de *brandy*, preguntándose si sería el alcohol o la imagen de Cal en aquella antigua cama la que le hacía sentir tanto calor—. Mi madre se dedicaba a tejer. Tapices, alfombras, mantas... Las vendía y vivíamos de eso y de lo que mi padre ganaba con el huerto.

—¿Eran pobres?

—No, eran hijos de los sesenta.

—No lo comprendo.

—Es difícil de explicar. Querían estar cerca de la tierra, cerca de sí mismos. Era su contribución a la revolución contra el poder material, la violencia en el mundo y la estructura social de aquella época. De modo que vivíamos aquí y mi madre cambiaba y vendía su trabajo en las ciudades de los alrededores. Un día, un marchante de arte que vino de excursión con su familia vio uno de sus tapices —sonrió, con la mirada fija en su copa—. El resto, como se suele decir, es historia.

—Caroline Stone —dijo Cal bruscamente.

—Vaya, sí.

Con una carcajada, Cal dejó la copa de *brandy* y tomó la botella con un solo movimiento.

—El trabajo de tu madre está en los museos —perplejo, tomó la esquina del tapiz que tenía a su lado—. He visto esto en el Smithsonian —sirvió más *brandy* en la copa de Libby mientras ella lo miraba perpleja.

—Esto es cada vez más extraño —bebió otra vez, dejando que la influencia del *brandy* aumentara aquella sensación de irrealidad—. Es sobre ti sobre quien deberíamos hablar, a ti a quien tendría que intentar comprender. Todas esas preguntas —incapaz de permanecer sentada un minuto más, Libby tomó la copa con las dos manos y comenzó a caminar—. Se me ocurren las

cosas más disparatadas. No dejo de acordarme de que has hablado de Filadelfia y París. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Qué?

—Que lo hemos conseguido —elevó la copa, a modo de brindis, y la vació—. Que está todavía allí. Todo. De alguna manera, por cerca que hayamos estado de hacerlo estallar, hemos sobrevivido. Hay una Filadelfia en el futuro, Hornblower, y eso es lo más maravilloso que podría haber imaginado nunca.

Sin dejar de reír, comenzó a girar en círculos.

—Durante todos estos años, he estado estudiando el pasado, intentando comprender la naturaleza humana e intentando imaginar cómo sería el futuro. No sé cómo agradeceréte.

A Cal le bastaba mirarla para que se le hiciera un nudo en el estómago. Tenía las mejillas sonrojadas por la excitación. Su cuerpo era esbelto, delgado, e increíblemente grácil cuando se movía. Poder dejar de desearla se estaba convirtiendo en una obsesión.

Tomó aire con mucho cuidado.

—Me encantaría poder ayudarte.

—Quiero saberlo todo, absolutamente todo. Cómo vive la gente, cómo siente. Cómo son los cortejos y las bodas. A qué juegan los niños —se inclinó para servirse otro dedo de *brandy* en la copa—. ¿Spielberg ganará alguna vez un Óscar? ¿Continúan comiéndose perritos calientes en los partidos de béisbol? ¿El lunes sigue siendo el día más duro de la semana?

—Tendrás que hacer una lista —le dijo Cal. Quería que continuara hablando, moviéndose, riendo. Observarla en aquel momento, tan animada, tan llena de entusiasmo y humor, era tan excitante como estar en sus brazos—. Y lo que yo no pueda responderte, lo contestará el ordenador.

—Una lista. Por supuesto. Sé hacer listas magníficas —lo miraba con ojos resplandecientes—. Sé que hay cosas mucho más importantes por las que preguntar. El desarme nuclear, la paz mundial, el remedio contra el cáncer y el resfriado común. Pero quiero saberlo todo, desde lo más intrascendente hasta lo más demoledor.

Con un gesto de impaciencia, se apartó el pelo de la cara. Sus palabras no eran capaces de seguir el alocado ritmo de sus pensamientos.

—Se me ocurren constantemente cosas nuevas. ¿La gente sale al campo los domingos? ¿Llegaremos a derrotar el hambre, conseguiremos un mundo en el que no haya nadie sin hogar? ¿Todos los hombres de tu época besan como tú?

Cal, que se estaba llevando la copa a los labios, la dejó a medio camino. Muy lentamente, la dejó de nuevo en la mesa.

—No puedo contestar a eso porque solo he practicado con mujeres.

—No sé cómo se me ha ocurrido esa pregunta —ella también dejó la copa a un lado y se frotó las manos, repentinamente empapadas de sudor, contra los pantalones—. Supongo que estoy un poco tensa.

—¿Perdón?

—Nerviosa, excitada. Confundida —se pasó las manos por el pelo—. Oh, Dios mío, Caleb, me confundes. Incluso... antes de saber todo esto.

—En eso estamos en la misma situación.

Libby lo miró fijamente. Cal no se había movido, pero ella advirtió que se había tensado.

—Es raro —murmuró—. Normalmente no confundo a nadie. Contigo, nada parece ser exactamente lo que espero. Y supongo que soy una cobarde, porque cada vez que estás cerca de mí, me entran ganas de salir corriendo —cerró los ojos—. No, eso no es del todo cierto. Una vez me preguntaste si te tenía miedo y te dije que no. Pero tampoco eso es verdad. Tengo miedo. De ti, de mí, y, sobre todo, de pensar que es posible que nunca vuelva a sentir nada parecido con nadie.

Comenzó a vagar por la habitación. Levantó un cojín del sofá y lo echó a un lado.

—Me gustaría saber qué hacer, qué decir. No tengo ninguna experiencia en este tipo de cosas. Y, maldita sea, me gustaría que volvieras a besarme y me hicieras callar de una vez.

Cal sentía cómo iba tensándose cada músculo de su cuerpo.

—Libby, sabes que te deseo. Nunca lo he ocultado. Pero en estas circunstancias... El hecho de que solo vaya a estar aquí unos días...

—Eso es —de pronto le entraron ganas de llorar—. Te marcharás. Y no quiero tener que preguntarme cómo habría sido. Quiero saber. Siento... oh, no sé lo que siento. De lo único que estoy segura es de que quiero hacer el amor contigo esta noche.

Se interrumpió, impactada por lo que acababa de decir en voz alta y sorprendida porque quizá era lo más sincero que había dicho en su vida. Pero de pronto los nervios desaparecieron, y también el impacto. Se sentía absolutamente tranquila, y completamente segura.

—Caleb, quiero pasar contigo esta noche.

Las manos que Cal escondía en los bolsillos estaban convertidas en puños.

—Hace unos días, habría sido fácil. Pero las cosas han cambiado, Libby. Me importas.

—Te importo, ¿y por eso no quieres hacer el amor conmigo?

—Te deseo tanto que casi puedo saborearlo —clavó la mirada en la de Libby y ella pudo darse cuenta de que le estaba diciendo la verdad—. Pero también sé que has bebido demasiado y que hay demasiadas cosas con las que tienes que tratar esta noche —no se atrevía a tocarla, pero su voz era como una caricia—. Pero hay ciertas reglas, Libby.

Libby dio el que podría ser el paso más importante de su vida cuando se acercó a él y le tendió las manos.

—Quebrantémoslas.

7

Cal podía oír los latidos de su propio corazón, podía sentir la sangre fluyendo por sus venas. Bajo aquella débil luz y vestida con un jersey ancho y los pantalones de pana, Libby parecía enigmática e insoportablemente erótica. Tenía el pelo revuelto por el viaje y por sus manos inquietas. Cal imaginaba, con demasiada nitidez, lo que sería poder acariciar su cabello. Lo que sería liberarla de todas aquellas capas de ropa y encontrar su cuerpo cálido y esbelto debajo. Tomó una gran bocanada de aire e intentó pensar con claridad.

—Libby... —se acarició la barbilla sin afeitarse—. Estoy intentando pensar como un hombre al que tú comprenderías, como un hombre de tu tiempo. Pero me parece que no estoy haciendo un buen trabajo.

—Preferiría que pensaras como tú mismo.

Quería mostrarse tranquila y confiada. Aquella era una decisión que le había costado años tomar. Estaba segura. Pero todavía había nervios, excitación y unas dudas muy arraigadas sobre sus propias capacidades como mujer.

—El tiempo no lo cambia todo, Caleb.

—No.

Estaba seguro de que los hombres habían sentido aquella tensión desde los primeros tiempos. Pero cuando miraba a Libby, temía que lo que estaba sintiendo fuera algo más complicado que la simple atracción física. Tenía la garganta seca y las manos empapadas en sudor. Y cuanto más intentaba pensar racionalmente, menos claros eran sus pensamientos.

—Quizá deberíamos hablar sobre ello.

Libby resistió la necesidad de clavar la mirada en el suelo.

—¿No me deseas?

—Me he imaginado haciendo el amor contigo docenas de veces.

Libby sintió la emoción y el miedo bajando en forma de escalofrío por su espalda.

—Y cuando lo imaginabas, ¿dónde estábamos?

—Aquí. O en el bosque. O a miles de kilómetros en el espacio. Hay un estanque cerca de mi casa, con agua cristalina, y un arriate de flores que plantó mi padre. Te he imaginado allí conmigo.

A Libby le dolía, y mucho, saber que él volvería a aquel estanque, a un lugar al que ella nunca podría seguirlo. Pero podrían unirse en ese momento. El presente era lo único que importaba. Lo

único que dejaría que importara. Cruzó hasta él, sabiendo que ambos necesitaban que fuera ella la que diera el primer paso.

—Este es un buen lugar para empezar —levantó la mano hasta su mejilla—. Bésame, Caleb.

¿Cómo podía resistirse? Cal estaba seguro de que ningún hombre habría podido. Los ojos de Libby eran enormes, oscuros, y lo miraba con los labios entreabiertos. Expectantes. Lentamente, Cal se inclinó hacia ella y los rozó vacilante. El suspiro suave y anhelante de Libby llenó su boca. Y entonces se apoderó de él una necesidad salvaje, urgente. Estremecido por su intensidad, posó las manos en sus hombros para intentar apartarla.

—Libby...

—No me hagas seducirte —musitó—. No sé cómo hacerlo.

Con una risa estrangulada, la estrechó contra él y enterró el rostro en su pelo.

—Demasiado tarde. Ya lo has hecho.

—¿De verdad?

Lo rodeó con los brazos y lo sostuvo con fuerza frente a ella, al tiempo que se decía que cuando llegara el momento, lo liberaría sin ningún arrepentimiento.

Cal le mordisqueó el lóbulo de la oreja, haciéndola estremecerse.

—Ahora no sé lo que tengo que hacer.

Cal la levantó en brazos.

—Disfruta —le dijo antes de dirigirse hacia las escaleras.

Quería acostarse con Libby en la cama en la que tantas veces había soñado con ella. Bajo la pálida luz de la luna que se elevaba en el cielo, la posó suavemente sobre la colcha. Le daría todo lo que pudiera. Todo lo que Libby quisiera tomar. Él conocía ya las gradaciones, las profundidades, los diferentes estratos del placer. Pronto, muy pronto, también los conocería ella.

La desnudó lentamente, alargando el proceso para su propio disfrute y por el mero gozo de hacerlo. Cada centímetro de piel que descubría lo deleitaba, los tobillos delgados, las pantorrillas deliciosamente lisas, los hombros redondeados. Observaba sus ojos abrirse y nublarse cuando la tocaba, cuando deslizaba las manos por su cuerpo e indagaba con sus dedos.

Le tomó la mano, se la llevó a la boca y la saboreó.

—Te he visto así —musitó—. Incluso cuando he intentado no hacerlo.

Libby había imaginado que se sentiría torpe, incluso ridícula. Estaba desnuda, bañada por la luz de la luna, y le bastaba que Cal la mirara para sentirse bella.

—Quería estar aquí contigo, a pesar de lo mucho que he intentado no hacerlo.

Libby sonreía mientras alzaba las manos para comenzar a desnudarlo.

Cal estaba decidido a ser paciente, cuidadoso, y muy, muy delicado. Conocía, y comprendía que ella no, cientos de caminos para alcanzar la plenitud del placer. Aquella vez, la primera vez para Libby, sería muy dulce.

Pero de pronto, las manos indefensas de Libby encendieron la sangre que corría por sus venas. La seducción, cuando no estaba previamente planeada, era un potente afrodisiaco. Cal cubrió sus manos con la suya y ahogó un gemido.

Libby apretó los dedos bajo su mano, y su cuerpo se tensó.

—¿Estoy haciendo algo mal?

—No —Cal dejó escapar un suspiro y una risa rápida y se obligó a relajarse—. Quizá demasiado bien —a toda velocidad, se quitó el resto de la ropa.

Le apartó el pelo de la cara y comenzó a besarla.

—Es la primera vez que tengo cosas que enseñarte, lugares a los que llevarte —le mordisqueó ligeramente la barbilla—. Confía en mí.

—Lo estoy haciendo.

Pero estaba temblando. El roce de su cuerpo contra el suyo, calor contra calor, era como un sueño extraño y excitante. Cal deslizó las manos sobre ella, como un suave susurro, con la agilidad de un violinista. Libby sintió crecer un intenso calor que se extendió desde el centro de su vientre hasta las yemas de sus dedos antes de que pudiera hacer otra cosa que abrazarlo. Se derretía en su beso, en su larga y lujuriosa profundidad. Entonces, los dedos sabios de Cal encontraron un pulso, un latido que palpitaba bajo su piel, cerca de la base de su columna vertebral, y Libby sintió que todo comenzaba a dar vueltas.

Cal amortiguó el grito de Libby con sus labios mientras ella se arqueaba, sintiéndose fluir como el agua bajo él. Casi experimentalmente, Cal repitió su precisa caricia, sintiendo cómo su propio cuerpo vibraba por el placer de Libby.

—Increíble —musitó, antes de que Libby volviera a buscar sus labios.

Su respuesta hacía palpar la sangre de Cal. Libby era como una mecha, y él todavía sostenía la cerilla que podía encenderla. Sabía que si se hundía en ella en aquel instante, sería bienvenido, pero no olvidaba que el deseo era solo la raíz de la flor. Y él quería entregarle a Libby la flor.

Indagando en sus profundidades, encontró el control que necesitaba para prolongar la pasión y no dejarse dominar por ella. Libby le parecía muy frágil en aquel momento. Su sabor, su fragancia, los fluidos movimientos de su cuerpo. La veía tan pálida y hermosa como los rayos de luna que bañaban la habitación. Con los labios contra su cuello, sentía latir su pulso como un eco intenso del suyo.

Ninguna de las fantasías que se había permitido, ninguna mujer con las que hasta entonces había disfrutado, había sido tan gloriosa como la mujer que estaba en aquel momento con él. Entrelazó los dedos con los suyos, comprendiendo que jamás encontraría las palabras para explicar lo que aquella noche significaría para él.

Pero podía demostrárselo a ella. Y se lo demostraría.

En un momento Libby estaba flotando y al siguiente se sentía corriendo a toda velocidad. Y después volando. Con Cal, el amor era como una miríada de sabores y texturas, una tormenta de sensaciones, una sinfonía de sonidos. Sus manos eran casi insoportablemente delicadas, en excitante contraste con el roce de su rostro contra la piel. Mientras se permitía la libertad de tocarlo, de acariciarlo, descubrió que el cuerpo de Cal estaba tenso como un cable y que temblaban sus músculos.

Libby quería pensar, analizar cada momento, pero solo era capaz de experimentar.

Suave, tan increíblemente suave... Cal casi tenía miedo de que fuera una ilusión. Sus caricias, las palabras que murmuraba, el resplandor que la rodeaba. Pero después estaba aquel calor, tan increíblemente real.

Cal la levantó para que se arrodillara junto a él en el centro de la cama y la abrazó con fuerza. Poco a poco iban apareciendo destellos de su urgencia... Una caricia brusca, una respiración agitada. El contacto de un dedo, y ya la tenía jadeando, con la cabeza hacia atrás y el cuerpo arqueado hacia él. Cal gimió y estrechó su boca hambrienta contra su cuello.

Libby clavaba las uñas en su piel. E incluso eso lo excitaba. Había pasión, más salvaje y libre de lo que nunca había imaginado. Libby se había abierto a él, solo a él. Y lo enloquecía saber que le daría lo que no le había entregado a nadie más.

Pero tenía que ser delicado. Obligándose a contenerse, convirtió su posesivo abrazo en una delicada caricia. Cuando bajó la boca hasta su seno, de ambos escapó un suspiro de alivio. Utilizó la lengua para excitarla, los dientes para atormentarla. Podía sentir la vibración de su piel bajo sus manos y sus labios.

Libby era pequeña, delicada. Aquello lo ayudaba a sacar a la luz aquella ternura que quería mostrarle. Pero cuando la invitó a tumbarse en la cama encontró fuerza y apremio en las manos que presionaba contra él.

Tanto tiempo... Aquella idea asomaba y desaparecía de la mente de Libby mientras Cal hacía todas aquellas cosas para ella, por ella, cosas que jamás había imaginado. Había esperado aquello durante mucho tiempo. Su respuesta llegó libre y plenamente. Su forma de hacer el amor era completamente instintiva. No tenía forma alguna de saber, mientras giraba en aquel mundo que Cal había abierto para ella, lo que estaba provocando en él.

Cal era un hombre experimentado, y utilizaba sus habilidades para llevarla más allá de los primeros fogonazos de placer del aterciopelado espacio reservado para los amantes. Libby era virgen, pero se entregaba con confianza y naturalidad. Se hundió en ella. Y ella se cerró a su alrededor.

Era la fusión de dos cuerpos, de dos corazones. Y del tiempo.

Nubes. Oscuras y ribeteadas de plata. Libby estaba flotando en una de ellas. Y quería continuar rodando a la deriva sobre ella eternamente. Sus brazos habían resbalado del cuerpo de Cal mientras continuaba tumbada en medio de aquel revoltijo de sábanas. No encontraba las fuerzas suficientes para alzar los brazos hacia él. Ni siquiera encontraba la voz. Quería decirle que no se moviera. Que no se moviera nunca. Con los ojos cerrados y su cuerpo encajado tan perfectamente contra el suyo, contaba cada uno de los latidos del corazón de Cal.

Seda. Su piel era como la seda fragante y caliente. Cal estaba seguro de que jamás podría saciarse de ella. Con su rostro enredado en su pelo, sentía que su cuerpo regresaba a la tierra como una pluma empujada por la brisa. ¿Cómo podía decirle que nadie se había movido nunca como se movía ella? ¿Cómo podía explicarle que en ese momento se sentía más en su hogar de lo que se había sentido nunca en su propio mundo, o en el cielo que tanto amaba? ¿Y cómo podía admitir que había encontrado a su pareja en un lugar, en un tiempo, en el que él era un extraño?

No podía pensar en ello. Volvió a posar los labios en su cuello. Mientras fuera posible, viviría plenamente cada minuto.

—Eres adorable.

Cal se incorporó sobre un codo para poder ver su rostro, para apreciar su blancura bajo la luz de la luna. Estaba ligeramente sonrojada tras haber hecho el amor y en sus ojos brillaban los últimos rescoldos de la pasión.

—Todavía está caliente tu piel —comenzó a mordisquearla, como si fuera un manjar al que no pudiera resistirse.

—Creo que no volveré a estar fría jamás en mi vida —un deseo renovado comenzaba a cosquillear en su interior—. Caleb —un ligero estremecimiento agitó su respiración—. Me haces sentirme...

—¿Cómo? —dibujó con la lengua sus labios entreabiertos—. Dime cómo te hago sentirte.

—Mágica —se aferró con fuerza a las sábanas—. Fuerte —se agarró a sus brazos, mecida por una oleada de nuevas sensaciones—. No sé.

—Voy a hacer el amor contigo otra vez, Libby —acarició sus labios con un tórrido beso que los dejó a ambos sin respiración—. Una y otra vez. Y cada vez que lo haga, será diferente.

Libby sintió que crecía una intensa fuerza en su interior. Podría haberse asustado si no hubiera sentido que era idéntica a la que crecía dentro de ella. Mantuvo los ojos abiertos, fijos en los de Cal, mientras elevaba los brazos y se alzaba para encontrarse con él.

Con los brazos entrelazados, permanecieron juntos en las profundidades de la noche, escuchando el susurro del viento entre los árboles. Cal tenía razón, pensó Libby. Cada vez era diferente, excitantemente diferente, pero igualmente hermoso. Podría, esperaba, vivir durante toda su vida con los recuerdos de aquella noche.

—¿Estás dormida?

Libby se acurrucó contra la curva de su hombro.

—No.

—Me gustaría despertarte —deslizó la mano para posarla sobre su seno—. De hecho, estoy seguro de que me encantaría —colocó la pierna entre sus muslos—. ¿Libby? Nos hemos olvidado de algo.

—¿De qué?

—De la comida.

Libby bostezó contra el hombro de Cal.

—¿Tienes hambre? ¿Ahora?

—Tengo que recuperar mis fuerzas.

Una rápida y pícaro sonrisa curvó los labios de Libby.

—Hasta ahora lo has estado haciendo bastante bien.

—¿Bastante bien? —Libby se echó a reír y Cal la colocó inmediatamente sobre él—. Pero todavía no he terminado. ¿Por qué no me preparas un sándwich mientras yo te miro?

Libby dibujó perezosamente los músculos de su pecho con el dedo índice.

—Así que el machismo ha sobrevivido al siglo XX...

—Esta mañana te he preparado yo el desayuno.

Libby se acordó entonces de la bolsita de plata de la nave.

—Más o menos.

¿Aquello había ocurrido esa misma mañana? ¿Podía una vida cambiar de forma tan irrevocable en solo unas horas? La suya lo había hecho. Y le asombraba sentir solamente gratitud cuando debería estar aterrada.

—De acuerdo —comenzó a levantarse, pero Cal la sujetó por las muñecas.

—Lo primero es lo primero —musitó, y volvió a remontarla hasta las cumbres más placenteras.

Minutos después, Libby se ponía una bata, preguntándose si su mente sería capaz de ocuparse de una tarea tan simple como colocar un poco de embutido entre dos rebanadas de pan. Cal la había vaciado y la había llenado, la había excitado y la había relajado, hasta convertir sus piernas en agua y su mente en gelatina.

Cal encendió la lámpara de la mesilla de noche y se levantó, imperturbablemente desnudo.

—¿Podré comer unas galletas además del sándwich?

—Probablemente.

No quería mirarlo fijamente... Sí, claro que quería. Aunque sabía que era una tontería, se sonrojó mientras intentaba anudar torpemente el cinturón de la bata. Cuando advirtió que Cal se dirigía hacia la puerta, alzó la mirada rápidamente.

—No irás a bajar así.

—¿Cómo?

—Sin... Tienes que ponerte algo.

Cal apoyó una mano en el marco de la puerta y sonrió de oreja a oreja. Le encantaba verla sonrojarse.

—¿Por qué? A estas alturas, ya deberías saber cómo soy.

—Esa no es la cuestión.

—¿Entonces cuál es la cuestión?

Renunciando a contestar, Libby señaló un montón de ropa.

—Ponte algo.

—De acuerdo. Me pondré un jersey.

—Muy gracioso, Hornblower.

—Eres muy tímida.

Un destello iluminó la mirada de Cal, un destello que Libby reconocía ya perfectamente. En cuanto dio el primer paso hacia ella, Libby tomó unos vaqueros y se los arrojó.

—Si quieres que te prepare un sándwich, tendrás que cubrir parte de tus... atributos.

Sin dejar de sonreír, Cal se puso los vaqueros. De esa forma, Libby tendría que quitárselos después. Disfrutando con aquella idea, la siguió al piso de abajo.

—¿Por qué no llenas la tetera? —le sugirió Libby mientras abría el frigorífico.

—¿De qué?

—De agua —respondió Libby con un suspiro—. De agua solamente. Ponla en ese quemador de la cocina y gira el mando que está debajo —sacó un paquete de jamón, un poco de queso y un bote de tomate casero—. ¿Mostaza?

—¿Humm? —Cal estaba estudiando atentamente la cocina—. Claro.

La gente de aquella época tenía que ser muy paciente, decidió mientras observaba la placa eléctrica calentándose lentamente. Pero tenía sus ventajas. La comida de Libby era muy diferente de los paquetes de comida rápida a los que él estaba acostumbrado. Después estaba la disposición de la casa. Aunque Cal siempre había adorado la casa en la que había crecido y la consideraba mucho más acogedora y confortable que las cabinas de la nave, le gustaba sentir el tacto de la madera auténtica bajo los pies y el olor de la leña en la chimenea cuando Libby encendía el fuego en la habitación principal.

Y después estaba la propia Libby. Era distinta, única, y todo lo que siempre había deseado en una mujer. Abrió la boca un instante antes de que el quemador, ya al rojo vivo, le quemara el

dedo. Saltó hacia atrás con un grito.

—¿Qué ha pasado?

Cal se la quedó mirando fijamente. Tenía el pelo revuelto alrededor del rostro y los ojos cansados por la falta de sueño. La bata parecía habérsela tragado.

—Nada —consiguió decir, sobrecogido por una emoción que esperaba fuera solo deseo—. Me he quemado el dedo.

—No juegues con la cocina —le advirtió, y se volvió para continuar preparando los sándwiches.

¿Todo lo que deseaba en una mujer? Eso era imposible. Él ni siquiera sabía lo que quería de una mujer y estaba muy lejos de haberlo decidido. O al menos lo había estado.

Aquella idea le produjo un miedo mortal. Eso, y la incómoda sospecha de que su mente había decidido por él desde el momento en el que había abierto los ojos y la había visto dormitando en la silla. Pero era ridículo. Porque entonces ni siquiera la conocía.

Pero había tenido oportunidad de hacerlo durante aquellos días.

No podía estar enamorado de ella. La observó echarse el pelo hacia atrás con un rápido movimiento de la mano y sintió que se le hacía un nudo en el estómago. La atracción, aunque quizá fuera excesiva, le resultaba aceptable. No era posible que estuviera enamorado. Podía estar con ella, hacer el amor con ella, reír con ella. Podía apreciarla, encontrarla fascinante, excitante... Pero el amor no era una opción posible.

El amor, en aquel lugar y en aquel momento, significaba cosas que ellos no podrían tener juntos. Una casa, una familia. Años.

Cuando la tetera comenzó a sonar, dejó escapar un largo suspiro. Lo que pasaba era que estaba exagerando la situación. Libby era especial para él, siempre lo sería. Los días que había pasado con ella serían para siempre una preciosa parte de su vida. Pero era esencial para él que recordara, por el bien de ambos, que la vida comenzaba doscientos años después, cuando ella ya no existía.

—¿Te ocurre algo?

Cal la miró y la descubrió sosteniendo un plato en cada mano, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, como hacía siempre que estaba intentando encontrar la solución a un problema.

—No —sonrió y le quitó los platos de la mano—. Solo estaba pensando.

—Come, Hornblower —le palmeó cariñosamente la mejilla—, te encontrarás mejor.

Cal estaba deseando creer que la solución fuera tan simple, de modo que se sentó y comenzó a comer mientras Libby le servía el té.

Parecía tan natural, pensó Libby, que compartieran un té y unos sándwiches en medio de la noche. Ellos dos solos, sentados en aquella acogedora cocina, con un búho ululando en el bosque y la luna cayendo ya en el cielo. La vergüenza que había sentido, y que ya consideraba ridícula, antes de ponerse la bata, había desaparecido.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó cuando Cal se hubo terminado la mitad del sándwich.

—Sí.

La tensión que tan inesperadamente lo había asaltado casi había desaparecido. Estiró las piernas y rozó con el pie el tobillo de Libby. Había algo tan relajante en aquel contacto como en

una larga siesta o la lluvia de la tarde. Estaba preciosa con el pelo revuelto y los ojos somnolientos.

—¿Cómo es posible que yo haya sido el primer hombre con el que has hecho el amor?

Libby estuvo a punto de atragantarse con el té.

—Yo no... —tosió un poco y se cerró las solapas de la bata—. No sé qué contestar.

—¿Te parece una pregunta extraña? —sonrió, nuevamente arrebatado por su sencillez. Se inclinó hacia delante para acariciarle el pelo—. Eres tan sensible, tan atractiva. Seguro que otros hombres también te han deseado.

—No... En realidad no lo sé. Nunca les he prestado mucha atención.

—¿Te avergüenzas de que te diga que me pareces atractiva?

—No —pero cuando tomó la taza de té con las dos manos, estaba sonrojada—. Un poco.

—Es imposible que sea yo el primer hombre que te diga lo adorable que eres. Lo cariñosa — le hizo apartar una de las manos de la taza para intentar relajarle los dedos—. Lo excitante...

—Pues lo eres —casi insoportablemente excitada, dejó escapar un largo y tembloroso suspiro—. No he tenido... demasiada experiencia con los hombres. Mis estudios —contuvo la respiración mientras Cal le besaba los dedos—. Mi trabajo...

Cal le soltó la mano para evitar ceder al impulso de hacer el amor otra vez.

—Pero tú estudias a los hombres.

—Estudiar a los hombres y relacionarte con ellos son cosas diferentes —ni siquiera tenía que tocarla para excitarla, comprendió Libby. Bastaba que la mirara como la estaba mirando en aquel momento—. No soy muy sociable, a menos que me lo proponga.

Cal se echó a reír. Pero después se dio cuenta de que Libby creía de verdad lo que decía.

—Creo que te subestimas, Liberty Stone. Me salvaste y me cuidaste y yo era un desconocido.

—No podía dejarte en medio de la lluvia.

—Tú no podías. Otras personas lo habrían hecho. Es posible que la historia no sea mi fuerte, Libby, pero dudo que la naturaleza humana haya cambiado mucho en estos años. Saliste en medio de una tormenta para buscarme y traerme a tu casa. Y a pesar de lo mucho que te hice enfadar, me dejaste quedarme en la cabaña. Si consigo volver a mi tiempo y a mi casa, será gracias a ti.

Libby se levantó para preparar más té, aunque no le apetecía. No quería pensar en la marcha de Cal, aunque sabía que tendría que hacerlo. Era un error fingir, aunque solo fuera durante unas horas, que podía quedarse con ella y olvidar la vida que había dejado tras él.

—No creo que ofrecerte una cama y unos huevos revueltos merezca tanta gratitud —esbozó una sonrisa y se volvió hacia él—. Pero si quieres mostrarte agradecido, no seré yo la que lo impida.

Había dicho algo que la había molestado, comprendió Cal. Aunque no sabía exactamente qué, lo sabía por la forma en la que había cambiado su mirada. Estaba sonriendo, pero había tristeza en sus ojos.

—No quiero hacerte daño, Libby.

Para inmenso alivio de Cal, la mirada de Libby se suavizó.

—No, lo sé —se sentó otra vez y llenó las tazas de té—. ¿Qué piensas hacer? Me refiero a tu vuelta.

—¿Sabes mucho sobre física?

—Prácticamente nada.

—Entonces digamos que pondré al ordenador a trabajar. Los daños que sufrió la nave fueron mínimos, de modo que no creo que me cueste mucho. Tendré que pedirte que me lleves a la nave otra vez.

—Por supuesto —sintió una oleada de pánico e intentó aplacarla—. Supongo que ahora preferirás quedarte en la nave mientras haces los cálculos que necesitas y terminas las reparaciones.

Sería lo más práctico, y seguramente lo más conveniente. Pero Cal no pensó nada más que unos segundos en ello.

—Esperaba poder quedarme aquí. Tengo un aerociclo a bordo, de modo que podré ir y volver en él. Si no te molesta mi compañía, claro.

—No, por supuesto que no —respondió rápidamente. Demasiado rápidamente. De pronto se interrumpió y alzó la cabeza—. ¿Un aerociclo?

—Si es que no se ha roto —murmuró. Inmediatamente descartó aquella posibilidad. Mañana te lo enseñaré—. ¿No vas a comerte eso?

—¿Qué? Oh, no.

Libby le tendió la mitad de su sándwich. Era ridículo, suponía, pero a veces continuaba teniendo la sensación de estar en medio de un sueño.

—Cal —comenzó a decir muy lentamente—, acabo de pensar que nunca podré hablarle a nadie de ti, ni de nada de esto.

—Preferiría que al menos esperaras hasta que me fuera —terminó el sándwich—. Pero no me importa que se lo cuentes a quien quieras.

—Un gesto que te ennoblece... —lo miró a los ojos—. Dime, Cal, ¿sigue habiendo celdas acolchadas en el siglo XXIII?

—¿Celdas acolchadas? —Cal tardó algunos segundos en imaginarse lo que eso podía ser—. ¿Es broma?

—Temo terminar en una —respondió mientras se levantaba para quitar la mesa.

—A lo mejor también inventan una para mí. Me pregunto si, cuando vuelva, alguien me creerá. A Libby se le ocurrió entonces algo que le parecía al mismo tiempo absurdo y fascinante.

—Quizá pudieras llevarte el tiempo en una cápsula. Yo podría escribir todo lo que ha pasado, reunir algunos objetos interesantes y guardar todo en una caja. Podríamos enterrarla, no sé, quizá cerca del arroyo. Y cuando regreses a este lugar en tu tiempo, podrás recuperarla.

—Una cápsula del tiempo.

La idea le gustaba. No solo con criterios científicos, sino también personales. ¿Significaría eso que podría tener algo de ella aunque estuvieran separados por cientos de años? Iba a necesitar algo así, comprendió, la prueba sólida no solo de lo que él había vivido sino de que Libby había existido.

—Tendré que hacer algunas consultas en el ordenador para asegurarme de que el lugar en el que la enterremos no va a ser enterrado por un edificio, un derrumbe de tierra o algo parecido.

—Bien —Libby tomó un cuaderno que había en la encimera y comenzó a escribir.

—¿Qué haces?

—Tomar notas —miró con los ojos entrecerrados lo que acababa de escribir y deseó tener las gafas a mano—. Tendremos que escribirlo todo, y por supuesto empezaremos contigo y con tu nave. ¿Qué más deberíamos poner? —se preguntó, tamborileando el cuaderno con el bolígrafo—.

Un periódico, claro, y una fotografía también estaría bien. Tendremos que volver a la ciudad para hacernos unas fotografías en un fotomatón. No, mejor compraremos una Polaroid —escribió algo rápidamente—. Así podremos hacer fotos aquí, en la cabaña, por los alrededores. Después necesitaremos algunos objetos personales —juguetó con la cadenita de oro que llevaba al cuello—. Quizá también algunos utensilios domésticos.

—Ahora estás hablando como una científica —la tomó por la cintura, y la estrechó lentamente contra él—. Encuentro todo esto muy excitante.

—Qué tontería.

Pero no le pareció ninguna tontería cuando Cal comenzó a mordisquearle el cuello. Sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—Cal.

—¿Humm? —localizó un vulnerable rincón de detrás de su oreja.

—Yo quería... —el cuaderno resbaló de su mano y cayó a sus pies.

—¿El qué? —con un movimiento rápido y preciso, le desató el cinturón de la bata—. Esta noche puedes tener todo lo que tú quieras.

—A ti —suspiró, mientras Cal le deslizaba la bata por los hombros—. Solo a ti.

—Eso es lo más fácil.

Más voluntarioso que obediente, la abrazó contra la encimera. Miles de imágenes eróticas anegaban su mente. Iba a asegurarse de que ninguno de ellos pudiera mirar como hasta entonces aquella acogedora cocina. Pero al ver las manchas rosadas que cubrían la piel de Libby se detuvo.

—¿Qué es todo esto? —con curiosidad, deslizó el dedo por sus senos hinchados y después se llevó la mano a la barbilla—. Te he arañado.

—¿Qué?

Libby ya se sentía flotar a varios centímetros del suelo y no tenía ninguna gana de descender.

—Hace días que no me afeito —enfadado consigo mismo, se inclinó para besar la piel que antes había irritado—. Eres tan suave...

—No he sentido nada —se inclinó hacia él, pero Cal se limitó a besarla.

—Ahora ya solo puedo hacer una cosa.

—Lo sé —acarició la musculosa espalda de Cal.

Con una carcajada, Cal la abrazó con fuerza.

—Dos cosas entonces —la levantó en brazos, simplemente porque le encantaba hacerlo.

—No tienes por qué llevarme —protestó Libby pero, mientras lo hacía, apoyó la cabeza contra su hombro.

—Quizá, pero será mejor que vayamos al baño para esto.

—¿Al baño?

—Voy a tener que enfrentarme a ese aparato de aspecto peligroso —le explicó, mientras comenzaban a subir las escaleras—. Y tú vas a venir conmigo para evitar que me corte el cuello.

¿De aspecto peligroso? Libby intentó comprender lo que le estaba diciendo mientras subían las escaleras.

—¿No sabes usar la cuchilla?

—Vengo de un mundo civilizado. Todos los instrumentos de tortura han sido erradicados.

—¿De verdad? —esperó a estar en el suelo otra vez—. Supongo que eso quiere decir que las mujeres ya no tienen que usar tacones de aguja ni fajas. No importa —añadió cuando Cal abrió la

boca para protestar—. Creo que esto nos llevaría a una discusión filosófica, y ya es demasiado tarde —abrió el armarito del baño y sacó la cuchilla y la crema de afeitarse—. Toma.

—Muy bien —miró el instrumental que tenía en la mano con una especie de resignación. Lo que un hombre tenía que llegar a hacer por una mujer, pensó—. ¿Y cómo se usa esto?

—No puedo explicártelo por experiencia propia, porque nunca he tenido que afeitarme, pero creo que tienes que extenderte la crema por la cara y después deslizar el borde de la cuchilla por la barba.

—Crema para afeitarse —Cal se puso un poco en la mano y después se pasó la lengua por los dientes—. Así que no es pasta de dientes.

—No. Yo... —no tardó mucho en imaginarse lo que había pasado. Se inclinó contra el lavabo, se tapó la boca con la mano e intentó, sin éxito, dominar su risa—. Oh, Hornblower, pobrecito.

Cal estudió el frasco que tenía en la mano. Y comprendió que no tenía otra opción. Mientras Libby se retorcía de risa, él abrió la tapa, apuntó y disparó.

8

Libby se despertó lentamente y protestó entre susurros cuando el sol se entrometió en sus sueños. Se estiró, o al menos lo intentó, porque se lo impedía el brazo que le rodeaba posesivamente la cintura. Satisfecha, se acurrucó contra Cal y disfrutó al sentir su piel rozando la suya.

No sabía qué hora era y, quizá por primera vez en su vida, no le importaba. Ya fuera la mañana o la tarde, no le importaría pasarse todo el día tumbada en la cama, siempre y cuando Cal estuviera con ella. Dejándose llevar y todavía medio soñando, deslizó la mano sobre él. Sólido. Era sólido y real. Y, de momento, suyo. Incluso con los ojos cerrados, podía verlo, conjurar cada rasgo de su rostro, cada centímetro de su cuerpo. Nunca había habido nadie a quien hubiera sentido que pertenecía tan completamente. Ni siquiera sus padres, que, con todo su amor y su comprensión, siempre se habían pertenecido el uno al otro. Libby siempre los había considerado como una unidad que empezaba y terminaba en sí misma. Y Sunny... Libby sonrió al pensar en su hermana. Aunque era dos años menor que ella, Sunny siempre había sido muy independiente y había tenido una personalidad atrevida y discutidora que Libby nunca había intentado imitar.

Pero Cal... Era cierto que desaparecería de su vida tal como había aparecido en ella, pero era suyo. Su risa, su genio, su pasión... Todo ello le pertenecía en aquel momento. Y lo conservaría, lo atesoraría, mucho tiempo después de que Cal se hubiera ido.

Amar como lo hacía ella, pensó Libby, cuando había que apurar cada sentimiento, cada palabra, cara mirada, era al mismo tiempo precioso y desgarrador.

Cal creía que todo había sido un sueño, pero la forma, la textura y la fragancia del cuerpo que estaba a su lado eran reales. Era el cuerpo de Libby. Y fue ella su primer pensamiento. Se presionaba contra él y sus cuerpos encajaban perfectamente incluso durante el sueño. La lenta caricia de su mano lo excitó de la forma más exquisita.

Había perdido la cuenta de las veces que se habían unido durante la noche, pero sabía que había sido al amanecer cuando Libby había gritado su nombre por última vez. La luz que los iluminaba era tenue y nacarada. Jamás lo olvidaría. Libby era como una fantasía, todo delicadas curvas, miembros ágiles y una pasión inagotable. En algún momento de la noche, se había fundido la línea que separaba al maestro de la alumna y había sido él el que había tenido que aprender.

Y había encontrado cosas mucho más adorables que las incontables formas de placer que un hombre y una mujer podían ofrecerse el uno al otro. Confianza y paciencia, generosidad y júbilo.

Y la satisfacción de dejarse arrastrar por el sueño, sabiendo que su pareja estaría a su lado al despertar.

Su pareja. Aquella palabra se quedó flotando en su mente. Su pareja. ¿Sería el destino o el azar el que lo había hecho viajar a través del tiempo para encontrarla?

No quería pensar en ello. Se negaba a hacerlo. Lo único que quería era hacer el amor con Libby a la luz del sol.

Se estiró y, antes de que ninguno de ellos estuviera completamente despierto, se deslizó en su interior. Un suave gemido de Libby se fundió con el suyo cuando sus labios se encontraron. Aceptación. Afecto. Excitación. Lentamente, dejándose llevar por aquella deliciosa pereza, se movieron juntos, comenzando con las manos una tranquila exploración y profundizando poco a poco sus besos.

—Te amo.

Cal oyó sus palabras; fueron como un quedo susurro en su mente, y las respondió con un eco mientras sus labios comenzaban a dibujar su rostro.

Aquellas admisiones no sorprendieron a ninguno de ellos. Estaban demasiado deslumbrados por los tumultuosos sentimientos que los devoraban. Libby jamás le había dicho aquellas palabras a otro hombre, y él tampoco se las había dicho a ninguna mujer. Pero antes de que el impacto de aquella certeza los golpeará, el deseo los hizo estrecharse con fuerza.

Grácil, gloriosamente, se condujeron el uno al otro hasta la cima.

Más tarde, Cal posaba la cabeza relajadamente entre sus senos, pero no estaba durmiendo. ¿Había dicho Libby que lo amaba? ¿Y él le había contestado que la amaba? Lo que más le molestaba era no estar seguro de si había ocurrido de verdad o había sido su imaginación la que había expresado su deseo cuando más vulnerable estaba su mente a causa del placer y el sueño.

Y no podía preguntárselo. No se atrevía. Cualquier respuesta podría hacerle daño. Si Libby no lo amaba, sería como perder parte de su corazón, de su alma. Y si lo amaba, dejarla sería una agonía.

Era lo mejor, para ambos, tomar lo que tenían. Cal quería hacerla reír, ver la pasión y la diversión en sus ojos, disfrutarlos en su voz. Y siempre la recordaría. Cerró los ojos con fuerza. Ocurriera lo que ocurriera, jamás la olvidaría.

Y tampoco ella. Cal necesitaba estar seguro de que ocupaba algún lugar en su memoria.

—Ven conmigo —se levantó de la cama y la hizo levantarse.

—¿Adónde?

—Al baño.

—¿Otra vez? —riendo, intentó agarrar la bata, pero Cal la sacó al pasillo sin ella—. No tienes que afeitarte otra vez.

—Algo de lo que me alegro.

—Solo te cortaste cuatro veces. Y fue culpa tuya por ponerte demasiada espuma.

Cal le dirigió una pícaro sonrisa.

—Me encantaría llenar todo tu cuerpo de espuma.

—Si estás ideando algo que tenga que ver con la pasta de dientes...

—Quizá más tarde —la levantó en brazos y la metió en la bañera—. De momento, me conformaré con una ducha.

Libby soltó un grito al sentir el agua fría sobre ella. Pero antes de que pudiera reaccionar o protestar siquiera, Cal se había unido a ella y la abrazaba con un brazo mientras con la mano libre ajustaba la temperatura del agua. Algo que, pensaba, se le estaba dando bastante bien.

Libby se quitó el agua de la cara, farfulló y estaba comenzando a maldecir cuando se descubrió a sí misma envuelta en un tórrido e interminable beso.

Jamás había experimentado nada parecido. El baño cubierto de vapor, la piel resbaladiza y las manos llenas de espuma. Cuando Cal cerró la ducha y la envolvió en una toalla, sentía una extraña debilidad en las rodillas. Tan mareado como ella, Cal posó la frente en la suya.

—Creo que si no tenemos otra cosa que hacer... será mejor que salgamos de casa.

—Muy bien.

—Después de comer.

Libby se sorprendió al descubrir que todavía le quedaban fuerzas para reír.

—Naturalmente.

A última hora de la tarde, llegaron a la nave de Cal. Las nubes que aparecían en el cielo procedían del norte y llevaban con ellas un aire helado. Libby intentaba convencerse de que ese era el motivo de su frío. Pero se cerró con fuerza la cazadora y descubrió entonces que el frío procedía de su interior.

—Me cuesta estar aquí, mirando todo esto, sabiendo que es real y, aun así, sin poder comprenderlo.

Cal asintió. La sensación de tranquilidad y relajación se había desvanecido, y no estaba seguro de cuál era el motivo.

—Yo tengo la misma sensación cuando estoy en la cabaña —le dolía ligeramente la cabeza y sabía que era por la tensión—. Mira, sé que tienes mucho trabajo que hacer y no quiero entretenerte, pero ¿podrías esperar un momento mientras reviso el aerociclo?

—Claro —estaba deseando que le pidiera que pasara todo el día con él. Tragándose su desilusión, lo miró con una sonrisa—. La verdad es que me encantaría verlo.

—Ahora mismo lo traigo.

Abrió la compuerta y desapareció en su interior.

Algo que volvería a hacer muy pronto, y por última vez, pensó Libby. Tenía que prepararse para ello. Era extraño, pero había imaginado que aquella mañana Cal le había dicho que la amaba. Era agradable, un pensamiento reconfortante, aunque era consciente de que realmente no la amaba. No podía amarla. La quería, seguramente más de lo que nadie la había querido, pero no estaba profunda, completamente enamorado. Como ella lo estaba de él.

Y como lo amaba, iba a hacer todo lo que pudiera para ayudarlo, y empezaría aceptando sus limitaciones. Había pasado un día precioso después de la más hermosa noche de su vida. Sonriendo, sonriendo sinceramente, alzó la mirada hacia el cielo nublado. La lluvia volvería aquella noche. Y la agradecería.

Bajó la mirada hacia la nave, en la que se oía un zumbido grave y metálico. Otra puerta se abrió, la puerta de carga, asumió por su tamaño y localización. Y se quedó boquiabierto al ver salir a Cal a lomos de una pequeña y aerodinámica bicicleta, corriendo a unos seis centímetros del suelo.

El sonido que hacía era casi un ronroneo, no como el de un gato o una motocicleta, sino más bien como el sonido de un ventilador. La forma, sin embargo, sí era la de una motocicleta, pero no tan ancha. El cuerpo era un cilindro curvilíneo que se dividía en un manillar.

Cal montaba, o volaba, sobre ella, y sonreía como un niño mostrando su primera moto de marchas.

—Funciona perfectamente —hizo un ligero movimiento con la mano sobre el manillar y el zumbido se hizo más intenso—. ¿Quieres montar?

Frunciendo el ceño, Libby miró los botones de diferentes formas y tamaños que había en el manillar. Era como un juguete.

—No sé.

—Vamos, Libby —deseando compartir su placer, le tendió la mano—. Te encantará. No dejaré que te pase nada, de verdad.

Libby lo miró, y miró también la bicicleta flotando sobre las agujas de los pinos. Era una máquina pequeña, si el término «máquina» era el adecuado para describirla, pero en el estrecho asiento de cuero negro cabían perfectamente dos personas. El cuerpo estaba pintado de color azul metalizado y brillaba con diferentes tonalidades bajo la luz del sol. Parecía inofensivo, decidió Libby, y dudaba que un aparato tan pequeño pudiera ser muy potente. De modo que, tras encogerse de hombros, se sentó tras él.

—Agárrate mejor —le advirtió Cal, sobre todo porque deseaba sentir el cuerpo de Libby contra el suyo.

La fuerza de la vibración del aparato la asustó, pero sabía que tendría que habérselo imaginado. Al fin y al cabo, también Cal le había parecido inofensivo, se recordó.

—Hornblower, ¿no deberíamos ponernos casco o...? —pero se interrumpió cuando Cal aceleró.

Podría haber gritado, pero cerró los ojos con fuerza y se aferró de tal manera a él que Cal tuvo que reprimir una carcajada. Sentía el corazón de Libby latiendo contra él tan rápidamente como durante la noche. Con una habilidad innata, afinada por la práctica, rodeó la nave y comenzó a ascender.

Velocidad. Siempre había sido adicto a ella. Sentía el aire golpeando su rostro, azotando su pelo. Aceleró. El cielo lo llamaba, pero él se resistía, consciente de que Libby se asustaría si conducía demasiado rápido o a excesiva altura. De modo que continuó volando entre el bosque, rodeando los pinos y deslizándose sobre las piedras y el agua del arroyo. Un pájaro saltó de una rama, justo por encima de sus cabezas, y desvió su rumbo, cantando malhumoradamente contra aquel competidor. Cal sentía cómo Libby se iba relajando poco a poco. Y ya no presionaba el rostro contra su hombro.

—¿Qué estás pensando?

Libby ya casi podía volver a respirar. Y, al parecer, su estómago estaba otra vez en su lugar. Al menos de momento. Abrió un ojo para mirar recelosamente a su alrededor. Y tragó saliva.

—Creo que voy a matarte en cuanto estemos en tierra otra vez.

—Relájate.

El aerociclo se inclinó unos treinta grados a la derecha y después bajó, mientras continuaba danzando entre los árboles.

Para él era fácil decirlo, pensó Libby. Otra mirada le mostró que estaban a más de tres metros del suelo. Jadeó, y estaba a punto de gritar y pedir que la bajara cuando comprendió lo extraordinario de aquel momento. Estaba volando. Y no encerrada en un enorme aparato a miles kilómetros del suelo, sino libre y ligera. Podía sentir el viento en su rostro, en su pelo, y saborear en él la promesa de la primavera. Ningún rugido de motor apagaba aquella sensación. Se estaban deslizando por el bosque con la misma facilidad que los pájaros.

Cal se detuvo en el centro del claro del bosque que había formado la nave al aterrizar y se volvió hacia ella.

—¿Quieres que bajemos?

—No. Sube —riendo, echó la cabeza hacia atrás. Acababa de sentir la llamada de los cielos.

Con una enorme sonrisa, Cal se volvió hacia ella y la besó.

—¿A cuánta altura?

—¿Cuál es el límite?

—No lo sé, pero no deberíamos correr riesgos. Si subimos por encima de la copa de los árboles, alguien podría vernos.

Cal tenía razón, por supuesto. Libby se apartó el pelo de la cara, preguntándose por qué era tan insensata cuando estaba cerca de Cal.

—Entonces hasta las copas de los árboles. Solo una vez.

Encantado consigo mismo, Cal dio la vuelta. Sentía los brazos de Libby a su alrededor. Y, muy pronto, estuvieron volando otra vez.

Cal jamás lo olvidaría. Por muchas veces que volara en el cielo o en el espacio, jamás olvidaría aquel alegre vuelo con Libby. Ella reía, y aquel sonido le acariciaba el oído mientras sentía su cuerpo deliciosamente presionado contra el suyo y cómo entrelazaba los dedos relajadamente sobre su cintura. Cal solo se arrepentía de no poder ver su rostro mientras se elevaban. Hacer el amor con ella era algo parecido, algo tan limpio y claro como cortar el aire. Tan misterioso y seductor como desafiar la gravedad.

Cal resistió la tentación de subir por encima de los árboles, conformándose con deslizarse entre las ramas. Bajo ellos, podían ver un estrecho riachuelo que se deslizaba entre las rocas y una cascada, formada por el agua de las lluvias y la nieve que el inicio de la primavera derretía en las montañas. El sol asomó entre las nubes, permitiéndoles ver el juego de sombras móviles que se reflejaba en el suelo.

Por un instante, ambos volvieron sus rostros hacia el cielo y desearon lo imposible.

Cal disminuyó la velocidad para preparar el descenso. Lo hicieron lentamente, como si no existiera la ley de la gravedad, y sin hacer ningún ruido. Libby sentía cómo se elevaba su pelo, impulsado por la corriente de aire. Pensó ilusionada en Peter Pan y en el polvo de las hadas justo antes de que aterrizaran al lado de la nave.

—¿Estás bien?

Cuando se volvió para mirarla por encima del hombro, Libby advirtió que había desaparecido el zumbido. Y también el frío.

—Ha sido maravilloso. Podría haberme pasado el día volando.

—Volar es un hábito que puede cultivarse —nadie podía saberlo mejor que él. Bajó y le tendió la mano—. Me alegro de que te haya gustado.

El viaje había terminado, se dijo Libby mientras volvía a sentir los pies en el suelo. Pero tenía una buena memoria para almacenarlo.

—Me ha encantado. No voy a preguntarte cómo funciona. En cualquier caso, no lo entendería y podría estropear la diversión —sin soltarle la mano, miró hacia la nave. Sus sentimientos hacia ella eran tan contradictorios como el resto de sus emociones. Había llevado a Cal hasta ella, pero volvería a llevárselo de su lado—. Te dejaré trabajar.

Cal estaba siendo sometido al mismo tira y afloja.

—Volveré cuando se haga de noche.

—De acuerdo —se separó de Cal y se metió las manos en los bolsillos—. ¿No tendrás ningún problema para encontrar el camino de vuelta?

—Soy un buen navegante.

—Por supuesto —los pájaros a los que habían asustado con su vuelo ya estaban cantando otra vez. El tiempo continuaba corriendo—. Será mejor que me vaya.

Cal sabía que Libby estaba demorando el momento de irse, pero también él. Era una estupidez, puesto que volvería a estar con ella en cuestión de horas.

—Podrías quedarte conmigo. Aunque no creo que en ese caso avanzara demasiado.

Era tentador. Podía entrar con él a la nave, distraerlo, alejarlo del ordenador y de las respuestas que buscaba durante unas horas. Pero no estaría bien. Libby alzó la mirada hacia él mientras sentía el amor creciendo dentro de ella.

—Yo tampoco he trabajado mucho los últimos dos días.

—De acuerdo —se inclinó hacia ella y la besó—. Te veré esta noche.

Cal se quedó en la puerta, observándola subir la colina. Pero cuando llegó al punto más alto, Libby no se volvió.

Libby pasó la mayor parte del día preparando un informe sobre los acontecimientos ocurridos a lo largo de la semana. Utilizaba las palabras de Cal, su teoría, para explicar cómo había llegado hasta ella, y adornaba el relato con sus propias impresiones. Después hizo una lista con todo lo que había sucedido, desde el momento en el que había visto aquel fogonazo en el cielo hasta que había dejado a Cal al lado de su nave.

Aquella era la parte más sencilla. Narrar los hechos. Tenía una memoria infalible. Una virtud que maldeciría y bendeciría al mismo tiempo cuando se quedara sola. Pero de momento, recurriría a su objetividad y pondría en aquella historia tanto esfuerzo y dedicación como en su propia tesina.

Una vez terminado el informe, lo leyó dos veces, retocando y ampliando lo que consideraba oportuno. Estaba acostumbrada a hacer informes, pensó mientras estudiaba la pantalla del ordenador. Cuando Cal le presentara sus experiencias a los científicos de su tiempo, quería que contara con el beneficio que sus propias habilidades podían proporcionarle.

Era una historia fantástica. Fantástica en el sentido más literal de la palabra. Aunque quizá no lo pareciera tanto en la época en la que Cal vivía. ¿Cómo reaccionaría la gente cuando volviera y les contara todo? «El explorador accidental», pensó con una sonrisa. Bueno, Colón estaba buscando la India cuando descubrió el Nuevo Mundo.

Le gustaba pensar que sería tratado como una especie de héroe, que era un hombre cuyo nombre saldría en los libros de historia.

Tenía el aspecto de un héroe, pensó, soñando despierta mientras las gafas resbalaban hasta la punta de su nariz. Alto y fuerte. La venda que llevaba en la frente añadía un aire aventurero a su rostro. Al igual que la barba de varios días que lo ensombrecía antes de que se la hubiera afeitado. Y se la había afeitado por ella, recordó, sintiendo una profunda oleada de placer.

Quizá, en su época, fuera un hombre normal y corriente. Un hombre, suponía, que se dedicaba a su trabajo como cualquier otro, que protestaba al tener que levantarse por las mañanas y que de vez en cuando bebía demasiado o se olvidaba de pagar las cuentas. No era un hombre rico ni especialmente brillante, tampoco un tipo con éxito. Era, simplemente, Cal Hornblower, un hombre que se había equivocado de rumbo y había llegado a convertirse así en un ser extraordinario.

Para ella, no era solamente un hombre. Era el hombre de su vida.

¿Volvería a enamorarse otra vez? «No», pensó Libby con la calma que le proporcionaba una certeza absoluta. Tendría que conformarse con su trabajo, su familia y sus recuerdos. Pero volver a enamorarse sería imposible. Desde niña incluso, Libby siempre había pensado que para ella solo habría un hombre en su vida. Quizá por eso le había resultado tan fácil concentrarse en sus estudios y en su carrera mientras sus compañeras iban de relación en relación y de amor en amor.

Ella odiaba los errores. Sonrió con cierto pesar mientras lo admitía. Era un defecto, desde luego, y estaba muy relacionado con el orgullo, pero siempre había detestado la idea de dar un paso equivocado, personal o profesionalmente. Esa era la razón por la que estudiaba más que la mayoría, investigaba más concienzudamente y analizaba con tanto esmero sus consideraciones.

Y había merecido la pena, reflexionó mientras presionaba las teclas necesarias para que apareciera su tesis en la pantalla. Era muy joven para los éxitos académicos que había cosechado. Y pretendía seguir cosechando muchos más.

Era mayor, quizá, para tener su primera aventura amorosa. Pero la precaución y el cuidado no le habían permitido equivocarse. Amar a Cal jamás había sido un error.

Satisfecha, se colocó las gafas, se inclinó hacia delante y comenzó a trabajar.

Así la encontró Cal tres horas después, completamente absorbida por una cultura tan diferente para ella como la suya lo era para él. Había encendido la lámpara que tenía sobre el escritorio, y su luz enfocaba sus manos.

Unas manos fuertes, eficaces, pensó. Probablemente heredadas de su madre, una artista. Llevabas las uñas cortas y sin pintar y tenía los dedos largos y delgados. Había una cicatriz en la base del dedo pulgar en la que no había reparado anteriormente. Tendría que preguntarle cómo se la había hecho.

Creía que iba a estar agotado al llegar a casa. No físicamente, sino mentalmente, con todos aquellos cálculos y cifras abarrotando su mente. Pero en ese momento, al verla, se olvidó de la fatiga.

Había conseguido, no sabía muy bien cómo, dejar de pensar en ella mientras trabajaba. Había tenido que hacer un esfuerzo deliberado para dejar de pensar, de querer, de necesitar. Y, gracias a eso, había conseguido hacer algunos progresos. Ya estaba completamente seguro de lo que tenía

que hacer para volver a su hogar. Conocía las probabilidades y los riesgos. Y en ese momento, al observarla a ella, era también consciente de los sacrificios.

Pero solo la conocía desde hacía unos días. Era necesario, muy necesario, que se lo recordara. Su vida no estaba allí, con ella. Tenía una casa, una identidad. Tenía una familia, comprendió, a la que quería mucho más de lo que nunca había sabido.

Pero permanecía observándola mientras iban pasando los minutos, absorbiendo cada respiración, cada gesto. La forma en la que el pelo se ondulaba en su cuello, el modo en el que su pie descalzo pateaba con impaciencia el suelo cuando sus manos se detenían. Y el gesto con el que se apartaba el pelo de la cara o apoyaba la barbilla entre las manos para fijar la mirada en la pantalla. Cada uno de esos gestos le resultaba fascinante. Cuando al final pronunció su nombre, lo hizo con voz tensa.

—Libby.

Libby se sobresaltó y giró en la silla para mirarlo. Tras él, el pasillo estaba a oscuras. Cal era solamente una silueta que se apoyaba descuidadamente contra el marco de la puerta. El amor estuvo a punto de asfixiarla.

—No te he oído entrar.

—Estabas muy concentrada.

—Supongo —cuando Cal entró en la habitación, la intensidad de su expresión hizo que Libby lo mirara con el ceño fruncido—. ¿Y tú? ¿Te han ido bien las cosas?

—Sí.

—Pareces enfadado. ¿Ha ocurrido algo malo?

—No —alargó la mano para acariciar su rostro y su mirada se suavizó—. No.

—¿Qué tal han ido esos cálculos?

—Van progresando —la piel de Libby era como la seda, pensó. La sentía cálida bajo sus manos—. De hecho, he adelantado más de lo que esperaba.

—Oh —Cal creyó ver una sombra de tristeza en su mirada, pero su voz era alegre y animada—. Eso es estupendo. ¿Has venido en el aerociclo?

—Sí, lo he dejado en el cobertizo.

Era una pregunta estúpida, pensó Libby. Era imposible que hubiera vuelto caminando. Le habría gustado pedirle que la llevara a volar otra vez mientras la luna se elevaba en el cielo. El viento ya se había levantado, anunciando las próximas lluvias. Sería maravilloso. Pero Cal parecía cansado, y preocupado.

—Bueno, supongo que debes de estar hambriento después de tanto trabajo —miró a su alrededor, como si hasta entonces no hubiera reparado en que había oscurecido—. No sabía que era tan tarde. ¿Por qué no bajamos y preparamos algo de cenar?

—Puedo esperar —le tomó la mano y la hizo levantarse. El ordenador continuaba zumbando, ajeno a los movimientos de ambos—. Podemos bajar más tarde. Me gusta cómo te quedan las gafas.

Riendo, Libby se llevó la mano a las gafas. Cal le atrapó también aquella mano.

—No te las quites —inclinó la cabeza para besarla, como si estuviera haciendo una prueba. El sabor era el mismo. Gracias a Dios. Gran parte de la tensión desapareció—. Te hacen parecer... inteligente y seria.

Aunque el corazón le latía violentamente en el pecho, Libby sonrió.

—Soy inteligente y seria.

—Sí, supongo que sí —deslizó el dedo pulgar por el interior de sus muñecas y sintió su pulso—. El aspecto que tienes ahora me tienta a intentar comprobar hasta qué punto eres una intelectual.

Sin soltarle las manos, se inclinó para besarla. Acarició y mordisqueó sus labios hasta convertir su respiración en un susurro entrecortado.

—¿Libby?

—¿Sí?

—¿Qué puedes decirme sobre los hombres de barro de Nueva Guinea?

—Nada —se estrechó contra él gimiendo ligeramente mientras los labios de Cal continuaban acariciando con la suavidad de una pluma los suyos—. Nada en absoluto. Bésame, Caleb.

—Lo estoy haciendo.

Sus labios navegaban por su rostro, deslizándose en un punto y prolongando su estancia en el siguiente. Libby era como un volcán que despertaba tras haber pasado años y años dormido, listo para dejar que explotara su lava ardiente.

—Acaríciame.

—Ahora mismo.

Nunca era tal y como Libby imaginaba. Cal era capaz llevarla hasta el borde del precipicio con la sola caricia de sus manos. Después, cuando hubo regresado de nuevo a la tierra, comenzó a desnudarla. Le quitó la camisa de franela y los vaqueros mientras permanecían los dos de pie al lado de la cama. Debajo de la camisa, Libby llevaba una sencilla camiseta de tirantes de algodón blanco. A Cal pareció fascinarle. Jugueteó con los tirantes y deslizó los dedos por el escote antes de quitársela por encima de la cabeza. Sus labios nunca se detenían, y tampoco sus manos, que vagaban por su cuerpo para explotar los secretos que ya habían descubierto.

Encantada, delirante, Libby también le quitó el jersey por encima de la cabeza. Le sorprendía que su deseo pudiera haber crecido, superando con mucho lo que había sentido por él la primera vez. Pero después de lo que habían compartido, ya sabía lo que Cal podía darle y había recorrido algunas de las rutas por las que con tanta pericia navegaba él.

Su piel era suave, caliente. Le gustaba recorrer su espalda con las manos y sentir la dureza de sus músculos. El contraste, particularmente masculino, le provocaba una deliciosa debilidad en las piernas. Oía cómo se aceleraba su respiración mientras ella bajaba las manos desde sus hombros hasta su cintura.

Cal la deseaba desesperadamente. Podía sentirlo en su forma de tocarla, en cómo acercaba una y otra vez su boca a la suya para prolongar y profundizar sus besos hambrientos. Lo sentía cuando enredaba la lengua con la suya en una caricia erótica y excitante. Y también cuando lo oía jadear al sentir sus nudillos rozándole el vientre.

Libby había aprendido, pensó Cal en medio de su vértigo. Y había aprendido muy rápidamente. Sus manos, y el delicado movimiento de su cuerpo contra el suyo, lo estaban llevando más allá de la razón. Quería decirle que esperara un momento, que le diera el tiempo que necesitaba para recuperar el control. Pero ya era demasiado tarde. Muy tarde.

La arrastró hasta la cama. El inicial jadeo de sorpresa de Libby se transformó en un erótico gemido de placer. Alargó la mano para acariciarlo, pero se encontró aferrándose a las sábanas mientras él la precipitaba hacia el clímax.

Libby pensaba que sabía lo que era amar. Pero ni siquiera la noche que habían pasado haciendo el amor la había preparado para ello. Cal estaba enloquecido y, en cuestión de segundos, su locura igualó a la suya.

No había caricias delicadas ni una sensual persuasión. Todo era un deseo ardiente y maduro y la necesidad desesperada de satisfacerlo. Como dos almas perdidas, se enredaban entre las sábanas y se ahogaban el uno en el otro.

Una demanda desesperada. Una respuesta febril. Las peticiones susurradas eran para los cuerdos. Aquella noche solo contaban los gemidos ahogados y los suspiros estremecidos. El calor de la pasión que latía en su interior convertía la piel de Libby en seda resbaladiza mientras se deslizaba sobre Cal. Y, cada vez que la boca de Cal encontraba sus labios, ella paladeaba el rico y almizcleño sabor del deseo.

Ya no había nubes aterciopeladas. Aquello era el estallido de una tormenta. Excitante. Eléctrica. Libby casi podía oír el aire cantando a su ritmo. Los truenos parecían retumbar en el interior de su cabeza, en su corazón, batiéndose a un ritmo cada vez más intenso. Tomó aire y rodó sobre Cal para posar la boca contra su cuello, contra su pecho, consciente solamente de aquel sabor oscuro, rico y maravilloso.

Cal nunca tenía suficiente. Por mucho que Libby le diera, necesitaba más y más. No era consciente de que sus dedos se clavaban con dureza en su piel, arañándola, ni siquiera cuando sus labios seguían el camino por ellos trazados. Podía verla bajo la luz de la lámpara, veía su piel resplandeciente y su cabeza inclinada hacia atrás, vencida por el peso del placer. Sus ojos eran oro, como monedas antiguas, oscuras. El tributo para una diosa. Pensaba en Libby como si fuera una diosa, mientras ella se elevaba sobre él con el cuerpo curvado como un arco y la luz proyectando un aura alrededor de su pelo.

Pensó que moriría por ella, pensó que moriría sin ella. Y en ese momento Libby lo hizo hundirse dentro de sí, profunda, completamente. Unieron sus manos.

A partir de entonces, Cal ya no fue capaz de pensar nada en absoluto.

Cal la abrazaba con fuerza después de que ambos hubieran dejado de temblar. Intentó recordar lo que había hecho, lo que había hecho Libby, pero todo era un torrente borroso de sentimientos y sensaciones que habían rozado la violencia. Temía haberle hecho daño, y que, habiéndose enfriado ya su mente y su cuerpo, Libby quisiera alejarse de él.

—¿Libby?

Su única respuesta fue un ligero movimiento de la cabeza que descansaba apoyada en su pecho. Uno de los placeres más grandes para Libby era sentir el corazón de Cal latiendo bajo su mejilla.

—Lo siento —le acariciaba el pelo, preguntándose si sería ya demasiado tarde para la ternura.

Libby abrió los ojos. Incluso aquel esfuerzo le resultaba excesivo en aquel momento. Sintió un destello de duda que luchó por ignorar.

—¿Eres tú?

—Sí. No sé lo que me ha pasado. Nunca había tratado así a ninguna mujer.

—¿Ah no? —Cal no podía ver la sonrisa que curvaba sus labios.

—No —con recelo, preparándose para soltarla si Libby lo rechazaba, alzó la cabeza—. Me gustaría poder resarcirte... —empezó a decir. Pero entonces vio el brillo que iluminaba sus ojos, y comprendió que no eran las lágrimas, sino la risa la que lo provocaba—. Estás sonriendo.

—¿Cómo piensas resarcirme? —preguntó Libby, besando el vendaje de su frente.

—Creía que te había hecho daño.

La hizo tumbarse boca arriba y la miró atentamente. Libby continuaba sonriendo y sus ojos estaban rebosantes de aquellos secretos milenarios que solo las mujeres comprendían.

—Pero parece que no.

—No has contestado a mi pregunta —se estiró, no porque pretendiera tentarlo, sino porque se sentía tan satisfecha como un gato bajo el sol—. ¿Cómo piensas resarcirme?

—Bueno...

Cal miró la cama deshecha y después bajó la mirada hacia el suelo. Alargó la mano y tomó las gafas caídas de Libby. Agarrándolas por una patilla, las giró en la mano y sonrió.

—Ponte esto y te lo demostraré.

9

Libby estaba prolongando la segunda taza de café de la mañana, preguntándose si estar enamorada estaría directamente relacionado con la dificultad para enfrentarse al hecho de que tenía que pasarse el día encerrada frente a la pantalla del ordenador. Reconocía los mismos síntomas de dilación en Cal. Estaba sentado frente a ella, picoteando lo que había quedado del desayuno de Libby tras haber dado cumplida cuenta del suyo.

Más que intentando postergar el momento de irse, se dijo, lo que Cal parecía era preocupado. Como el día anterior al llegar de la nave. Y como le había parecido cuando se habían quedado dormidos. Durante la noche y esa misma mañana, Libby había tenido en más de una ocasión la sensación de que Cal estaba a punto de decirle algo. Algo que ella temía oír.

Quería encontrar el valor para animarlo, para restar importancia a su marcha. El amor, pensó con un suspiro, la estaba volviendo loca.

La lluvia había llegado, era como un largo y quedo rocío que se había prolongado durante casi toda la mañana. En aquel momento, con el sol, la luz era suave, etérea, y había enormes manchas de humedad en el suelo.

Era un buen día para buscar excusas, para dar paseos por el bosque o hacer el amor bajo la colcha. Pero pensar en ese tipo de cosas, se recordó Libby, no iba a ayudar a Cal a regresar a su casa.

—Deberías ponerte a trabajar —le comentó sin mucho entusiasmo, acompañando sus palabras con un suave codazo.

—Sí.

Pero Cal prefería quedarse allí sentado, ignorando la realidad. Aun así, se levantó, le dio un beso y se dirigió hacia la puerta. Cuando la abrió, entraron en la cocina los cantos de los pájaros.

—Había pensado en tomarme un descanso esta tarde. Quizá vuelva a la hora del almuerzo. Me temo que ya no puedo soportar la comida que tengo en la nave.

En realidad, lo que no podía soportar era estar lejos de ella. Pero Libby sonrió, aceptando sus palabras.

—De acuerdo —el día ya le parecía más luminoso—. Si no me estoy matando en la cocina, me encontrarás trabajando en el piso de arriba.

Parecía tan normal, pensó Libby cuando Cal cerró la puerta tras él, despedirse por la mañana con un beso y hacer planes para la hora del almuerzo. Probablemente fuera lo mejor, decidió,

después de llenar la taza y subir con ella al piso de arriba. Desde luego, había pocas cosas más en su relación que pudieran considerarse normales.

Trabajó hasta la tarde, culpando de sus nervios a la cafeína. No quería atribuirlo al hecho de que Cal parecía demasiado callado y pensativo aquella mañana. Los dos tenían muchas cosas en las que pensar. Y, se recordó, Cal regresaría pronto. Y como ya se había convertido en un hábito del que pronto tendría que olvidarse, decidió interrumpir su trabajo y bajar a preparar algo especial para el almuerzo. Cuando llegó al final de las escaleras, oyó un coche.

Las visitas a la cabaña no eran raras, sino completamente inexistentes. Enfadada y sorprendida a partes iguales, abrió la puerta principal.

—Oh, Dios mío —en aquel momento fue todo sorpresa, con una saludable dosis de aprensión—. ¡Mamá, papá!

Y a partir de entonces todo fue amor. Oleadas y oleadas de amor mientras corría para recibir a sus padres. Ambos se bajaron de una pequeña y desvencijada camioneta.

—Liberty.

Caroline Stone saludó a su hija con una carcajada y un dramático abrazo. Iba vestida casi igual que Libby, con unos vaqueros viejos y un jersey que le llegaba a las caderas. Pero mientras el jersey de Libby era solo de color rojo, el de Caroline era una sinfonía de colores que ella misma había tejido. Llevaba dos pendientes negros, en la misma oreja, y una gargantilla en el cuello.

Libby besó a su madre en la mejilla.

—¡Mamá! ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Antes vivíamos en esta casa —le recordó a Libby, y la besó otra vez, mientras William se acercaba con una enorme sonrisa.

Allí estaban dos de las tres mujeres más importantes de su vida. Y aunque pertenecían a distintas generaciones, advirtió con orgullo que su mujer apenas parecía mayor que su hija. El color de su pelo y su complexión eran tan similares que a menudo las confundían con hermanas.

—¿Y yo qué soy? —preguntó—. ¿Parte del decorado?

Hizo girar a Libby y se fundió con ella en uno de sus enormes abrazos.

—Mi pequeña —dijo, y le dio un sonoro beso en la mejilla—. La científica.

—Mi papá... —respondió ella en el mismo tono—. El ejecutivo.

William hizo una mueca.

—No creas que así vas a engatusarme. Y ahora, déjame verte.

Sonriendo, Libby examinó atentamente a su padre. Todavía llevaba el pelo demasiado largo para parecer un hombre conservador, aunque algunas hebras plateadas aclaraban sus rizos y su barba. Ambos eran cuidados por un barbero con acento francés, pero en poco más había cambiado William Stone. Continuaba siendo el hombre que Libby recordaba, el hombre que cuando era muy niña la llevaba sujeta a la espalda, como los indios americanos, a través del bosque.

Era alto y él se consideraba también fibroso. Las piernas y los brazos, largos y delgados, le daban un aspecto larguirucho. Tenía el rostro delgado, de mejillas hundidas y pómulos marcados. Sus ojos, de un gris profundo, prometían honestidad.

—¿Bueno? ¿Qué te parece? —le preguntó Libby con descaro.

—No está mal —le pasó el brazo por los hombros a su esposa. Continuaban como siempre habían estado: unidos—. Creo que con las primeras dos hicimos un buen trabajo, Caro.

—Hicisteis un trabajo excelente —lo corrigió Libby. Y de pronto se interrumpió—. ¿Las dos primeras?

—Sunbeam y tú, amor —con una sonrisa, Caroline buscó en la parte trasera de la camioneta—. ¿Por qué no metemos la comida en casa?

—Pero yo... La comida —mordiéndose el labio, Libby observó a sus padres sacar las bolsas de la camioneta. Varias bolsas. Tenía que decirles... algo—. Me alegro tanto de que hayáis venido —gruñó cuando su padre le tendió dos bolsas bastante pesadas—. Y me gustaría... sí, eso es, creo que debería decirlos que no estoy sola.

—Estupendo.

Con aire ausente, William sacó otra bolsa. Se preguntó si su mujer se habría fijado en la bolsa de patatas fritas a la barbacoa que había metido a escondidas. Por supuesto que sí, pensó. Ella nunca pasaba nada por alto.

—Siempre nos ha gustado conocer a tus amigos —añadió.

—Sí, lo sé, pero este...

—Caro, lleva esto dentro. No quiero que cargues más de una bolsa por viaje.

—Papá —como no veía otra forma de hacerlo, Libby le bloqueó el paso a su padre. Cuando oyó que la puerta se abría y se cerraba tras su madre, se mordió el labio—. Creo que debería explicártelo —«¿explicarle qué?», se preguntó.

—Te escucho, Libby, pero estas bolsas pesan bastante —las levantó—. Seguro que es el tofu.

—Es sobre Caleb.

De aquella manera consiguió despertar su atención.

—¿Qué Caleb?

—Caleb Hornblower. Él... está aquí —añadió con un hilo de voz—. Conmigo.

William inclinó la cabeza y arqueó una ceja.

—¿De verdad?

El hombre en cuestión aparcó el aerociclo en el cobertizo y, regañándose, avanzó a grandes zancadas hacia la casa. No había nada malo en tomarse una tarde libre. En cualquier caso, el ordenador continuaría trabajando en su ausencia. Había terminado la mayor parte de las reparaciones y, en un día, dos como mucho, la nave estaría lista para el vuelo.

De modo que, si quería pasar unas horas extras con aquella mujer tan hermosa y excitante, tenía todo el derecho del mundo a hacerlo. Y eso no significaba que estuviera enamorado de ella.

Y el sol giraba alrededor de los planetas.

Maldiciéndose, caminó hacia la puerta trasera de la casa. Y le bastó ver a Libby para sonreír. Aunque en aquel momento solo pudiera ver su pequeño y redondeado trasero mientras buscaba algo en el fondo del frigorífico. Inmediatamente mejoró su humor. Entró sigilosamente y la agarró con firmeza por las caderas.

—Cariño, no consigo averiguar si me gustas más por delante o por detrás.

—¡Caleb! Aquella exclamación de asombro no procedía de la mujer a la que acababa de volver en sus brazos, sino de la puerta de la cocina. Giró la cabeza y descubrió a Libby mirándolo con los ojos abiertos como platos y con las manos llenas de bolsas marrones. A su lado había un hombre alto y delgado que lo miraba con evidente desagrado.

Lentamente, Caleb se volvió y comprobó que la mujer a la que estaba abrazando era tan atractiva, aunque algo mayor, como la mujer con la que él pretendía encontrarse.

—Hola —lo saludó ella con una hermosa sonrisa—. Tú debes de ser el amigo de Libby.

—Sí —se aclaró la garganta—. Debo de ser yo.

—Y supongo que no te importará soltar a mi esposa —le dijo William—. Aunque solo sea para que pueda cerrar el frigorífico.

—Le suplico que me perdone —dio un torpe paso hacia atrás—. Pensaba que era Libby.

—Así que tienes la costumbre de agarrar a mi hija por...

—¡Papá! —lo interrumpió Libby mientras dejaba las bolsas en la mesa. Si los principios significaban algo, no podía decirse que aquel estuviera siendo muy prometedor—. Este es Caleb Hornblower. Se va a quedar conmigo una temporada. Cal, estos son mis padres, William y Caroline Stone.

Magnífico. Como no creía que pudiera conseguir que sus moléculas reaparecieran en cualquier otro lugar del universo, Cal imaginaba que tendría que enfrentarse a los hechos.

—Encantado de conocerlos —descubrió que el mejor lugar para sus manos eran los bolsillos del pantalón—. Libby se parece mucho a usted.

—Sí, me lo dicen a menudo —Caroline le dirigió otra sonrisa radiante—. Pero nunca de esa forma —deseando ayudarlo a salir del atolladero, le tendió la mano—. Will, ¿por qué no dejas esas bolsas y saludas al amigo de Libby?

William se tomó su tiempo. Quería medir al hombre que tenía frente a él. Bastante atractivo, decidió. Facciones fuertes y mirada firme. El tiempo diría el resto.

—Hornblower, ¿verdad? —pareció complacido con el apretón firme y frío de Cal.

—Sí —era la primera vez que lo pesaban y lo medían desde que se había alistado en las FIE—. ¿Debería disculparme otra vez?

—Con una probablemente sea suficiente —pero William continuaba manteniendo su opinión en la reserva.

—Estaba a punto de hacer la comida —tenía que hacer algo, pensó Libby, para mantener a todo el mundo ocupado hasta que averiguara la mejor forma de resolver aquella situación.

—Buena idea —Caroline sacó una coliflor de una de las bolsas. Buscó la bolsa de patatas y un bote de salchichas picantes que William también había escondido—. Pero la haré yo. ¿Por qué no me echas una mano, William?

—Pero yo...

—Prepara una infusión... —sugirió.

—Me encantaría tomar una infusión —añadió Libby, sabiendo que era la mejor forma de llegar al corazón de su padre. Agarró a Cal de la mano—. Ahora volvemos.

En cuanto llegaron a la sala, se volvió hacia él.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—¿Sobre qué?

Con un sonido de disgusto, Libby caminó hacia la chimenea.

—Tendré que decirles algo. Y, obviamente, no puede ser que acabas de llegar del siglo XXIII.

—No, preferiría que no se lo dijeras.

—Pero nunca les he mentado —Libby se volvió y empujó con el pie un tronco que se salía de la chimenea—. No puedo.

Cal se acercó a ella y le tomó la barbilla con la mano.

—Omitir algunos pequeños detalles no es mentir.

—¿Pequeños detalles? ¿Como el hecho de que hayas venido en una nave espacial?

—Por ejemplo.

Libby cerró los ojos. Sería divertido... Quizá al cabo de cinco, o diez años.

—Hornblower, esta situación ya es suficientemente embarazosa sin necesidad de que tengamos que añadir tu lugar... y tu época de procedencia.

—¿Qué situación?

Libby tuvo que hacer un esfuerzo para no rechinar los dientes.

—Mis padres están en esta casa y tú y yo somos... —hizo un gesto circular con la mano.

—Amantes.

—¿Quieres hacer el favor de bajar la voz?

Con expresión de infinita paciencia, Cal posó las manos en sus hombros.

—Libby, probablemente lo han averiguado en el momento en el que he estado a punto de besar a tu madre junto al frigorífico.

—Acerca de eso...

—Pensaba que eras tú.

—Lo sé, pero...

—Libby, ya sé que no ha sido la forma más tradicional de conocer a tus padres, pero creo que, de los cuatro, yo he sido el más sorprendido.

Libby no pudo evitar una carcajada.

—Quizá.

—Puedo asegurártelo. Entonces, creo que podríamos ir pensando en el siguiente paso.

—¿Que es?

—La comida.

—Hornblower —con un suspiro, apoyó la cabeza en su pecho. Era una pena que esa fuera una de las cosas que más le gustaban de él: su capacidad para apreciar las cosas sencillas—. Me gustaría poder meterte en la cabeza que esta es una situación delicada. ¿Qué vamos a hacer? —esperó un instante—. Dios mío, me entran ganas de estrangularte.

—Ahora eres tú la que está hablando alto —enmarcó su rostro con las manos y lo alzó hacia el suyo—. En cualquier caso, creo que lo mejor será que pasemos a la acción.

Libby ni siquiera protestó cuando Cal bajó los labios hacia los suyos. En realidad, todo era como una especie de sueño. Y seguramente, si aquel era su sueño, conseguiría que todo saliera bien.

Oyó una tos alta e irritada tras ella. Libby se separó precipitadamente de Cal y miró a su padre.

—Ah...

—Tu madre dice que la comida ya está lista —aunque odiaba actuar de una forma tan predecible, William le dirigió a Cal una última mirada antes de regresar a la cocina.

Una vez allí, William miró a su esposa con el ceño fruncido.

—Ese hombre siempre tiene las manos encima de alguna de mis mujeres.

—De alguna de tus mujeres —Caroline dejó escapar una larga y fuerte carcajada—. Pues la verdad, Will —echó la cabeza hacia atrás, haciendo tintinear sus pendientes—, tiene unas manos

muy bonitas.

—¿Estás buscando problemas? —con una mano, la atrajo hacia él.

—Siempre —le dio un cariñoso y provocativo beso antes de volverse hacia el marco de la puerta—. Siéntate —dijo, compartiendo su radiante sonrisa con Cal—. Compartiremos la ensalada.

Había dispuesto cuatro cuencos sobre una de sus esterillas. En el centro de la mesa, había una fuente con una mezcla de verduras y hierbas con el sorprendente añadido de plátanos verdes. Todo salpicado con copos de trigo y esperando a ser aderezado con una salsa de yogur. Libby miró con nostalgia el beicon y el tomate de los sándwiches que pensaba preparar.

—Entonces, Cal... —Caroline le pasó un cuenco—, ¿tú también eres antropólogo?

—No, soy piloto —dijo, justo en el momento en el que Libby anunciaba:

—Camionero.

Libby musitó algo mientras Cal se servía tranquilamente la ensalada.

—Transporto mercancías —explicó, complacido de poder satisfacer el deseo de Libby de ser fiel a la verdad—. Por eso Libby se imagina que soy una especie de camionero aéreo.

—Así que vuelas —William tamborileó sus dedos largos y delgados en la mesa.

—Sí. Es lo que siempre he querido hacer.

—Debe de ser muy emocionante —Caroline se inclinó hacia él, siempre dispuesta a dejarse fascinar por cualquier cosa—. Sunbeam, nuestra otra hija, está recibiendo lecciones de vuelo. Quizá puedas darle algunos consejos.

—Sunny siempre está recibiendo clases de algo —había diversión y cariño en la voz de Libby mientras le tendía a su madre la ensalada—. Todo se le da bien. Aprendió a tirarse en paracaídas y decidió que el siguiente paso era aprender a pilotar ella misma el avión.

—Parece sensato —Cal miró a Caroline.

Caroline Stone, pensó, y no por primera vez. Un genio del siglo XX. Para él no habría sido más asombroso estar compartiendo una comida con Vincent Van Gogh o Voltaire.

—Esta ensalada está riquísima, señora Stone.

—Llámame Caroline. Gracias.

Caroline miró de reojo a su marido, consciente de que él habría preferido las salchichas, las patatas fritas y una cerveza. Después de veinte años de convivencia, todavía no había conseguido convertirlo. Pero nunca había dejado de intentarlo.

—Tengo la convicción de que una nutrición adecuada sirve para mantener la mente clara y abierta —comenzó a decir—. Hace poco leí que el ejercicio y la dieta están directamente vinculados con la posibilidad de prolongar la vida. Si nos cuidáramos bien, podríamos vivir más de cien años.

Al advertir la expresión de Cal, Libby le dio una patada por debajo de la mesa. Tenía la sensación de que estaba a punto de explicarle a su madre que en el siglo XXIII, la gente superaría esa marca regularmente.

—¿De qué sirve vivir tanto si tienes que comer hojas y hierbas? —empezó a decir Will, pero advirtió que su mujer lo estaba mirando con los ojos entrecerrados—. Y eso no quiere decir que esas hojas no estén riquísimas.

—Podrás tomar un dulce de postre —se inclinó para darle un beso en la mejilla. Las seis pulseras que llevaba en la mano tintinearón cuando le tendió la fuente a Cal por segunda vez—.

¿Quieres más?

—Sí, gracias —se sirvió una nueva ración. A Libby nunca dejaba de sorprenderle su apetito—. Admiro su obra, señora Stone.

—¿De verdad? —le complacía enormemente que se lo dijera, porque nadie se había referido nunca a sus tejidos como a «su obra»—. ¿Tienes alguna pieza?

—No, están fuera de mi alcance —le contestó, recordando el tapiz que había visto tras un cristal en el Smithsonian.

—¿De dónde eres, Hornblower?

Cal desvió su atención hacia el padre de Libby.

—De Filadelfia.

—Supongo que, con tu trabajo, debes de viajar mucho.

Cal no se molestó en disimular una sonrisa.

—Más de lo que se imagina.

—¿Tienes familia?

—Mis padres y un hermano que todavía están... en el este.

A pesar de sí mismo, William empezó a relajarse. Había algo particular en la voz de Cal, en su mirada, cuando hablaba de su familia.

Aquello ya era más que suficiente, decidió Libby. Empujó el cuenco a un lado, tomó su taza de té con ambas manos, se recostó en la silla y miró a su padre.

—Si tienes un formulario a mano, estoy segura de que Cal lo rellenará encantada. Así también podrás saber su fecha de nacimiento y su número de la seguridad social.

—Estás un poco quisquillosa, ¿verdad? —comentó Will por encima de su tenedor.

—¿Que yo estoy un poco quisquillosa?

—No te disculpes —Will le palmeó la mano—. Todos lo estamos. Y dime, Cal, ¿a qué partido está afiliado tu padre?

—¡Papá!

—Solo estaba bromeando —con una sonrisa lobuna, estiró el brazo para sentar a Libby en su regazo—. Nació en esta casa, ¿sabes?

—Sí, me lo contó —Cal observó a Libby rodear el cuello de su padre con el brazo.

—Solía jugar desnuda en la hierba mientras yo trabajaba en el huerto.

Casi a su pesar, Libby soltó una carcajada, mientras cerraba amenazadora la mano en el cuello de su padre.

—Eres un monstruo.

—¿Puedo preguntarle qué le parece Dylan?

Libby negó con la cabeza.

—No.

—¿Bob Dylan o Dylan Thomas? —preguntó Cal, ganándose una mirada recelosa de William y otra de sorpresa de Libby, que casi inmediatamente se acordó de su afición por la poesía.

—Sobre los dos —decidió William.

—Dylan Thomas es brillante, pero deprimente. Prefiero leer a Bob Dylan.

—¿Leer?

—Las letras de las canciones, papá. Y ahora que eso ya está aclarado, ¿por qué no me cuentas el motivo por el que estás aquí, en vez de estar volviendo locos a tus directores?

—Quería ver a mi hijita.

Libby lo besó, porque sabía que en parte era verdad.

—Te vi cuando volviste del sur del Pacífico. Inténtalo otra vez.

—Y también quería que Caro tomara un poco de aire fresco —le dirigió a su mujer una mirada rebotante de orgullo—. Ambos pensamos que este ambiente va muy bien durante los dos primeros meses, así que hemos decidido probarlo otra vez.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Estoy hablando de que este lugar es estupendo en la condición en la que se encuentra tu madre.

—¿La condición de mi madre? ¿Estás enferma? —Libby se levantó y tomó la mano de su madre—. ¿Qué te pasa?

—Will, siempre tienes que andarte con rodeos. Lo que tu padre está intentando decirte es que estoy embarazada.

—¿Embarazada? —Libby sintió que se le debilitaban las rodillas—. ¿Pero cómo?

—¿Y tú te llamas científica? —murmuró Cal, haciendo reír por primera vez a Will.

—Pero...

Demasiado aturdida para decir nada, Libby miraba alternativamente a sus padres. Eran jóvenes, apenas tenían algo más de cuarenta años, y ambos eran personas muy vitalistas. Sabía que no era nada fuera de lo normal que las parejas tuvieran hijos a los cuarenta. Pero eran sus padres...

—Vais a tener un bebé. No sé qué decir.

—Intenta felicitarnos —le sugirió Will.

—No. Sí, quiero decir. Necesito sentarme —y lo hizo, pero entre las dos sillas de sus padres. Descubrió que con sentarse no le bastaba y tomó aire varias veces.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Caroline.

—Estoy completamente desconcertada —alzó la mirada y estudió el rostro de su madre—. ¿Y tú, cómo te encuentras tú?

—Como si tuviera dieciocho años... Aunque he conseguido quitarle a Will de la cabeza la idea de que diera a luz en la cabaña, como hice contigo y con Sunny.

—Esta mujer ha perdido sus valores —musitó Will, aunque la verdad era que había sido un gran alivio para él que Caroline hubiera insistido en dar a luz en un hospital—. Bueno, Libby, ¿qué te parece?

Libby se puso de rodillas para poder abrazarlos a los dos.

—Creo que deberíamos celebrarlo.

—En eso me he adelantado —Will se levantó, se acercó al refrigerador y sacó una botella—. Zumo de manzana con burbujas.

Descorcharon la botella con una pequeña explosión, tan festiva como la del champán. Brindaron por el bebé, por Sunny, que no podía estar con ellos, por el pasado y por el futuro. Cal se unió a ellos, dejándose envolver por su alegría. Aquella era otra de las cosas que el tiempo no había cambiado: la alegría que producía la llegada al mundo de un bebé deseado.

Él nunca había pensado muy en serio en fundar una familia. Siempre había sabido que cuando llegaran el momento y la mujer indicados, el resto caería por sí solo. En ese momento, se

descubrió a sí mismo imaginándose lo que sería poder brindar con Libby por el nacimiento de su propio hijo.

Un pensamiento peligroso. Imposible. Ya solo le quedaban unos días a su lado. Unas horas quizá. Y para formar una familia, se necesitaba toda una vida.

Y mientras sentía el anhelo de esa vida, al ver a los padres de Libby juntos, se acordó de su propia familia. ¿Estarían mirando al cielo, preguntándose dónde y cómo estaba? Si al menos pudiera hacerles saber que estaba a salvo...

—¿Cal?

—¿Hum? ¿Qué? —pestañeó y advirtió que Libby lo estaba mirando fijamente—. Lo siento.

—Estaba diciendo que deberíamos encender la chimenea.

—Claro.

—Uno de mis rincones favoritos en la cabaña es el que está frente a la chimenea —Caroline tomó a William del brazo—. Me alegro tanto de que hayamos venido a pasar la noche...

—¿La noche? —repitió Libby.

—Íbamos de camino a Carmel —decidió Caroline, y le apretó suavemente el brazo a su esposo, antes de que pudiera decir nada—. Estoy deseando dar una vuelta por la costa.

—Lo que estaba deseando era tomarse una hamburguesa de queso con brotes de alfalfa —repuso William—. Fue entonces cuando comprendí que estaba embarazada.

—Y estar embarazada me da derecho a echarme una siesta —Caroline le dirigió a su marido una sonrisa—. ¿Por qué no subes a arroparme?

—A mí también me apetece dormir un rato —le pasó el brazo por los hombros y comenzaron a subir—. ¿Carmel? Lo último que había oído era que íbamos a pasar una semana aquí. ¿Desde cuándo se supone que vamos a ir a Carmel?

—Desde que cuatro son multitud.

—Es posible, pero todavía no he decidido si me gusta la idea de dejar a Libby con él.

—A ella le gusta.

Caroline se adentró en el dormitorio e inmediatamente fluyeron los recuerdos. Las noches que allí habían compartido, las mañanas. Habían hecho el amor en aquella cama, habían tenido discusiones políticas y habían imaginado mil formas de salvar el mundo. Allí había reído, llorado y dado a luz a sus hijas. Se sentó al borde de la cama y acarició la colcha. Casi podía oír el rumor de los recuerdos.

Will, con las manos en los bolsillos del pantalón, se acercó a la ventana.

Carol sonrió tras él, recordando cómo era a los dieciocho años. Más delgado, recordó, más idealista todavía... e igualmente maravilloso. Siempre habían adorado aquel lugar en el que podían ser niños y en el que habían tenido a sus hijas. Cuando las cosas habían cambiado, nunca habían perdido de vista quiénes eran y cuáles eran sus orígenes. Caroline entendía perfectamente a Will. Oía sus pensamientos como si estuvieran discurriendo en su propia cabeza.

—Piloto de carga —musitó Will—. ¿Y qué demonios de apellido es ese de Hornblower? Hay algo extraño en él, Caro. No sé lo que es, pero hay algo que me suena a falso.

—¿No confías en Liberty?

—Por supuesto que sí —se volvió hacia ella, ofendido—. Es en él en quien no confío.

—Ah, el eco del tiempo —Caroline se llevó la mano a la oreja—. Esas palabras son las mismas que dijo una vez mi padre hablando de ti.

—A tu padre no se le daba nada bien juzgar a las personas —musitó Will y se volvió de nuevo hacia la ventana.

—A pocos hombres se les da bien cuando tienen que juzgar a los hombres que sus hijas eligen. Te recuerdo diciéndole a mi padre que yo sabía perfectamente lo que hacía. Veamos, ¿esa fue la primera o la segunda vez que mi padre te echó de casa?

—Creo que me lo dijo las dos veces —Will no pudo menos que sonreír—. Te dijo que volverías en menos de seis meses y que yo terminaría vendiendo margaritas en una esquina de cualquier calle. Qué ridiculez, ¿verdad?

—Eso fue hace casi veinticinco años.

—No hace falta que me lo restriegues por la nariz —se frotó la barba—. ¿No te molesta que estén aquí... juntos?

—¿Te refieres a que sean amantes?

—Sí —volvió a hundir las manos en los bolsillos—. Es nuestra pequeña.

—Recuerdo que tú me explicaste en una ocasión que hacer el amor era la expresión más natural de amor y confianza entre dos personas. Que los prejuicios sobre el sexo tendrían que ser erradicados si el mundo quería llegar alguna vez a disfrutar de una verdadera paz.

—Yo no dije eso.

—Claro que sí. Estábamos en el asiento trasero de tu coche, y todas las ventanas estaban empañadas, por cierto.

William no pudo dejar de sonreír.

—Supongo que funcionó.

—Desde luego, principalmente porque para entonces yo ya había decidido que eras el único hombre al que quería. Eras el primer y único hombre del que me había enamorado, Will, así que sabía que tenía razón —le tendió la mano y esperó a que su marido se la tomara—. Ese hombre que está en el piso de abajo es el único hombre del que Libby se ha enamorado. Estoy convencida de que ella sabe que está haciendo lo que debe —Will comenzó a protestar, pero Caroline le tiró de la mano—. Nosotros las hemos educado siguiendo el dictado de nuestros corazones, ¿y crees que hemos cometido algún error?

—No —posó la mano extendida en el vientre de su esposa—. Y haremos lo mismo con este.

—Tiene unos ojos muy bonitos —dijo Caroline suavemente—. Cuando la mira, parece reflejarse su corazón en ellos.

—Siempre has sido una romántica. Por eso conseguí atraparte.

—Y retenerme a tu lado —musitó Caroline contra sus labios.

—Exacto —William jugueteó con el borde del jersey de su esposa, sabiendo lo fácil que sería deslizarlo por encima de su cabeza y lo que encontraría debajo—. En realidad no quieres dormir, ¿verdad?

Con una carcajada, Caroline se echó hacia atrás y ambos terminaron tumbados en la cama.

—Es tan raro —Libby se dejó caer en la hierba, al lado del arroyo—. Pensar que mis padres van a tener otro hijo. Parecen felices, ¿verdad?

—Mucho —Cal se sentó a su lado—. Excepto cuando tu padre me mira con el ceño fruncido.

Libby soltó una carcajada y posó la cabeza en su hombro.

—Lo siento. Normalmente es un hombre muy amable.

—Tendré que fiarme de ti —tomó una brizna de hierba.

En realidad, apenas importaba que contara o no con la aprobación del padre de Libby. Cal pronto saldría de su vida, y de la de Libby, para siempre.

Libby adoraba estar al lado del agua, viéndola correr sobre las piedras. La hierba crecía larga y suave, salpicada por diminutas florecillas azules. En verano, saldría la dedalera, que crecería hasta la altura de un ser humano y se inclinaría sobre el arroyo con sus campanillas violetas o blancas. Habría azucenas y aguileñas. Al atardecer, los ciervos se acercarían a beber al arroyo, y de vez en cuando, algún oso caminaría tambaleante hasta allí con intención de pescar.

Libby no quería pensar en el verano, sino en el presente, cuando el aire era fresco, y el agua, clara y cristalina, sabía a viento. Las ardillas corrían por el bosque. Cuando eran niñas, ella y Sunny les daban de comer en sus propias manos.

Cada vez que viajara, a islas remotas o desiertos lejanos, siempre recordaría aquellos años de su vida. Y siempre daría las gracias por ellos.

—Va a ser un bebé muy afortunado —murmuró. De pronto sonrió, al reparar en algo que no se le había ocurrido hasta entonces—. Pensar que después de tantos años voy a tener un hermanito...

Cal pensó en su hermano, Jacob, en su carácter colérico y su mente astuta e inquieta.

—Siempre quise tener una hermana.

—Eso es algo fácil de decir. Pero después siempre son más guapas que tú.

Cal se tumbó en la hierba.

—Me gustaría conocer a tu hermana. ¡Ay! —se frotó la mano que Libby acababa de pellizcarle.

—Concéntrate en mí.

—Eso es lo único que parezco capaz de hacer —apoyó el brazo al lado de su cabeza y estudió su rostro—. Tengo que regresar un rato a la nave.

Libby intentó apartar la tristeza de sus ojos. Le había resultado demasiado fácil fingir que no había nave, que no había futuro.

—No he tenido oportunidad de preguntarte cómo han ido las cosas.

«Demasiado rápidas», pensó Cal.

—Sabré más cuando compruebe los datos que ha obtenido el ordenador. ¿Puedes inventar una excusa para tus padres, por si se despiertan antes de que haya vuelto?

—Les diré que has ido a meditar. Seguro que a mi padre le encantará.

—De acuerdo. Entonces, esta noche... —bajó la cabeza y le dio un beso—. Me concentraré en ti.

—Concentrarte va a ser lo único que vas a poder hacer —le rodeó el cuello con los brazos—. Porque vas a dormir en el sofá.

—Voy a dormir en el sofá.

—Definitivamente.

—En ese caso... —se deslizó a su lado.

Más tarde, durante la noche, cuando el fuego ardía en la chimenea y la casa estaba en silencio, Cal permanecía solo y completamente vestido en el sofá. Sabía cómo regresar. O al menos, sabía

cómo había llegado hasta allí y dónde y cuándo revertir el proceso.

Con unas cuantas reparaciones, básicamente innecesarias, estaría preparado para marcharse. Técnicamente estaría preparado, sí. Pero sentimentalmente... Nada había estado tan cerca de desgarrarlo en dos.

Si Libby le pidiera que se quedara... Dios, temía que lo hiciera porque de aquella forma rompería el equilibrio del tira y afloja que lo estaba destrozando. Pero Libby jamás le pediría que se quedara. De la misma forma que él nunca le pediría que se fuera con él.

Quizá cuando volviera a su mundo y ofreciera los datos que su extraño viaje le había permitido obtener, encontrara una forma menos peligrosa para conquistar el tiempo. Y quizá entonces podría volver.

Giró la cabeza y fijó la mirada en el fuego. Solo eran fantasías. Libby era capaz de enfrentarse a los hechos. Y también lo sería él.

Creyó oírla bajar por las escaleras. Pero cuando miró hacia allí, descubrió a William.

—¿Problemas para dormir? —le preguntó a Cal.

—Algunos, ¿y usted?

—Siempre me ha gustado esta cabaña por la noche —como amaba a su hija, William estaba decidido a hacer un esfuerzo para mostrarse, si no amistoso, al menos civilizado—. El silencio y la oscuridad —se interrumpió para añadir otro tronco a la chimenea. Saltaron chispas que al momento se apaciguaron—. Nunca me habría imaginado viviendo en otro lugar.

—Yo tampoco me habría imaginado nunca viviendo en un lugar como este, o pensando que sería tan difícil dejarlo.

—Un largo viaje desde Filadelfia.

—Muy largo.

William reconocía la melancolía cuando la oía. Y la había cortejado durante su juventud, confundiéndola con el romanticismo. Relajándose un poco, tomó la botella de *brandy* y dos copas.

—¿Quieres una copa?

—Sí, gracias.

William se sentó en una de las sillas y estiró las piernas.

—Solía sentarme aquí a intentar comprender el sentido de la vida.

—¿Y alguna vez lo comprendió?

—A veces lo entendía, a veces no.

De alguna manera, todo era mucho más fácil cuando sus preocupaciones eran la paz mundial y la transformación del mundo. En ese momento, que el cielo lo ayudara, estaba ya cerca de los cincuenta, en una etapa de la vida que siempre había considerado gris y lejana. Le recordaba que alguna vez había sido un hombre joven, mucho más joven que el hombre que tenía en aquel momento frente a él, con la cabeza llena de nubarrones y una mujer en la mente. Los tiempos estaban cambiando, pensó con ironía, y giró el *brandy* en su copa.

—¿Estás enamorado de Libby?

—Me estaba haciendo a mí mismo esa pregunta.

William tomó un sorbo de *brandy*. Prefería el reflejo de la duda y la frustración que había en sus palabras a una respuesta excesivamente desenvuelta. Él siempre había sido demasiado locuaz. No le extrañaba que el padre de Caroline lo hubiera detestado.

—¿Y has encontrado alguna respuesta?

—Ninguna que me resulte cómoda.

William asintió y alzó su copa.

—Antes de conocer a Caro, estaba pensando en unirme a los Cuerpos de Paz o meterme en un monasterio tibetano. Ella acababa de salir del instituto. Y su padre quería matarme.

Cal sonrió radiante. Estaba empezando a disfrutar del *brandy*.

—Esta tarde ha habido un momento en el que he agradecido que no tuviera un arma cerca.

—Al ser pacifista por naturaleza, nunca voy a pasar de los pensamientos a los hechos —le aseguró William—. El padre de Caro todavía no se ha quitado esa idea de la cabeza. Estoy deseando decirle que su hija ha vuelto a quedarse embarazada —saboreaba satisfecho la idea.

—Libby está deseando tener un hermano.

—¿Eso te ha dicho? —sonrió, deleitándose en la idea de tener un hijo—. Ella fue la primera. Cada hijo es un milagro, pero el primero... Supongo que es algo que nunca se supera.

—Para mí, Libby también es un milagro. Ha cambiado mi vida.

La mirada de William se endureció. Hornblower podía no darse cuenta de que estaba enamorado, pensó, pero había pocas dudas al respecto.

—A Caro le gustas —comentó—. Ella siempre ha sabido ver en el corazón de las personas. Yo solo quería decirte que Libby no es tan fuerte como parece. Ten cuidado con ella.

Se levantó, temiendo estar a punto de comenzar a pontificar.

—Intenta dormir —le aconsejó—. Caro piensa levantarse al amanecer para preparar tortitas integrales y yogur de kiwi —hizo una mueca. En su corazón, siempre continuaría añorando los huevos y el beicon en el desayuno—. Has ganado muchos puntos devorando ese estofado de tofu.

—Estaba delicioso.

—No me extraña entonces que le gustes —se detuvo al pie de la escalera—. ¿Sabes? Tengo un jersey igual que el tuyo.

—¿De verdad? —Cal no fue capaz de reprimir una sonrisa—. Qué pequeño es el mundo.

10

—Sabía que te levantarías temprano —Libby salió fuera para reunirse con su madre.

—No tan temprano —suspiró Caroline, enfadada consigo misma por haberse perdido la salida del sol—. Durante los últimos dos meses, me descubro haciendo todo a cámara lenta.

—¿Tienes náuseas matutinas?

—No —sonriendo, Caroline tomó a su hija por la cintura—. Al parecer, mis tres hijos han decidido evitármelas. ¿Alguna vez te he dicho lo mucho que os lo agradezco?

—No.

—Pues te lo agradezco —le dio a Libby un beso en la mejilla y se fijó entonces en las ojeras que rodeaban sus ojos. Comprendiendo que aquel era el momento oportuno para hablar con su hija, señaló hacia los árboles con la cabeza—. ¿Te apetece dar un paseo?

—Sí, me encantaría.

Comenzaron a caminar lentamente. Las pulseras y los pendientes de Caroline tintineaban alegremente. Nada había cambiado, pensó Libby. Los árboles, el cielo y la silenciosa cabaña tras ellas. Y, al mismo tiempo, todo había cambiado. Se apoyó un instante en el hombro de su madre.

—¿Te acuerdas de cuando salíamos a pasear Sunny, tú y yo?

—Me acuerdo paseando contigo —Caroline soltó una carcajada—. A Sunny nunca le gustaba pasear. En cuanto podía, echaba a correr. A ti y a mí nos gustaba pasear lentamente, como lo estamos haciendo ahora.

¿Y cómo sería el bebé que iba a nacer en unos meses?, se preguntó Caroline, emocionada.

—Después recogíamos flores o bayas para que papá pensara que habíamos estado haciendo algo productivo.

—Parece que nuestros dos hombres han decidido dormir hasta tarde hoy.

Libby no respondió y Caroline esperó a que el silencio que había entre ellas volviera a hacerse confortable. El bosque estaba vivo, lleno de sonidos. Desde el susurro de la hierba hasta la llamada de los pájaros en el cielo.

—Me gusta tu amigo, Libby.

—Me alegro. Quería que te gustara —se inclinó para tomar una ramita y la rompió en pedacitos mientras caminaban.

Era un gesto nervioso que Caroline conocía muy bien. Sunny habría estallado abiertamente, pero Libby, siempre tranquila y sensata, hacía todo lo posible por reprimirse.

—Es más importante que te guste a ti.

—Me gusta y mucho —al darse cuenta de lo que estaba haciendo, Libby tiró la rama al suelo—. Es un hombre bueno, alegre y fuerte. El tiempo que he pasado aquí con él ha sido maravilloso. Nunca imaginé que encontraría a alguien que pudiera hacerme sentir lo que me hace sentir él.

—Pero no sonrías cuando lo dices —Caroline acarició el rostro de su hija—. ¿Por qué?

—Esto... solo va a ser algo temporal.

—No lo comprendo. ¿Por qué tiene que ser algo temporal? Si estás enamorada de él...

—Lo estoy... —musitó Libby—. Estoy completamente enamorada de él.

—¿Entonces?

Libby dejó escapar un largo suspiro. Era imposible explicárselo, pensó.

—Cal tiene que volver con su familia.

—¿A Filadelfia? —le preguntó Caroline, sin terminar de comprenderla.

—Sí —apareció una sonrisa en los labios de Libby. Débil y llena de melancolía—. A Filadelfia.

—No entiendo que por eso os tengáis que separar —comenzó a decir su madre. De pronto, se interrumpió y posó la mano en el brazo de su hija—. Oh, cariño, ¿está casado?

—No —Libby se habría echado a reír, pero advirtió la preocupación sincera que reflejaban los ojos de su madre—. No, no es nada de eso. Caleb es un hombre honesto. Es difícil explicarlo, lo único que puedo decirte es que desde el principio sabíamos que tendría que regresar al lugar al que pertenece... Y yo... tendría que quedarme.

—La distancia no tiene por qué impedir que dos personas estén juntas.

—A veces, la distancia es más larga de lo que parece. Pero no te preocupes —se inclinó para darle a su madre un beso en la mejilla—. De verdad, mamá, no cambiaría estos días que he pasado con Cal por nada del mundo. Cuando era pequeña, había un póster en la cabaña, ¿te acuerdas? Decía algo sobre que si querías a alguien, tenías que saber dejarlo marchar. Y que si no volvía a ti, era porque nunca había sido tuyo.

—Nunca me gustó ese póster —murmuró Caroline.

En aquella ocasión fue Libby la que se echó a reír.

—Vamos a recoger flores.

Libby observaba marcharse a sus padres unas horas después. Su padre tras el volante de la camioneta y su madre asomándose a la ventanilla, sin dejar de mover la mano hasta que se perdieron de vista.

—Me gustan tus padres.

Libby se volvió hacia Cal y le rodeó el cuello con los brazos.

—A ellos también les has gustado.

Cal se inclinó para besarla.

—A tu madre quizá.

—Y a mi padre también.

—Si tuviera un año o dos para ganármelo, quizá llegara a gustarle.

—Hoy ya no te ponía mala cara.

—No —frotó su mejilla contra la de Libby mientras pensaba en ello—. Solo me miraba con aire burlón. ¿Qué les has dicho?

—¿Sobre qué?

—Sobre por qué no voy a quedarme aquí, contigo.

—Les he dicho que tenías que volver a tu casa —haciendo un enorme esfuerzo, consiguió que su respuesta sonara natural, despreocupada.

Tan despreocupada que Cal estuvo a punto de soltar una maldición.

—¿Y nada más?

Cal tenía la voz enronquecida por la tristeza, lo que le daba un tono, era consciente de ello, que podía ser confundido con la dureza.

—No se meten en mi vida si no quiero que lo hagan. Pero será más fácil para todos que les diga la verdad.

—¿Que es...?

¿Estaba decidido a ponerle las cosas difíciles? Libby movió los hombros inquieta.

—Que la historia no ha cuajado, tú has tenido que continuar con tu vida y yo he tenido que seguir con la mía.

—Sí, supongo que eso es lo mejor. Una ruptura sin líos ni arrepentimientos.

Irritada, Libby hundió las manos en el bolsillo del pantalón.

—¿Se te ocurre una idea mejor?

—No. La tuya es excelente —se apartó, enfadado consigo mismo y con ella—. Tengo que volver a la nave.

—Lo sé. Pensaba bajar a la ciudad para comprar la cámara y algunas otras cosas. Si vuelvo pronto, iré a buscarte para ver cómo van tus progresos.

—Estupendo.

Pero Cal no estaba dispuesto a dejar que las cosas fueran tan fáciles para Libby cuando él estaba a punto de desgarrarse en dos.

Sin darse tiempo para arrepentirse, la estrechó contra él y devoró su boca.

Y prolongó aquel beso ardiente, tenso, aliñado con el sabor del enfado y la frustración. Libby intentaba contenerse, mantener el equilibrio físico y emocional. No podía, no podía darle lo que Cal parecía necesitar. La rendición total. No se la había pedido hasta entonces. Y no sabía que iba a ser capaz de contenerse con tanta firmeza. Atrapada, no podía relajarse, no podía exigir nada mientras él la devoraba.

Con una larga y posesiva caricia, Cal deslizó la mano por su cuerpo, y descendió después sin disminuir la intensidad de su caricia. Libby podría haber protestado. Había algo en su abrazo que la asustaba, que la debilitaba, que la hacía sentirse abierta y vulnerable, que le hacía experimentar la necesidad de volver a tocar tierra. No había delicadeza en aquel gesto, ni tampoco el deseo urgente que en otras ocasiones Cal había mostrado. No, aquel beso era un castigo. Un castigo brutalmente efectivo.

—Caleb —comenzó a decir, intentando tomar aire cuando la soltó.

—Esto debería darte algo en lo que pensar.

Completamente atónita, Libby lo miró fijamente. Se llevó una mano temblorosa a los labios, todavía tiernos por el beso. Cuando recuperó la respiración, intentó dominar su genio. Pensaría en

ello, de acuerdo. Se metió en la casa, y cerró la puerta violentamente. Minutos después, salió y cerró la puerta de un portazo.

Todo iba a salir perfectamente. Y él se sentía como un diablo. Técnicamente, podría marcharse en menos de veinticuatro horas. Ya había hecho las principales reparaciones y afinado los cálculos estimados. La nave estaba lista. Pero él no. Y a eso era a lo que le tocaba enfrentarse.

Libby parecía preparada para verlo marchar, pensó mientras reparaba una fisura en la estructura interna con el láser. Parecía incluso estar esperando ansiosa el momento. Probablemente estaría en la ciudad, comprando una cámara para poder hacer algunas fotos de recuerdo antes de la despedida. Cal apagó el láser y comprobó el resultado de su trabajo.

¿Por qué demonios tenía que ser tan práctica?

Simplemente porque lo era, se recordó mientras se quitaba los guantes protectores. Y esa era una de las cosas que más admiraba de ella. Era una mujer práctica, cariñosa, tímida e inteligente. Todavía recordaba sus ojos la primera vez que le había dicho que la deseaba. Aquellos ojos pardos, rebosantes de confusión.

Y cuando la había tocado. La había descubierto ardiente y temblorosa. Era tan suave. Tan increíblemente suave. Maldiciéndose para sí, guardó el láser en el compartimento de las herramientas y metió los guantes a su lado antes de cerrar la puerta. No podía imaginarse a un solo hombre en todo el universo que fuera capaz de resistirse a aquellos ojos, o a aquella piel, o a aquella boca llena y sensual.

Eso era parte del problema, admitió mientras merodeaba por la nave. Los hombres no se resistirían. Quizá hasta entonces, Libby no les hubiera prestado atención. Estaba demasiado ocupada con sus libros, su trabajo y sus teorías sobre las tendencias sociales de los seres humanos. Pero cualquier día, se le caerían las gafas, miraría a su alrededor y descubriría que había hombres, hombres de carne y hueso, que le devolvían interesados la mirada. Hombres que podrían hacerle promesas, pensó disgustado. Aunque ni siquiera pretendieran mantenerlas.

Quizá Libby todavía no se había dado cuenta de cuánta pasión, cuánta fuerza albergaba. Pero él había abierto aquellas puertas. Las había abierto, diablos... las había hecho añicos. Y cuando se fuera, otros hombres podrían avivar el fuego que él había encendido.

Pensar en ello lo volvía loco, admitió mientras se mesaba nervioso los cabellos. Completa, desesperadamente loco. Tendrían que encerrarlo en una de esas celdas acolchadas de las que Libby había hablado. No podía soportar la idea de que otro pudiera tocarla. De que pudiera desnudarla.

Con un juramento, atravesó la nave hasta llegar a su cabina y comenzó a poner las cosas en orden. Es decir, a tirarlas por todas partes.

Estaba siendo egoísta e injusto. Pero no le importaba. Era cierto que tendría que aceptar el hecho de que Libby continuaría haciendo su vida, y que su vida incluiría un amante, o varios amantes, pensó apretando los dientes. Un marido quizá, e hijos. Tenía que asumirlo, sí. Pero maldito fuera si le gustaba.

Después de dar una patada en una esquina, hundió las manos en los bolsillos y fijó la mirada en la fotografía de su familia. Sus padres, reflexionó, estudiando cada rasgo de sus rostros como

no lo había hecho jamás en su vida. Habían pasado tres, no, cuatro meses desde la última vez que los había visto. Si no se contaban los siglos.

Eran muy atractivos, gente de aspecto fuerte, a pesar de la expresión ligeramente avergonzada que tenía su padre en aquella fotografía. Siempre le habían parecido satisfechos de sí mismos, seguros de sus vidas y de lo que querían. Le gustaba imaginárselos en casa, a su madre trabajando en algún libro técnico y a su padre silbando entre dientes mientras arreglaba sus flores.

Él había heredado la nariz de su madre. Intrigado, se inclinó para verla más de cerca. Era curioso, hasta entonces no se había fijado. Al parecer, su madre estaba satisfecha con la nariz con la que había nacido y que él había heredado.

Y también Jacob, advirtió, mientras estudiaba la imagen de su hermano. Pero Jacob también había heredado su brillantez. La brillantez no siempre era un regalo, pensó con una sonrisa. Había convertido a Jacob en un hombre exaltado, inquisidor e impaciente. Recordaba a su madre diciendo que J.T., como lo llamaban en la familia, siempre había preferido discutir a respirar.

Cal decidió que probablemente él había heredado el carácter de su padre. Aunque en aquel momento no tenía la sensación de tener un carácter ecuánime.

Con un suspiro, se sentó en la cama.

—Os gustaría —le explicó a la fotografía—. Me gustaría que pudierais conocerla.

Era la primera vez, pensó. Hasta entonces, nunca había tenido la necesidad de llevar a sus compañeras a casa, o buscar la aprobación de su familia. Probablemente, era el resultado de haber pasado el día con los padres de Libby.

Estaba divagando. Se frotó la cara con las manos mientras admitía que estaba perdiendo el tiempo que necesitaba para trabajar con aquellos análisis. Debería haberse ido ya. Pero se había prometido otro día al lado de Libby. Además, estaba también la cápsula del tiempo que quería hacer ella... si todavía quería hablar con él.

Tenía todo el derecho del mundo a estar enfadada después del numerito que le había montado aquella mañana antes de irse. Pero era preferible, decidió mientras se tumbaba. Prefería verla enfadada que sonriendo y urgiéndolo a marcharse. Perezosamente, miró el reloj. Libby debería volver en un par de horas.

De modo que tenía tiempo para echarse una siesta después de la larga y frustrante noche de insomnio que había pasado en el sofá. Conectó el reloj de la mesilla de noche, cerró los ojos y se durmió.

«Idiota», pensó Libby, aferrándose al volante con fuerza mientras maniobraba el Land Rover de camino a casa. «Engreído e idiota», aclaró. Sería mejor que le diera una explicación cuando lo viera otra vez. Por mucho que se había devanado los sesos, no había encontrado ninguna razón que justificara aquel beso furioso y vehemente.

Algo en lo que tenía que pensar.

Pues bien, ya había pensado en ello, se recordó mientras recorría la estrecha y accidentada carretera. Y continuaba enfureciéndola. Y todavía no le encontraba el sentido. Se acordó una vez más de la vecina que tenía en Portland, casada en dos ocasiones, que siempre proclamaba que lo que hacían los hombres no tenía ningún sentido.

Para ella siempre lo había tenido, al menos como especie, pensó sombría. Y sobre el papel. Pero, por primera vez en su vida, estaba sentimentalmente involucrada con un ejemplar de carne y hueso y estaba completamente desconcertada.

Pasó por encima de unas piedras mientras intentaba, una vez más, resolver el misterio de Caleb Hornblower.

Quizá hubiera tenido algo que ver con la visita de sus padres. Pero la verdad era que también parecía triste antes de que hubieran llegado. Triste, pero no enfadado, recordó, y habían hecho el amor, lenta y delicadamente en el arroyo aquella tarde. Durante la cena parecía contento, quizá un poco tímido, pero eso era natural. Debía de ser muy difícil para él estar rodeado de gente, intentando concentrarse en no decir nada que pudiera delatarlo.

Sintió una punzada de compasión y lo ignoró obstinadamente.

No había ninguna razón para que Cal desahogara en ella su frustración. ¿Acaso no estaba intentando ayudarlo? Se estaba muriendo por dentro, pero estaba haciendo todo lo que estaba en su poder para que Cal pudiera volver a donde quería estar.

Ella también tenía su propia vida. Aquello consiguió tranquilizarla un poco mientras sorteaba a toda velocidad una loma. Debería estar haciendo su tesina y trabajando en los preliminares para el siguiente estudio de campo. Tenía una oferta para realizar una serie de conferencias que todavía se tenía que pensar. Y en vez de trabajar, se estaba dedicando a hacer recados, comprar cámaras y galletas de avena. Pero aquella sería la última vez que lo haría, decidió furiosa. Y entonces comprendió que, efectivamente, quisiera o no, aquella sería la última vez.

Detuvo el Land Rover cuando el camino se estrechaba para dar paso a una senda que solo se podía atravesar a pie. En realidad, no pretendía ir a buscar a Caleb. Durante todo el trayecto, se había estado diciendo que volvería a la cabaña y se pondría a trabajar. Pero allí estaba, ignorando sus buenos propósitos. Pero al menos, había algo que podía hacer por ella.

En un impulso, sacó la nueva Polaroid de la bolsa. Después de desempaquetarla, siguió las instrucciones y colocó uno de los carretes que había comprado. En el último momento, decidió llevarse también la bolsa de galletas de avena.

Desde el punto más alto de la loma, estudió la nave. Descansaba, enorme y silenciosa, entre las rocas y los árboles caídos, como si se tratara de un animal extraño en pleno sueño. Deliberadamente, bloqueó cualquier pensamiento sobre el hombre que estaba en su interior y se concentró en la nave en sí misma.

«El vehículo del futuro», decidió, mientras encuadraba cuidadosamente la fotografía. Capaz de llegar hasta Marte, Mercurio y Venus. Servicio expreso a Plutón y Orión. Con lo que era más un suspiro que una risa, tomó dos fotografías. Se sentó al borde de la loma y esperó mientras las fotos se revelaban. Cincuenta años atrás, la idea de sacar fotografías instantáneas también parecía de ciencia-ficción. Volvió a mirar hacia la nave. Aquel hombre trabajaba rápido. Muy rápido.

Deseando estar algunos minutos más a solas, abrió la bolsa de galletas y comenzó a comer.

Por supuesto, nunca podría enseñar a nadie las fotografías que en aquel momento ganaban color en su mano. Una de las fotografías era para la cápsula y la otra para sus archivos personales. Ella quería creer que era su faceta científica la que le hacía tomarla, la que le haría etiquetarla y guardarla junto a otras fotografías que tomaría para ilustrar el informe que estaba escribiendo sobre aquella experiencia.

Pero aquello no tenía nada que ver con la ciencia, y todo que ver con su corazón. Libby no quería depender solamente de su memoria. Se guardó las fotografías en los bolsillos, se colgó la cámara al hombro y comenzó a bajar.

Cuando llegó a la puerta, levantó al puño y se echó a reír. ¿Habría que llamar a la puerta de una astronave? Sintiéndose un tanto ridícula, golpeó dos veces. Una ardilla salió corriendo por la hierba, se subió a un tronco caído y desde allí miró fijamente a Libby.

—Ya sé que es extraño —le dijo Libby—. Pero no se lo cuentes a nadie —le tiró media galleta y se volvió para llamar otra vez—. De acuerdo, Hornblower, abre. Aquí me siento como una estúpida.

Intentó llamar, aporrear, gritar. Incluso cedió a su furia y le dio una buena patada a la puerta. Por el bien de sus propios pies, retrocedió. Absolutamente enfadada con Cal, decidió marcharse, pero entonces se le ocurrió que quizá no la había oído.

Se acercó de nuevo a la nave y empezó a buscar el dispositivo que había utilizado para abrir la compuerta. Tardó unos diez minutos. Cuando la puerta se abrió, entró violentamente en la nave, dispuesta a pelear.

—Escucha, Hornblower, yo...

No estaba en los mandos. Frustrada, se pasó la mano por el pelo. ¿Ni siquiera iba a estar disponible cuando estaba deseando gritarle?

Las compuertas estaban abiertas. No había sido capaz de verlo desde fuera pero, en ese momento, podía disfrutar de una vista panorámica de los alrededores. Furiosa, se acercó a los controles. Se preguntó, mientras se sentaba en la silla, cómo se sentiría uno pilotando algo tan grande, tan poderoso. Escrutó con la mirada las clavijas y botones que tenía frente a ella. Debía de ser maravilloso para que Cal lo adorara. Incluso una mujer que siempre había tenido los pies firmemente apegados a la tierra podía imaginarse la sensación de libertad ilimitada que podía proporcionar viajar por el espacio. Habría planetas de todos los tonos y colores. Imaginaba las estrellas distantes y el resplandor de las lunas recorriendo incansables sus órbitas.

Le gustaba imaginarse así a Cal, navegando entre las estrellas, de la misma forma que habían zigzagueado entre los árboles del bosque montados en su aerociclo.

Libby dirigió una última mirada al panel de control y estudió después el ordenador. Sintiéndose un poco incómoda, miró a su alrededor, se aseguró de que Cal no estaba cerca del puente, y se inclinó hacia delante.

—¿Ordenador?

—Funcionando.

Libby se sobresaltó y reprimió una risa nerviosa. Había dos preguntas que quería plantearle, aunque realmente solo quería una respuesta. Pero como creía que había que enfrentarse siempre a los hechos, tomó aire, lo expulsó y decidió abordar lo que tanto temía.

—Ordenador, ¿en qué situación están los cálculos para el viaje de regreso al siglo XXIII?

—Cálculos terminados. Índices de probabilidad comprobados. Factores de riesgo, trayectoria, empuje, inclinación orbital, velocidad y factores de éxito completados. ¿Es este el informe deseado?

—No.

Así que había terminado. Libby lo sabía, a pesar de que había intentado decirse que todavía tenía algunos días por delante. Cal no se lo había dicho, pero ella comprendía por qué. Cal no

quería hacerle daño, y él sabía, tenía que saberlo, cómo se sentía. Por mucho que hubiera intentado fingir que su relación era solo un momento en el tiempo, basado en la pasión, en el cariño y en el mutuo deseo, Cal había sabido interpretar sus sentimientos.

Libby quería alegrarse por él. Tenía que alegrarse por él.

Tardó unos minutos en acostumbrarse a la idea, y después preguntó lo que muchas veces había querido saber.

—Ordenador.

—Funcionando.

—¿Quién es Caleb Hornblower?

—Hornblower, Caleb, Capitán de las FIE, retirado. Nacido el dos de febrero de dos mil doscientos veintidós, hijo de Katrina Hardesty Hornblower y Byran Edward Hornblower. Lugar de nacimiento, Filadelfia, Pensilvania. Graduado en la Graduate Wilson Freemont Memorial Academy en dos mil doscientos treinta y siete. Asistió a la Universidad de Princeton, abandonó después de dieciséis meses sin haberse licenciado. Alistado en las FIE. Estuvo en servicio desde dos mil doscientos treinta y nueve a dos mil doscientos cuarenta y cinco. Sus antecedentes militares...

Con los labios apretados, Libby escuchó toda la información sobre la carrera militar de Cal. Había citación tras citación, reprimenda tras reprimenda. Mientras que sus referencias como piloto eran intachables, su hoja disciplinaria era una cuestión completamente diferente. Libby no pudo evitar una sonrisa.

Pensó en su padre y en lo mucho que desconfiaba del sistema militar. Sí, con un poco más de tiempo, habría llegado a tomarle cariño a Cal.

—Clasificación crediticia, 5.8 —continuó el ordenador.

—Basta.

Libby suspiró pesadamente. Ella no tenía ningún interés en la clasificación crediticia de Cal. Ya había figgado demasiado en su vida. Cualquier otra respuesta que quisiera tendría que obtenerla directamente de él. Y rápido.

Se levantó, y comenzó a vagar por la nave, buscándolo.

Fue la música la que le dio la pista. Primero escuchó aquel sonido vago y distante con vaga curiosidad. Era música clásica, particularmente apasionada. Mientras la seguía, intentó identificar al compositor.

Descubrió a Cal dormido en su cabina. La música inundaba la habitación, de rincón a rincón, pero aun así era una música suave, seductora. Sintió la necesidad, casi irresistible, de tumbarse a su lado y acurrucarse contra él hasta que se despertara e hiciera el amor con ella.

Pero lo descartó inmediatamente. La culpa la tenía la música, decidió. De alguna manera, le resultaba reconfortante y erótica al mismo tiempo. Exactamente como podían llegar a serlo los besos de Cal. Pero no permitiría que su influencia le hiciera olvidarse de que estaba enfadada con él.

Aun así, le hizo una fotografía mientras dormía y se la metió en el bolsillo, sintiéndose casi culpable.

Después de apoyarse contra el marco de la puerta, alzó la barbilla. Era una pose deliberadamente desafiante, y le gustaba.

—Así que así es como trabajas.

Aunque había alzado la voz por encima del sonido de la música, Cal continuó durmiendo. Libby consideró la posibilidad de acercarse y darle un empujón en el hombro, pero entonces se le ocurrió una idea mejor. Se metió dos dedos en la boca, tomó aire y soltó un agudo e intenso silbido, tal y como Sunny le había enseñado.

Cal se levantó de la cama como un cohete.

—¡Alerta roja! —gritó antes de ver a Libby mirándolo sonriendo desde el marco de la puerta.

Después de apoyarse en el cabecero de la cama, se pasó la mano por la cara.

Había estado soñando. Estaba fuera, en el espacio, navegando a través de la galaxia, viendo los mundos correr a cientos, miles de kilómetros bajo él. Libby estaba allí, a su lado, pasándole el brazo por la cintura, con el rostro resplandeciente por la fascinación y la emoción del vuelo.

Pero entonces había ocurrido un percance. La nave había empezado a temblar, las alarmas a sonar y las luces a parpadear.

Cal había oído gritar a Libby mientras caían en picado. Él no sabía qué hacer. De pronto, su mente se había quedado completamente en blanco.

Pero allí estaba ella en aquel momento, mientras su corazón todavía latía a toda velocidad por culpa del sueño, mirándolo desafiante y dispuesta a pelear.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Parecía haberse llevado un susto de muerte. Que era lo que Libby pretendía.

—Me ha parecido la forma más eficiente de despertarte. Voy a decirte una cosa, Hornblower, si continúas trabajando así, vas a terminar agotado.

—Estaba descansando un poco —deseó haber tomado un buen trago de aquel potente licor azul eléctrico de las Antillas—. Ayer por la noche no dormí mucho.

—Qué pena —sin dejar de mirarlo, metió la mano en la bolsa para sacar una galleta.

—El sofá de la cabaña está lleno de bultos.

—Tomaré nota. A lo mejor esa es la razón por la que te has levantado con el pie izquierdo —se tomó su tiempo, mordisqueando la galleta poco a poco.

Estaba intentando contagiarte su hambre, y lo estaba consiguiendo, pero no de la forma que Libby pretendía.

Cal podía sentir cómo iban tensándose sus músculos, uno a uno.

—No sé a qué te refieres.

—Es una expresión.

—Ya la he oído —Cal sabía que le había contestado bruscamente, pero no podía evitarlo.

Libby sacó la lengua para recuperar una miga que había quedado suspendida en la comisura de su boca. Cal estuvo a punto de gemir.

—No me he levantado con ningún pie izquierdo.

—Bueno, en ese caso, supongo que eres una persona de naturaleza ardiente, aunque hasta ahora hayas conseguido dominarte.

—No soy de naturaleza ardiente —gruñó.

—¿Ah no? ¿Arrogante, entonces? ¿Eso te parece mejor? —su media sonrisa estaba destinada a enfadarlo, pero le provocó un sentimiento completamente diferente.

Intentando ignorar tanto a Libby como a lo que estaba ocurriendo en su cuerpo, Cal miró el reloj.

—Has estado mucho tiempo en la ciudad.

—Con mi tiempo hago lo que quiero, Hornblower.

Cal arqueó las cejas. Si Libby no hubiera estado tan pendiente de su propio control, podría haberse dado cuenta de que las ojeras de Cal se habían oscurecido.

—¿Quieres pelea?

—¿Yo? —volvió a sonreír. Era la viva imagen de la inocencia—. Por Dios, Caleb, después de haber conocido a mis padres, deberías saber que he nacido pacifista. Me acunaban con canciones folk.

Cal musitó algo para sí, fue una palabra de dos sílabas que Libby siempre había pensado pertenecía a la jerga del siglo XX. Intrigada, inclinó la cabeza.

—Así que esa continúa siendo la respuesta cuando a alguien no se le ocurre una respuesta inteligente. Es un consuelo saber que algunas tradiciones nos sobrevivirán.

Cal bajo las piernas de la cama y, con los ojos fijos en los de Libby, se estiró lentamente. No caminó hacia ella, todavía no. No quería hacerlo hasta confiar en su capacidad para dominar las ganas de darle un buen golpe en aquella obstinada barbilla. Era curioso, hasta entonces no se había dado cuenta del aspecto obstinado de aquella parte de su cuerpo. Ni de la mirada desafiante de sus ojos.

Y lo peor era que aquella arrogancia le resultaba tan excitante como su pasión.

—Estás presionándome, pequeña. Supongo que debería advertirte que yo no procedo de una familia particularmente pacífica...

—Bueno... —Libby tomó cuidadosamente otra galleta—. Supongo que eso debería aterrarme.

Después de enrollar la bolsa, se la tiró a Cal, que al levantar la mano para atraparla, destrozó la mitad de su contenido.

—No sé qué te pasa, Hornblower, pero tengo mejores cosas que hacer que preocuparme por eso. Puedes quedarte aquí gruñendo si quieres, pero yo me voy a trabajar.

Apenas pudo dar media vuelta, porque Cal la agarró del brazo y la acorraló contra la pared. Más tarde, Libby se preguntaría por qué la había sorprendido tanto que se moviera tan rápidamente o que, bajo su aparente calma, se ocultara un genio incontenible.

—¿Quieres saber lo que me pasa? ¿Por eso me estás presionando, Libby?

—No me importa nada lo que te pase o te deje de pasar —mantenía la barbilla alta, aunque se le había quedado la boca seca.

Sabía que, para ella, siempre sería más fácil ofrecer una disculpa que continuar aquella discusión. Pero a veces no era por sus convicciones pacifistas, sino por cobardía. Enderezó la espalda y tomó aire. Estaba dispuesta a pelear.

—Me importa un bledo lo que te pase. Y ahora, déjame marcharme.

—Pues debería importarte —la agarró por la cabeza y se la inclinó lentamente hacia atrás, exponiendo su cuello—. ¿Crees que todos los sentimientos que un hombre puede albergar por una mujer son delicados y amables?

—No soy ninguna estúpida —comenzó a retorcerse, más furiosa que asustada, al ver que no la soltaba.

—No, no lo eres —la furia de sus ojos no era menor que la que reflejaban los de Libby. Sintió que algo se rompía dentro de él. Era el último cerrojo que había conseguido enjaular su genio.

—No necesito que me enseñes nada.

—En eso tienes razón. Habrá otros que podrán enseñarte muchas cosas, ¿verdad? —los celos le desgarraban las entrañas, clavaban en ellas sus garras y hacían arder su sangre—. Maldita seas. Y malditos sean todos ellos, todos y cada uno de ellos. Piensa en esto: cada vez que te toque otro hombre, mañana, o dentro de diez años, desearás que sea yo. Me encargaré de ello.

Y, con aquellas palabras suspendidas todavía en el aire, la empujó a la cama.

11

Libby luchó contra él. Se negaba a que hiciera el amor con ella estando tan enfadado, por mucho que lo amara. La cama cedía bajo su peso, amoldándose a ellos. La música continuaba flotando, sosegada y bella. Con movimientos bruscos, Cal le desgarraba los botones de la camisa.

Libby no decía nada. Jamás se le habría ocurrido decirle que se detuviera, o ceder a las lágrimas que seguramente le habrían hecho recuperar la razón. En vez de eso, continuaba retorciéndose, intentando alejarse de aquellas manos despiadadas e incisivas. Luchó, se resistía furiosamente al tiempo que libraba una batalla privada contra la traicionera respuesta de su cuerpo, que pretendía negar lo que dictaba su corazón.

Debería odiarlo por lo que le estaba haciendo. Y saberlo casi la rompía. Si Cal tenía éxito en lo que pretendía hacer, ahogaría el resto de sus recuerdos y dejaría solamente aquel, un recuerdo violento, distorsionado y dominante. Incapaz de soportarlo, Libby comprendió que debía luchar por los dos.

Cal la conocía demasiado bien. Cada curva, cada centímetro, cada latido de su cuerpo. En una oleada de furia, le agarró las dos muñecas con una mano y se las sujetó por encima de la cabeza. Devoró su cuello mientras deslizaba la mano libre por los rincones más secretos y vulnerables. La oyó gemir mientras le arrancaba aquel placer no deseado e inevitable al mismo tiempo. El cuerpo de Libby se tensaba, era como un cable dispuesto a estallar. Se arqueaba como un arco en máxima tensión. Cal sintió el estallido del clímax al verla estremecerse y sofocar un grito. Y vio también temblar sus labios, antes de que los apretara hasta convertirlos en una dura línea.

Entonces sintió la quemazón del arrepentimiento. No tenía derecho, nadie lo tenía, a tomar algo tan bello y utilizarlo como un arma. Había querido hacerle daño por algo que estaba más allá de la propia voluntad de Libby. Y lo había hecho. La había castigado. Pero no más de lo que se había castigado a sí mismo.

—Libby.

Libby se limitó a sacudir la cabeza, con los ojos cerrados con fuerza. Deseando encontrar las palabras que le faltaban, Cal elevó los ojos al techo.

—No tengo excusa. No hay nada que pueda justificar que te haya tratado de esta forma.

Libby consiguió tragarse las lágrimas. Las palabras de Cal le aliviaron lo suficiente como para que pudiera serenar su respiración y abrir los ojos.

—Quizá no, pero supongo que hay alguna razón para lo que has hecho. Y me gustaría oírla.

Cal tardó un largo rato en contestar. Permanecía tumbado a su lado, quieto y tenso, sin rozarla siquiera. Podía darle docenas de razones... la falta de sueño, el exceso de trabajo, la ansiedad ante el posible fracaso del vuelo. Ninguna sería falsa. Pero ninguna sería del todo cierta. Y Libby, lo sabía, le daba mucha importancia a la sinceridad.

—Me importas —le dijo lentamente—. Y no es fácil saber que no voy a volver a verte otra vez. Soy consciente de que ambos tendremos que vivir nuestras propias vidas —añadió, antes de que Libby pudiera decir nada—. En nuestro propio tiempo. Quizá ambos estemos haciendo lo que tenemos que hacer. Pero no me gusta ver que para ti es todo tan fácil.

—Y no lo es.

Sabía que estaba siendo egoísta, pero Cal sintió un inmenso alivio al oírla. Entrelazó la mano con la de Libby.

—Estoy celoso.

—¿De quién?

—De los hombres que conocerás, de los hombres a los que amarás. De los hombres que te amarán...

—Pero...

—No, no digas nada. Déjame decirlo todo de una vez. No me importa saber que racionalmente es absurdo. Es una reacción de las entrañas, Libby, y estoy acostumbrado a hacerles caso. Cada vez que imagino a otro hombre tocándote como yo te he tocado, viéndote como yo te he visto, me vuelvo loco.

—¿Y por eso estás enfadado conmigo? —se volvió para estudiar su perfil—. ¿Por mis futuras aventuras amorosas?

—Supongo que tienes todo el derecho del mundo a tratarme como si fuera un idiota.

—No pretendo hacerlo.

Cal se encogió de hombros.

—Incluso soy capaz de imaginar a tu amante. Mide cerca de dos metros y tiene la complexión de uno de esos dioses griegos.

—Adonis —sugirió Libby con una sonrisa—. Cuenta con mi aprobación.

—Calla —replicó Cal, pero Libby advirtió que sus labios se habían curvado en una sonrisa—. Tiene el pelo rubio, con algunas mechas más claras, y una mandíbula cuadrada y fuerte, con un hoyuelo en la barbilla.

—¿Como Kirk Douglas?

Cal la miró con recelo.

—¿Conoces a un tipo así?

—Es un actor famoso —sintiendo que la tormenta ya había terminado, le dio un beso en el hombro.

—En cualquier caso, también tiene cerebro, y esa es otra de las razones por las que lo odio. Es doctor en filosofía. Es capaz de hablar de los hábitos de apareamiento de las tribus más desconocidas durante horas. Y también toca el piano.

—Caramba, estoy realmente impresionada.

—Es rico —continuó Cal, casi malignamente—. Te llevará a París y hará el amor contigo en la habitación de un hotel situado a orillas del Sena. Después te regalará un diamante del tamaño de un puño.

—Vaya, vaya —Libby pensó en lo que le estaba diciendo—. ¿Y es un hombre poético?

—Incluso escribe poesía.

—Oh, Dios mío —se llevó una mano al corazón—. Supongo que podrás decirme dónde lo voy a conocer. Me gustaría estar preparada.

Cal giró en la cama lo suficiente para mirarla. Los ojos de Libby brillaban, pero por diversión, no a causa de las lágrimas.

—Te estás divirtiendo con todo esto, ¿verdad?

—Sí —elevó las manos hacia su rostro—. Supongo que te sentirías mejor si te dijera que voy a meterme en un convento.

—Por supuesto —tomó su mano y se llevó la palma a los labios—. ¿Puedes ponerlo por escrito?

—Me lo pensaré —la mirada de Cal volvía a ser clara y profunda. Y Cal era otra vez el hombre al que ella amaba y comprendía—. ¿Ya hemos terminado de pelear?

—Eso parece. Lo siento, Libby. Me he comportado como un lupz.

—No estoy segura de lo que significa eso, pero probablemente tengas razón.

—¿Amigos? —se inclinó para rozar sus labios con los suyos.

—Amigos —antes de que Cal pudiera retroceder, Libby enmarcó su rostro entre las manos para darle un prolongado, profundo y mucho menos amistoso beso—. ¿Cal?

—¿Humm? —dibujó sus labios con la lengua, memorizando su forma y su textura.

—¿Sabes cómo se llama ese tipo? ¡Ay! —retrocedió bruscamente, batallando entre la risa y el dolor—. Me has mordido.

—Desde luego.

—La fantasía ha sido tuya —le recordó Libby—, no mía.

—Y espero que siga siendo así —pero sonreía mientras deslizaba la mano por la abertura de la camisa de Libby—. Pero si lo prefieres, yo mismo puedo ofrecerte otras.

—Sí —Cal le rodeaba el seno con la mano, haciendo funcionar su magia—. Oh, sí.

—Si yo te llevara a París, pasaríamos los tres primeros días en la *suite* de un hotel, sin salir en ningún momento de la cama —continuaba seduciéndola. Pellizcando aquí y acariciando allá—. Beberíamos champán, botellas y botellas de champán. Y comeríamos platos diminutos con nombres exóticos y sabores más exóticos todavía. Llegaría a conocer cada centímetro de tu cuerpo, cada poro de tu piel. Y desde una cama enorme y mullida, nos remontaríamos hasta lugares en los que nadie ha estado jamás.

—Cal —Libby temblaba mientras Cal cubría sus senos de besos lentos y húmedos.

—Después nos vestiríamos. Te imagino con un vestido blanco, de un tejido ligero, que se desliza por tu hombro y desciende hasta el final de tu espalda. Un vestido que hace que todos los hombres que te miran deseen matarme.

—Pero si ni siquiera los veo —con un suspiro, bajó las manos por su cuerpo, deteniéndose en cada plano, en cada ángulo—. Yo solo te veo a ti.

—Las estrellas empiezan a salir. Miles de estrellas. Y puedes oler París. Una rica fragancia, a agua y a flores. Andaremos kilómetros para que puedas ver esas luces increíbles, y tantos edificios maravillosamente antiguos. Nos detendremos a tomar un vino en un café, sentados en una mesa en la calle, a la sombra de una sombrilla. Y cuando volvamos al hotel, seguiremos haciendo el amor durante horas y horas.

Sus labios buscaron nuevamente los de Libby, embriagándola.

—No necesitamos París para eso.

—No —se tumbó sobre ella y enmarcó su rostro con las manos.

El semblante de Libby resplandecía, tenía los ojos medio cerrados y asomaba una dulce sonrisa a sus labios. Cal quería recordar aquel momento, aquel instante en el que nada existía, salvo ella.

—Oh, Dios mío, Libby, te necesito.

Era todo lo que Libby necesitaba oír, todo lo que le hubiera pedido que le dijera. Se fundió con él en un abrazo.

Había urgencia en aquel encuentro. Podía saborearla en la lengua de Cal cuando la hundió en las profundidades de su boca. Cal moldeaba su cuerpo con las manos sin poder disimular su impaciencia. Y como los sentimientos de Libby eran un reflejo de los suyos, su respuesta fue explosiva. Sentía la sangre como un río de lava palpitando bajo su piel. El calor era insoportable. Y delicioso. Y se hacía más intenso mientras Cal la desnudaba.

Un susurro primitivo escapó de su garganta. Con una velocidad y una furia que hizo estremecerse a Cal, le quitó la camisa y deslizó los vaqueros por sus caderas. Desesperada, dio media vuelta en la cama para cambiar sus posiciones y colocarse precipitadamente sobre él. Oía la respiración agitada de Cal y aquel sonido bastaba para que la excitación alcanzara nuevas cotas.

Poder. Era el máximo afrodisiaco. Podía hacerlo temblar, desear hasta el dolor, hacerle susurrar su nombre. Libby, hasta entonces, no había sido consciente de que, con tan poco esfuerzo, podía dejarlo tan indefenso.

Y Cal era tan bello. Sentirlo bajo sus manos, sentir su sabor enredado en su lengua. Y fuerte. Sentía la firmeza y la fuerza de sus músculos. Que, sin embargo, temblaban bajo la delicada danza de sus dedos.

Cal pretendía que Libby lo recordara. Pero era él el que gemía bajo el peso de las sensaciones que ella provocaba. Sería él el que recordaría siempre aquel momento. La música que siempre había amado, sencilla y elocuente, inundaba su mente. Y sabía que, a partir de entonces, sería el recuerdo permanente de Libby.

Podía sentir el calor que ella irradiaba mientras se movía sobre su cuerpo, buscando y encontrando su boca. Sus besos eran lentos, tórridos, un placer en el que él podría ahogarse. Y de pronto reía, mientras eludía sus manos anhelantes y continuaba arrastrándolo hasta la locura.

Cal no podía soportarlo. Sentía el corazón latiéndole violentamente contra las costillas y el eco de su palpito reproduciéndose en todo su cuerpo. El ritmo de sus latidos parecía gritar el nombre de Libby una y otra vez, hasta hacerle sentirse lleno de ella.

—Libby... —aquella palabra fue un ronco susurro, tan crudo como su deseo—. Por el amor de Dios.

Entonces Libby se cerró sobre él, como si fuera terciopelo caliente. El sonido que escapó de sus labios apenas fue un gemido, pero vibraba en él la alegría del triunfo. Perdida en su propio placer, se movía a un ritmo salvaje, sintiendo cómo iba estrechándose aquel íntimo vínculo a medida que su deseo crecía.

Cal había experimentado la caída libre en el espacio y el salto a través del tiempo. Pero ninguna de las dos cosas era nada comparada con aquello.

A ciegas, alargó los brazos hacia ella, y sus manos resbalaron por su piel húmeda y escurridiza. Cuando las manos de ambos se encontraron, irremediablemente saltaron juntos hasta la cumbre.

Perfecto. Perezosamente satisfecha, Libby se acurrucó contra él y posó la mejilla en el corazón de Cal sin dejar de ronronear mientras él le acariciaba el pelo.

Serena. Cada una de las partes de su cuerpo estaba satisfecha. El cuerpo, la mente y el corazón. Libby se preguntaba durante cuánto tiempo podrían permanecer dos personas en la cama sin comer ni beber. Eternamente. Sonrió para sí. Casi podía creerlo.

—Mis padres tienen un gato —musitó—. Un gato gordo y amarillo que se llama Marigold. No tiene ni una pizca de ambición.

—¿Un gato que se llama Marigold?

Sin dejar de sonreír, Libby le acarició lentamente el brazo.

—Ya has conocido a mis padres.

—Exacto.

—El caso es que se pasa las tardes tumbado en el alféizar de la ventana. Todas las tardes. Pues bien, en este preciso instante, sé exactamente cómo se siente —se estiró, solo un poco, porque incluso eso requería demasiado esfuerzo—. Me gusta tu cama, Hornblower.

—Yo también he llegado a tomarle mucho cariño.

Se quedaron un rato en silencio.

—Esa música —estaba sonando en aquel momento en su cabeza: una melodía dulce e insoportablemente romántica—. Tengo la sensación de que la conozco.

—Salvador Simeon.

—¿Es un compositor nuevo?

—Depende de tu punto de vista. De la última década del siglo XXI.

—Oh —la burbuja estalló.

A veces, siempre era una muy corta cantidad de tiempo. Aferrándose al último instante, Libby se volvió y le dio un beso en el pecho. Sintió latir allí su corazón, firme y fuerte.

—Poesía, música clásica y aerociclos. Una interesante combinación.

—¿De verdad?

—Sí, mucho. Y también sé que te has enganchado a los culebrones y a los concursos.

—Eso sí que es una investigación —sonrió de oreja a oreja mientras la hacía sentarse a su lado—. Quiero poder hablar con conocimiento de causa de todas las formas populares de entretenimiento en el siglo XX —se interrumpió un momento, con expresión pensativa—. ¿Crees que archivarán los culebrones? Me gustaría saber si Blake y Eva son capaces de solucionar su situación a pesar de las intrigas de Dorian. Y después está el problema de quién está acorralando a Justin por el asesinato del terrible y despreciable Carlton Slade. Yo voto por Vanessa, esa mujer de rostro dulce y corazón implacable.

—Definitivamente enganchado —repitió, acurrucándose en la cama y sonriéndole—. ¿En el siglo XXIII no hay culebrones?

—Claro que sí, pero nunca tengo tiempo de verlos. Siempre había pensado que eran para los trabajadores domésticos.

—Trabajadores domésticos —repitió Libby, gratamente sorprendida al ver que las labores domésticas ya no solo eran tarea de las mujeres—. No he podido hacerte todas las preguntas que quería —apoyó la barbilla en las rodillas—. Cuando volvamos a casa, deberíamos escribir todo lo que te ha pasado.

Cal deslizó un dedo por su brazo.

—¿Todo?

—Todo lo que sea pertinente. Y mientras terminamos de escribirlo y preparamos la cápsula, podrás ponerme al corriente de lo que pasará en el futuro.

—De acuerdo.

Cal se levantó de la cama. Quizá lo mejor fuera que se mantuvieran ocupados durante las siguientes horas. Comenzó a buscar sus pantalones y se fijó entonces en la Polaroid que había caído al suelo.

—¿Esto que es?

—Una cámara. De autorrevelado. Puedes tener las fotos en cuestión de segundos.

—¿De verdad?

Divertido, la giró entre sus manos. Le habían regalado una cámara por su décimo cumpleaños que hacía exactamente lo mismo. Y cabía en la palma de su mano. También informaba del tiempo y la temperatura y era capaz de reproducir su música favorita.

—Vuelves a tener esa expresión de superioridad en la cara, Hornblower.

—Lo siento. ¿Qué hay que hacer? ¿Apretar ese botón?

—Exacto... ¡No! —pero ya era demasiado tarde. Cal ya había apuntado y disparado—. Hay gente que ha sido asesinada por mucho menos.

—Pensaba que querías que hiciéramos fotografías —le dijo en un tono razonable mientras veía cómo iba apareciendo la imagen en su mano.

—No estoy vestida.

—Ya —sonrió—. No está nada mal —decidió—. Una sola dimensión, pero ha captado lo fundamental. Y de una forma muy *sexy*.

Tapándose con las sábanas, Libby bajó de la cama e intentó quitarle la fotografía.

—¿Quieres verla?

Sostenía la fotografía fuera de su alcance, pero de tal manera que Libby pudo verse a sí misma, con los brazos y las piernas doblados, el pelo revuelto y expresión somnolienta.

—Dios, me encanta cuando te sonrojas.

—¡No me estoy sonrojando! —se dijo que tampoco se estaba riendo mientras se vestía.

Cal dejó la cámara a un lado y volvió a desnudarla.

Cuando abandonaron la nave, los rodeaban ya las sombras del atardecer. Tras una breve discusión, decidieron atar el aerociclo a la parte de atrás del Land Rover y regresar juntos.

—Es una buena idea —comentó Libby—. Pero necesitaríamos una cuerda.

—¿Para qué? —giró una de las manecillas que había debajo del asiento del aerociclo y sacó dos cinturones.

Libby se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que querrás hacerlo de la manera más fácil —se inclinó sobre la parte de atrás del aerociclo y abrió ligeramente las piernas.

—¿Qué haces?

—Voy a ayudarte a levantarla —agarró el vehículo con firmeza y sopló para quitarse el pelo de los ojos—. Vamos.

Cal presionó la lengua contra la parte interior de su mejilla.

—De acuerdo, pero no te esfuerces demasiado.

—¿Tienes idea de la cantidad de equipo que tenemos que cargar en las excavaciones?

Cal la miró sonriente.

—No.

—Pues mucho. A la una, a las dos, y a las tres...

Dejó escapar un suspiro de asombro cuando consiguieron alzar el aerociclo por encima de su hombro. No pesaba más de diez kilos.

—Eres muy gracioso, Hornblower.

—Gracias —aseguró el aerociclo rápidamente—. ¿Esta vez me vas a dejar conducir a mí?

Cuando Libby sacó las llaves del bolsillo y las meneó delante de él, Cal continuó insistiendo.

—Venga, Libby, no hay nadie por aquí.

—Sea como sea, todavía no me has enseñado tu carné de conducir.

—Si estamos hablando de cuestiones técnicas, no creo que sean aplicables a este caso. Libby, si soy capaz de pilotar eso... —señaló la nave con el pulgar—, estoy condenadamente seguro de que sabré conducir eso. Y me gustaría experimentarlo.

Libby le tiró las llaves.

—Pero procura recordar que este vehículo se mantiene siempre a la altura del suelo.

—No lo olvidaré —contento como un niño con un juguete nuevo, se sentó tras el volante—. Tiene diferentes marchas, ¿verdad?

—Eso creo.

—Fascinante. ¿Y este pedal de aquí?

—Es el embrague —contestó, preguntándose si no estaría dejando su vida en sus manos.

—El embrague, de acuerdo. Eso es lo que desengancha el sistema para que puedas cambiar de marcha. Las marchas más altas son para las velocidades más altas. Esa es la idea, ¿verdad?

—Sí. ¿Y ves ese pedal? ¿El que está a su lado? Es el freno. Presta atención al freno, Hornblower. Préstale mucha atención.

—No te preocupes —le dirigió una petulante sonrisa mientras giraba la llave en el encendido—. ¿Lo ves?

Fueron en dirección contraria y a toda velocidad durante algunos metros antes de detenerse con un brusco chirrido de frenos.

—Espera un momento. Creo que ya lo tengo.

—Has puesto la tracción a las cuatro ruedas, la reductora.

—¿La reductora?

Aunque comenzaba a sentir un sudor frío en las manos, se lo enseñó.

—Tranquilízate, ¿quieres? E intenta ir hacia delante.

—Eso está hecho.

El Land Rover se tambaleó al principio, haciendo que Libby se agarrara con las dos manos al salpicadero y empezara a rezar. Cal estaba disfrutando como nunca en su vida y, cuando las dificultades de la conducción se allanaron, pareció incluso un poco decepcionado.

—Es sencillísimo —le dirigió a Libby una sonrisa.

—Mira por dónde vas. ¡Oh, Dios mío! —se tapó la cara para no ver un árbol con el que estuvieron a punto de estrellarse.

—¿Siempre eres tan miedosa como copiloto? —le preguntó Cal en un tono completamente tranquilo mientras maniobraba para sortear el árbol.

—Podría terminar odiándote. Estoy segura.

—Relájate, pequeña. Vamos a desviarnos un poco.

—Cal, deberíamos...

—Conducir con emoción —terminó por ella—. ¿No es esa la frase?

—Creo que es «buscar la emoción», pero esto no es un anuncio de cerveza —se mordió el labio y se aferró al cinturón de seguridad—. En cualquier caso, te dejo a ti todo eso. Creo que yo prefiero disfrutar de una vida larga y aburrida.

Cal bajó por una pendiente pedregosa, conduciendo como si hubiera nacido detrás del volante.

—Después de volar, creo que esto es lo que más me gusta —la miró—. Bueno, quizá no lo que más, pero casi.

—Creo que algunos de mis órganos vitales se me van a soltar después de tanta sacudida. Cal, ahora tienes que ir a la derecha del... —dos abanicos de agua se levantaron a ambos lados del Land Rover. Libby estaba completamente empapada cuando llegaron a la otra orilla—, arroyo —musitó, apartándose el pelo mojado de los ojos.

Al verla tan mojada, Cal soltó un grito de alegría y giró para cruzar el arroyo de nuevo. Libby lo oyó reír a carcajadas mientras el agua les salpicaba por segunda vez.

—Estás loco —el Land Rover abandonó el suelo durante un instante y cayó con una brusca sacudida—. Pero no eres en absoluto aburrido.

—¿Sabes? Con unas cuantas modificaciones esto podría llegar a convertirse en algo muy importante en mi época. No entiendo por qué dejaron de hacerlos. Si pudiera hacerme con un prototipo, mi clasificación crediticia iba a subir como la espuma.

—No te lo vas a llevar. Todavía me quedan catorce letras por pagar.

—Solo era una idea —podría haber estado horas conduciendo. Pero el aire era frío y Libby estaba empezando a temblar. Cal dio media vuelta.

—¿Sabes dónde estamos?

—Claro, a unos veinte grados al noreste de la nave —le tiró suavemente del pelo—. Ya te dije que sé navegar. Te diré una cosa, cuando volvamos a casa, nos meteremos en la ducha. Después podemos encender un fuego y tomar ese *brandy*. Y luego... —soltó una maldición y pisó con fuerza los frenos. Tenían frente a ellos a un grupo de cuatro excursionistas.

—Maldita sea —murmuró Libby—. Casi nunca viene nadie en esta época del año —le bastó una sola mirada para decidir que prácticamente acababan de quitarles las etiquetas a las mochilas y a las botas.

—Si continúan caminando en esa dirección, se encontrarán con la nave.

Libby intentó dominar el pánico y sonrió cuando el grupo se acercó a ellos.

—Hola.

—Eh, hola —el hombre, fuerte y grande, de unos cuarenta años, se inclinó hacia el Land Rover—. Son las primeras personas que vemos desde esta mañana.

—No vienen muchos excursionistas por este camino.

—Por eso lo hemos elegido, ¿verdad, Susie? —palmeó el hombro a una mujer que tenía aspecto de estar agotada. Su única respuesta fue un silencioso asentimiento de cabeza—. Rankin, Jim Rankin —se presentó, tomó la mano de Cal y se la estrechó—. Mi esposa, Susie, y nuestros hijos, Scott y Joe.

—Encantado. Cal Hornblower y Libby Stone.

—Tracción a las cuatro ruedas, ¿eh?

Al advertir la mirada de perplejidad de Cal, Libby contestó.

—Sí, estábamos a punto de meterla.

—Nosotros nos conformamos con la mochila —Jim esbozó una amplia sonrisa.

En cuestión de segundos, Libby y Cal se dieron cuenta de que Jim era el único al que le entusiasmaba la posibilidad de recorrer aquellas montañas a pie. Eso podría ser una ventaja para ellos.

—¿Vienen de muy lejos?

—Empezamos en la Gran Vista. Una bonita zona de acampada, pero está abarrotada de gente. Y yo quería mostrarles a mi esposa y a mis hijos la naturaleza en estado puro.

Libby consideró que los niños debían de tener entre trece y quince años y ambos parecían estar a punto de empezar a protestar. Considerando la distancia que había desde la zona de acampada de la Gran Vista, nadie podía culparlos por ello.

—Es una excursión bastante larga.

—Somos gente fuerte, ¿verdad, chicos? —ambos lo miraron con infinita tristeza.

—No estarán pensando subir por ese camino, ¿verdad? —preguntó Libby, señalando la ruta con la mano.

—Pues la verdad es que sí. Queríamos intentar alcanzar la cumbre antes de que anochezca.

Susie gimió y se inclinó para darse un masaje en la pantorrilla.

—No se puede llegar por este camino. Allí delante hay una zona de reforestación. ¿Ve ese claro que hay entre los árboles?

—Sí, lo he visto —tocó el podómetro que llevaba a la cintura—. Y la verdad es que me intriga.

—Han pasado por allí una máquina segadora —dijo sin pestañear—. Han prohibido la acampada y el paso de excursionistas. Le pueden llegar a poner una multa de quinientos dólares —propuso una buena cantidad.

—Vaya, le agradezco que nos lo haya hecho saber.

—Papá, ¿podemos ir a un hotel? —preguntó uno de los chicos.

—A un hotel con piscina —intervino el otro—. Y con vídeo.

—Y una cama —musitó su esposa—. Una cama de verdad.

Jim les guiñó el ojo a Cal y a Libby.

—Últimamente la familia está un poco quisquillosa. Pero esperad a ver mañana la salida del sol —se volvió hacia su mujer—. Entonces comprenderéis que ha merecido la pena.

—Hay una ruta más fácil hacia el oeste —Libby salió del Land Rover y se apoyó contra la puerta—. ¿La ve?

—Sí.

A Jim no le hacía mucha gracia tener que cambiar su itinerario, pero los quinientos dólares lo habían persuadido.

Libby se alegraba de poder ofrecerles un camino con una pendiente mucho menor.

—Y a unos cuatro o cinco kilómetros de aquí, hay un claro que puede ser un buen sitio para acampar. La vista es fabulosa y pueden llegar perfectamente antes del anochecer.

—Podríamos llevaros hasta allí —Cal había notado también el cansancio y el mal humor de los chicos, que, en cuanto oyeron la oferta, alegraron la cara.

—Oh, no, pero gracias de todas formas —repuso Jim con una sonrisa—. Eso sería hacer trampa, ¿verdad?

—Quizá —Susie se ajustó la mochila en la espalda—. Pero a lo mejor nos salvaba la vida —le dio un codazo a su marido para que se apartara y se inclinó hacia Cal—. Señor Hornblower, si nos lleva hasta allí, puede pedirnos lo que quiera.

—Pero Susie...

—Cállate, Jim —agarró a Cal por la camisa—. Por favor. Llevo cuatrocientos cincuenta y ocho dólares en el bolsillo de la mochila. Son todos suyos.

Con una carcajada, Jim agarró a su esposa del brazo.

—Por favor, Susie. Llegamos al acuerdo...

—A estas alturas ya no valen los acuerdos —elevó ligeramente la voz. Haciendo un obvio esfuerzo por controlarse, tomó aire—. Me estoy muriendo, Jim. Y creo que los niños van a quedar traumatizados de por vida. No querrás ser responsable de algo así, ¿verdad? —como no estaba muy segura de su respuesta, retrocedió, para tomar a cada uno de los niños bajo su brazo—. Tú puedes ir andando, pero yo tengo ampollas en los pies y creo que no voy a volver a sentir la pierna izquierda en toda mi vida.

—Suze, si hubiera sabido que te encontrabas tan mal...

—Estupendo —no iba a dejarle terminar la frase—. Ahora ya lo sabes. Vamos, chicos.

Se montaron en la parte de atrás del Land Rover. Tras unos segundos de vacilación, Jim se reunió tristemente con ellos, sentando al más pequeño de sus hijos en el regazo.

—Es una zona preciosa —comenzó a decir Libby mientras le señalaba a Cal cómo dirigirse a aquella pista—. Quizá lo apreciarán más cuando hayan comido y descansado —y mucho más todavía, estaba segura, cuando Susie descubriera que estaban a solo unos tres kilómetros de la Gran Vista.

—Desde luego, está lleno de árboles —suspiró Susie, disfrutando del placer de trasladarse sin esfuerzo. Como sabía que Jim estaba de mal humor, le palmeó la rodilla—. ¿Sois de aquí?

—Nací aquí —confiando en que Cal pudiera encontrar solo el camino, Libby se volvió hacia el asiento de pasajeros—. Pero Cal es de Filadelfia.

—¿De verdad? —Susie estaba debatiéndose entre flexionar o no el pie, pero decidió no arriesgarse—. Nosotros también. ¿Es la primera vez que está por aquí, señor Hornblower?

—Sí, supongo que podría decirse que es la primera vez.

—Nosotros también. Jim quería enseñarles a sus hijos esta zona, que todavía no ha sido explotada. Así que aquí estamos —le apretó cariñosamente la rodilla a su marido.

Ya más tranquilo, Jim estiró el brazo a lo largo del respaldo del asiento.

—Esta es una excursión que nunca olvidaremos.

Los niños intercambiaron miradas y se mantuvieron en un sabio silencio. Todavía había alguna oportunidad de que terminaran en un hotel.

—Así que es de Filadelfia. ¿Crees que los Filis tendrán alguna oportunidad este año?

Precavidamente, Cal intentó darle una respuesta poco comprometedora.

—Yo siempre mantengo la esperanza.

—¡Eso es! —Jim le palmeó el hombro—. Si consiguen reforzar el área y fortalecer el grupo de lanzadores, todavía podrán hacer algo.

Béisbol, comprendió Cal con una sonrisa. Al menos eso era algo de lo que podía hablar.

—Es difícil saber lo que va a pasar esta temporada, pero creo que de aquí a doscientos años ganaremos alguna liga.

Jim soltó una sonora carcajada.

—Eso sí que es visión a largo plazo.

Cuando llegaron al claro, sus pasajeros estaban de mucho mejor humor. Los niños bajaron corriendo del coche y se pusieron a perseguir a un conejo. Susie bajó más lentamente, cuidando todavía sus piernas.

—Es precioso —miró la cadena de montañas tras la que se ponía el sol—. Nunca podré agradecerse lo suficiente. A los dos —miró hacia su marido, que ya les estaba gritando a los chicos para que comenzaran a reunir leña para el fuego—. Le han salvado la vida a mi marido.

—La verdad es que parece estar en muy buena forma —comentó Cal.

—No. Pensaba matarlo mientras durmiera —sonrió mientras se liberaba de la mochila—. Ahora no tendré que hacerlo. Por lo menos hasta dentro de un par de días.

Con expresión jovial, Jim volvió al lado de su esposa y la abrazó. Ella hizo una mueca de dolor, cuando él apretó sus tiernos músculos.

—Te diré una cosa, Suze, aquí una persona puede respirar de verdad.

—De momento al menos —musitó Susie.

—Este aire no es como el de Filadelfia. ¿Por qué no se quedan a cenar con nosotros? No hay nada como cenar bajo las estrellas.

—Claro —añadió Susie con entusiasmo—. Esta noche, el menú consiste en las siempre populares judías con el añadido de unos perritos calientes, si no se ha estropeado la nevera portátil, y de postre, deliciosos albaricoques deshidratados.

—Suena magnífico —una parte de Cal estaba deseando quedarse, sentarse y escuchar. La familia Rankin le parecía tan entretenida como cualquier serie de televisión—. Pero tenemos que volver a casa.

Libby le ofreció la mano a Susie y le palmeó compasivamente el hombro.

—Si siguen el camino de la derecha, llegarán otra vez a la Gran Vista. No es una excursión muy larga, pero es bastante bonita —y además, los alejaría cada vez más de la nave.

—No saben cuánto se lo agradezco —Jim buscó en el bolsillo de su mochila y sacó una tarjeta. Al verlo, Libby tuvo que contener la risa. Aquel hombre podía estar fuera de su entorno habitual, pero...—. Llámeme cuando regrese, Hornblower. Soy director de ventas en Bison Motors. Puedo ofrecerles un buen precio en artículos de primera o de segunda mano.

—Lo tendré en cuenta —montaron de nuevo en el Land Rover y se despidieron agitando la mano—. ¿Qué es exactamente lo que vende? —le preguntó Cal a Libby.

12

Cal estuvo pensando en los Rankin. Le había preguntado a Libby si eran una prototípica familia americana. Su respuesta le había divertido. Si realmente había algún fenómeno que pudiera definirse así, probablemente aquella familia encajaba en él.

A Cal le interesaban quizá porque veía algunos paralelismos entre los Rankin y su propia familia. Su padre, aunque nunca podría haber sido confundido con el enorme y jovial Jim Rankin, también amaba la naturaleza, los lugares que conservaban toda su belleza natural y las excursiones familiares. Al igual que aquellos chicos, Cal y Jacob pasaban gran parte de las excursiones de mal humor, lamentándose y elevando los ojos al cielo. Y cuando las cosas llegaban al límite, siempre había sido la madre de Cal la que terminaba dando las órdenes.

Las familias parecían incombustibles al paso del tiempo. Era una idea que lo reconfortaba.

Habían encendido la chimenea y disfrutado de un *brandy* al llegar a la cabaña. Después, tal y como Libby había dispuesto y organizado, habían subido al ordenador para terminar el informe.

Necesitaban tres copias. La primera para la cápsula, la segunda para la nave... y para Cal. Y la tercera para Libby.

Cal no había podido menos que admirar su estilo cuando había leído el informe. No le cabía ninguna duda de que los científicos de su tiempo encontrarían el informe de Libby conciso y fascinante. El resto era en gran parte técnico, y, aunque sabía que Libby no entendía los cálculos que él le estaba transmitiendo, había sido ella la que los había transcrito.

Habían pasado horas redactando el informe, completándolo, perfeccionándolo. Y Libby había dedicado también largos ratos a hacerle preguntas sobre la organización social, política y cultural de su tiempo. Le había hecho pensar en cosas que él siempre había dado por sentadas y sobre otras que prácticamente había ignorado.

Sí, todavía había pobreza, pero gracias a diferentes programas de ayuda, los más pobres contaban con vivienda y comida. Continuaba habiendo conflictos, pero desde hacía más de ciento veinte años se habían evitado las guerras. Los políticos continuaban discutiendo y los bebés siendo acunados. La gente se quejaba del excesivo tráfico aéreo. Y, por lo que Cal recordaba, había habido cuatro, o quizá hubieran sido cinco, mujeres que habían llegado a la presidencia.

Cuantas más preguntas contestaba, más preguntas se le ocurrían a Libby. Se habían quedado dormidos con los cuerpos engarzados en la cama, en medio de una de las respuestas de Cal.

Terminaron la cápsula del tiempo a la mañana siguiente, llenando la caja hermética de acero que Libby había comprado en la ciudad y que le había parecido la más pertinente para ser enterrada. Envolvieron en plástico la copia del informe antes de guardarla. Libby añadió uno de los tapices tejidos por su madre y un cuenco de arcilla que su padre le había hecho cuando era niña. Añadieron un periódico, una revista semanal y, ante la insistencia de Cal, una de las cucharas de madera de la cocina. Libby metió también una de las fotografías que habían tomado en la nave.

—Tendremos que hacernos más —murmuró Libby.

—Y yo quiero llevarme esto —tomó el tubo de pasta de dientes—. Y esperaba que me dejaras algo de ropa interior.

—Sí a lo primero, no a lo segundo.

—Es por el bien de la ciencia.

—Ni lo sueñes. Necesitamos una herramienta. En las excavaciones, siempre nos encanta encontrar herramientas —revolvió el interior de un cajón y sacó un destornillador, un martillo y una llave inglesa—. Elige.

Cal eligió la llave inglesa.

—¿Y qué te parecería si metiéramos también un libro?

—Magnífico —Libby se fue a la sala y comenzó a registrar las estanterías—. Me gustaría algún libro de ficción bastante popular, algo que estuviera escrito en esta era. Ah... Stephen King.

—Lo he leído. Es espeluznante.

—Así que el placer del miedo también ha trascendido esta época —llevó el libro a la cocina y lo metió en la caja—. Si hacen las pruebas necesarias, podrán fechar todo este material. Y eso podrá apoyar tu historia. Vamos fuera, me gustaría hacer algunas fotos.

Como Cal había tomado la cámara antes que ella, reclamó su derecho a hacer las primeras fotos. Fotografizó la cabaña, a Libby delante de ella, a Libby al lado del Land Rover y al coche en solitario. Libby se reía a carcajadas.

—¿Sabes cuánto carrete has gastado? —resopló y sacó otro carrete—. Cada una de estas fotografías vale más o menos un dólar. La antropología es fascinante, pero pagan fatal.

—Lo siento —se acercó a la puerta de la cabaña, desde donde Libby le estaba haciendo señas con la mano—. Nunca se me ha ocurrido preguntártelo. ¿Cuál es tu clasificación crediticia?

—No tengo ni idea —Libby tomó una fotografía en la que aparecía Cal con los dedos enganchados en las trabillas de los vaqueros—. Ahora no se hacen las cosas así. Al menos creo que la clasificación crediticia significa otra cosa. Ahora la cuestión es lo que vales y lo que haces. El salario anual y ese tipo de cosas —y era suficiente hija de sus padres como para no darle importancia a las cuestiones crematísticas—. ¿Por qué no colocas el aerociclo delante de la cabaña? Se podría hacer una fotografía del pasado y el futuro en un mismo momento.

Cal obedeció.

—Libby, no tengo ninguna forma de pagarte todo esto.

—No seas tonto. Era solo una broma.

—Hay muchas más cosas que no voy a poder pagarte nunca.

—No hay nada que pagar —bajó la cámara y midió cuidadosamente cada una de sus palabras—. No pienses en ello como en una obligación. Por favor. Y no me mires de esa forma. No estoy en condiciones de ponerme seria.

—Ya no nos queda mucho tiempo.

—Lo sé —Libby no había comprendido todo lo que Cal le había dictado la noche anterior, pero sabía que se iría antes de que el sol volviera a salir—. Pero no estropeemos lo que tenemos —desvió la mirada, intentando darse unos segundos para recuperar el equilibrio—. Es una vergüenza que este modelo no tenga un temporizador. Sería bonito poder hacernos una fotografía en la que saliéramos juntos.

—Espera un momento —rodeó el edificio y volvió unos segundos después con una azada—. Siéntate en las escaleras —se la tendió y colocó la cámara en el asiento del aerociclo. Se inclinó hacia delante, e hizo las comprobaciones y los ajustes necesarios hasta encuadrar a Libby—. Ya está —encantado consigo mismo, se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros—. Sonríe.

Libby ya lo estaba haciendo.

Cal utilizó el mango de la azada para apretar el botón y sonrió cuando oyó el clic de la máquina. La fotografía no tardó en salir.

—Muy ingenioso, Hornblower.

—No te muevas.

Cal retiró la primera fotografía, volvió a sentarse y presionó otra vez el botón.

—Una para ti, una para la caja —dejó a un lado las dos primeras fotografías—, y otra para mí —le hizo volver la cabeza para besarla.

—Te has olvidado de hacer la fotografía —susurró Libby minutos después.

—Oh, sí —curvó los labios en una sonrisa contra los de Libby mientras tomaba la azada.

Libby tomó la primera fotografía y la estudió atentamente. Parecían felices, pensó. Gente feliz, y normal. Aquello había significado mucho para ella, y significaría mucho más en el futuro. Continuó sosteniendo la fotografía en la mano mientras se levantaba.

—Será mejor que enterremos la cápsula.

Colocaron la caja en la parte trasera del aerociclo, de modo que Libby quedaba atrapada entre ella y la espalda de Cal. Cuando llegaron al arroyo, Cal bajó del aerociclo y miró con el ceño fruncido la pala que Libby le tendía.

—Esa herramienta es muy primitiva. ¿Estás segura de que no hay una forma más fácil de hacerlo?

—En este siglo no, Hornblower —señaló hacia el suelo—. Cava.

—Puedes empezar tú si quieres.

—No te preocupes —Libby se sentó en el suelo y encogió las piernas—. No me gustaría privarte de ese placer.

Lo observó doblar la espalda y empezar a cavar otra vez. ¿Qué sentiría, se preguntó, cuando tuviera que desenterrar aquella caja otra vez? ¿Cómo se sentiría cuando la abriera? Pensaría en ella, lo sabía. Y la echaría de menos. Esperaba que pudiera estar en ese mismo lugar cuando leyera la carta que le había escrito. Se había asegurado de que no la viera guardarla.

Era una carta de una sola hoja, pero había puesto su corazón en ella.

Apoyó la barbilla en la mano y escuchó la música del agua mientras recordaba cada palabra.

Cal, cuando leas esto, estarás en tu casa. Quiero que sepas cuánto me alegro por ti. No puedo decirte que sea capaz de comprender lo que ha sido para ti encontrarte aquí, lejos de todo lo que te es familiar, separado de tu familia y amigos. Pero quiero

que sepas que, en mi corazón, siempre he querido que volvieras al lugar al que perteneces. Allí donde te corresponde estar.

No sé si puedo hacerte comprender lo que ha significado para mí el tiempo que he pasado a tu lado. Te amo, Caleb. Tanto que me abruma. No habrá un solo día de los que me quedan de vida en el que no me acuerde de ti. Pero no seré desgraciada. Por favor, no pienses en mí triste, no me recuerdes de ese modo. Lo que me has dado estos días es mucho más de lo que nunca habría imaginado. Ha sido todo lo que siempre he necesitado. Y cada vez que mire hacia el cielo, te imaginaré allí. Continuaré estudiando el pasado para intentar comprender por qué el ser humano es como es. Y ahora, tras haberte conocido, siempre albergaré esperanzas sobre lo que puede deparar el futuro.

Sé feliz. Quiero saber que lo eres. Y no me olvides. Quería meter una ramita de romero en la caja, pero temo que termine convertida en polvo. Pero en cuanto encuentres una, piensa en mí. Te querré siempre.

Libby

—¿Libby? —Cal se inclinó contra la pala y la miró en silencio.

—¿Sí?

—¿Dónde estabas?

—Oh, no muy lejos —bajó la mirada y arqueó una ceja—. Vaya, ya sabía que un hombre tan fuerte como tú podría hacer un agujero suficientemente grande.

—Creo que me ha salido una ampolla.

—Oh —Libby se levantó para besarle la tierna piel que se extendía entre el pulgar y el índice—. Metamos la caja, y mientras yo la entierro, serás tú el que mire.

—Buena idea —en cuanto la caja estuvo en el interior, le tendió la pala.

Libby miró la pala, y después el montón de arena que tenía que volver a colocar en su lugar.

—¿Cuatro mujeres presidentes?

Cal estiró la espalda.

—Quizá hayan sido cinco.

Libby asintió en silencio y comenzó a echar paladas de tierra.

—¿Cal?

—¿Humm? —estaba empezando a pensar seriamente en echarse una agradable y perezosa siesta.

—Las preguntas que te he hecho antes eran demasiado generales, relativas a temas muy trascendentes. Me pregunto si ahora podría preguntarte algo más personal.

—Probablemente.

—¿Podrías hablarme de tu familia?

—¿Qué te gustaría saber?

—Quiénes son, cómo son —continuó echando tierra en el hoyo a un ritmo constante que a Cal le encantaba—. Me gustaría imaginar que los conozco un poco.

—Mi padre es investigador, técnico en desarrollo. Trabaja en un laboratorio, siempre a puerta cerrada. Es un hombre muy entregado a su trabajo y una persona en la que se puede confiar. En casa le gusta dedicarse al jardín, plantar flores y cuidarlas mientras crecen.

Mientras hablaba y sentía la fragancia de la tierra húmeda, Cal casi podía ver a su padre cultivando el jardín.

—A veces pinta. Paisajes realmente malos. Él lo sabe, pero defiende que no es necesario ser bueno para ser artista. Siempre está amenazando con colgar uno de sus cuadros en casa. Es... no sé, un hombre firme. Dudo haberle oído levantar la voz más de una docena de veces en mi vida. Pero siempre se le escucha. Él es el que mantiene unida a la familia.

Se estiró en la hierba para mirar el cielo mientras continuaba.

—Mi madre es, ¿qué término utilicé una vez para describirla? Especial. Tiene una energía inagotable y un intelecto sorprendente, a veces casi aterrador. Mucha gente se siente intimidada a su lado. A ella siempre le ha asombrado. Supongo que es porque por dentro es suave como la mantequilla. No es raro que levante la voz, pero después siempre se siente culpable. Jacob y yo le hicimos pasar un infierno.

Se interrumpió un instante.

—En su tiempo libre, le gusta leer... Desde las novelas más tontas hasta libros técnicos ininteligibles. Es consejera jefe del Ministerio de las Naciones Unidas, así que casi siempre está estudiando documentos legales.

—¿El Ministerio de las Naciones Unidas?

—Supongo que sería como una extensión de las Naciones Unidas. Tuvieron que ampliarlas en... demonios, no sé exactamente cuándo. Pero creo que se ampliaron con motivo de las colonias y los asentamientos.

—Debe de ser un puesto muy importante —descubrió Libby, casi intimidada.

—Sí. Tiene mucho trabajo, pero también muchas preocupaciones. Es una mujer de risa contagiosa, capaz de llenar de alegría una habitación. Conoció a mi padre en Dublín. Ella estaba haciendo prácticas de Derecho y mi padre fue allí a pasar unas vacaciones. Se emparejaron y terminaron viviendo en Filadelfia.

Libby apisonó la tierra con la pala. Era imposible no ver el cariño que reflejaba su voz, imposible no entenderlo.

—¿Y qué me dices de tu hermano?

—Jacob. Él es... «intenso» es una buena palabra para definirlo. Ha heredado el cerebro de mi madre y el carácter, o al menos eso es lo que dice ella, de mi abuelo materno. Con J.T. nunca puedes estar seguro de si va a sonreír o te va a pegar un puñetazo. Estudió Derecho y, cuando terminó, se dedicó a la astrofísica. Colecciona problemas que después destroza. Es un tipo insoportable —añadió Cal con inmenso cariño—, pero tiene la lealtad inquebrantable de mi padre. Me pregunto si te gustarían.

—Sí, seguro que sí.

Cal la observó mientras ataba la pala al aerociclo.

—Y tú les gustarías a ellos.

—Podría conocerlos si me llevaras contigo.

Libby se mordió el labio nada más decirlo. Ni siquiera se atrevía a mirarlo. Y no era capaz de decir desde cuándo anidaba aquella idea en su cerebro.

—Libby... —Cal se levantó y se colocó tras ella, posando las manos en sus hombros.

—He estudiado el pasado —dijo rápidamente Libby, volviéndose y posando las manos en sus antebrazos—. Si me permitieras ir contigo, tendría oportunidad de estudiar el futuro.

Cal enmarcó su rostro entre las manos. En los ojos de Libby se distinguía el resplandor de las lágrimas.

—¿Y tu familia?

—Ellos lo comprenderían. Les dejaría una carta, intentando explicárselo.

—Jamás te creerían —dijo quedamente—. Se pasarían años buscándote, preguntándose si todavía estás viva. Libby, ¿no te das cuenta de lo que me angustia a mí estar separado de mi propia familia? No saben dónde estoy o lo que me ha pasado. Y sé que ahora estarán esperando a saber si estoy vivo o muerto.

—Yo haría que lo comprendieran —Libby oía la desesperación en su propia voz y luchaba para contenerla—. Si saben que soy feliz, que estoy haciendo lo que quiero, se darían por satisfechos.

—Quizá. Si estuvieran seguros. Pero yo no puedo garantizártelo, Libby.

Libby dejó caer las manos a ambos lados de su cuerpo.

—No, por supuesto que no. No sé en qué estaba pensando. Supongo que me he dejado llevar...

—Maldita sea, no —la agarró por los brazos y la estrechó contra él—. No creas que no quiero que vengas conmigo porque no es cierto. Pero no es una cuestión de querer o no querer, Libby. Si pudiera estar seguro de que no hay ningún riesgo, creo que hasta tendría la tentación de meterte en esa maldita nave quisieras o no marcharte.

—¿Riesgos? —Libby se tensó al oír aquellas palabras—. ¿Qué riesgos?

—Nada es infalible, Libby.

—No me trates como si fuera una estúpida. ¿Qué riesgos?

Cal dejó escapar un largo suspiro. Había algunos datos que no le había dado la noche anterior.

—El factor de probabilidad de distorsionar el tiempo es de un setenta y seis coma cuatro por ciento.

—Un setenta y seis coma cuatro por ciento —repitió Libby—. No hace falta ser un genio con los números para saber que hay un veinticuatro por ciento de posibilidades de fracaso. ¿Y qué ocurrirá entonces?

—No lo sé —pero podía imaginárselo. Morir achicharrado al ser atraído por la fuerza gravitatoria del sol era una de las posibilidades—. Pero no voy a correr ningún riesgo contigo.

Libby no iba a dejarse llevar por el pánico porque sabía que el miedo no servía de nada. Tomó aire varias veces y sintió que iba recuperando el equilibrio.

—Caleb, si te quedaras algún tiempo más, ¿crees que podrías estrechar el margen de probabilidades de fracaso?

—Quizá. Probablemente —admitió—. Libby, se me está agotando el tiempo. La nave ha estado casi dos semanas a la intemperie. Y solo fue cuestión de suerte que lográramos desviar a los Rankin ayer. ¿Qué crees que me sucedería, que nos sucedería, si la encontraran? ¿O si me encontraran a mí?

—En realidad la temporada no empieza hasta dentro de varias semanas. Y apenas vienen más de una docena de excursionistas al año.

—Con uno solo bastaría.

Cal tenía razón y Libby lo sabía. En realidad, habían estado viviendo del tiempo que las estrellas les habían prestado.

—Jamás lo sabré, ¿verdad? —deslizó el dedo por la cicatriz que la herida había dejado en la frente de Cal—. Nunca sabré si lo has conseguido o no.

—Soy un buen piloto. Confía en mí —le besó los dedos—. Y para mí será mucho más fácil concentrarme si no estoy preocupado por ti.

—Es difícil combatir contra el sentido común —esbozó una sonrisa—. Antes has dicho que todavía quedaban por arreglar algunos detalles en la nave. Yo iré dando un paseo a la cabaña.

—No tardaré.

—Tómate todo el tiempo que necesites —también Libby necesitaba tiempo para ello—. Voy a preparar una maravillosa cena de despedida —se dirigió hacia la puerta a paso tranquilo y miró a Cal por encima del hombro—. Oh, Hornblower, llévame algunas flores.

Cal recogió montones de flores. No era fácil sujetarlas mientras volaba en el aerociclo. El camino que sobrevolaba estaba cubierto de flores rosas y azules. Pensó que olían como Libby. Exhalaban una fragancia fresca, sencilla y exótica al mismo tiempo.

Durante las horas que estuvo trabajando a bordo de la nave, un pensamiento ocupaba constantemente su mente. Libby estaba dispuesta a irse con él. A dejar su casa. No solo su casa, se corrigió, sino toda su vida.

Quizá hubiera sido un impulso, una reacción nacida al calor del momento.

Las razones no importaban. Necesitaba aferrarse a aquel dulce pensamiento. Libby estaba dispuesta a irse con él.

Solo vio una tenue luz iluminando la ventana de la cocina. Aquello le hizo fruncir el ceño mientras guardaba el aerociclo y recogía algunas flores caídas. A lo mejor había decidido echarse una siesta o estaba esperándolo frente a la chimenea.

Le gustó la idea de verla allí, acurrucada en el sofá, bajo una de las exquisitas colchas de su madre. Estaría leyendo, con los ojos ligeramente somnolientos tras los cristales de las gafas.

Complacido con aquella imagen, abrió la puerta y encontró otra completamente distinta, e incluso más fascinante.

Estaba esperándolo. Pero bajo la luz de las velas. Había docenas de velas en la sala, todas ellas blancas. Había preparado una mesa para dos, sobre la que descansaba una botella de champán en un cubo lleno de hielo. La habitación olía a cera, a las especias que Libby había utilizado para cocinar, y a ella.

Libby se volvió con una sonrisa. Y Cal sintió que dejaba de respirar.

Se había recogido el pelo por encima de la cabeza, dejando al descubierto la larga y delicada curva de su cuello. Llevaba un vestido del color de la luna que resplandecía cada vez que se movía. Mostraba sus hombros desnudos y se deslizaba como la caricia de un amante sobre sus caderas y sus muslos.

—Te has acordado —Libby caminó hasta él y tendió los brazos hacia las flores. Cal no movió un solo músculo—. ¿Son para mí?

—¿Qué? Sí —como si estuviera en trance, se las ofreció—. Había muchas más.

—Estas son más que suficiente —llenó de flores el jarrón que había colocado en la mesa—. La cena ya esta lista. Espero que te guste.

—Me deslumbras, Libby.

Libby se volvió, electrizada por lo que veía en sus ojos.

—Quería hacer algo así, solo una vez —ante la silenciosa mirada de Cal, se retorció los dedos avergonzada—. Compré el champán y el vestido ayer, cuando fui a la ciudad. Pensé que sería bonito hacer algo especial esta noche.

—Tengo la sensación de que si me muevo, te vas a desvanecer.

—No —le ofreció la mano y se la estrechó con fuerza—. Me quedaré aquí, completamente quieta. ¿Por qué no abres la botella?

—Antes quiero besarte.

Libby esbozó una sonrisa en la que se reflejaba todo su amor y le rodeó el cuello con los brazos.

—De acuerdo. Pero solo una vez.

Comieron. Pero Libby comprendió que había sido una pérdida de tiempo preocuparse tanto por la comida. No sabían realmente lo que estaban comiendo. El champán era algo superfluo. Se estaban bebiendo el uno al otro. Las velas se iban consumiendo mientras se prolongaban sus besos.

Subieron al dormitorio, llenando la habitación de una luz suave y vacilante, para poder verse el uno al otro mientras se amaban.

Había dulzura, una dulzura lenta y sabrosa. Había urgencia, una urgencia febril y precipitada. Había fuerza y ternura. Demanda y generosidad.

Las horas iban fundiéndose, pero ninguno de ellos quería separarse del otro. Cada temblor, cada susurro, cada latido de corazón sería recordado. Las velas parpadeaban a punto de apagarse, pero ellos continuaban abrazados.

Y entonces, aunque las palabras nunca fueron expresadas en voz alta, ambos supieron que era la última vez. Las manos de Cal fueron mucho más delicadas; sus labios mucho más suaves.

Y cuando todo terminó, la belleza de lo experimentado dejó a Libby débil y llorosa. Para defenderse, se acurrucó contra él e invocó al sueño. No podría soportar verlo marcharse.

Cal permaneció muy quieto y completamente desvelado hasta que las primeras luces del amanecer se deslizaron en la habitación. Agradecía que Libby estuviera dormida; nunca habría sido capaz de despedirse de ella. Cuando se levantó, sintió dolor, un dolor intenso y afilado que estuvo a punto de derrumbarlo. Moviéndose rápidamente, luchó para mantener la mente en blanco y se puso el mono que Libby le había comprado.

Temiendo despertarla, se limitó a acariciarle el pelo y salió sigiloso de la habitación. Libby no abrió los ojos hasta oír oyó el suave clic de la puerta de la cabaña al cerrarse. Entonces enterró el rostro en la almohada y dejó que fluyeran las lágrimas.

La nave estaba ya asegurada y todos los cálculos determinados. Cal se sentó en el puente y observó morir la noche. Era importante salir antes de que se hubiera elevado el sol. Tenía que calcular hasta la última milésima de segundo. No había espacio para el error. Su vida dependía de ello.

Pero sus pensamientos continuaban volando hasta Libby. ¿Por qué no habría sido consciente de que le dolería tanto marcharse? Pero tenía que irse. Su vida, su tiempo, no eran los de Libby. Pero no tenía sentido volver a pensar en algo que ya le había hecho sufrir docenas de veces.

Completamente quieto, permanecía sentado mientras aquellos preciosos segundos pasaban.

—Preparado para el vuelo orbital.

—Sí.

Le contestó al ordenador con aire ausente. Los instrumentos empezaron a zumbar. De una forma que era casi una segunda naturaleza para él, Cal se preparó para despegar. Se interrumpió otra vez y fijó la mirada en la pantalla.

—Todos los sistemas listos. Ignición a su discreción.

—De acuerdo. Que comience la cuenta atrás.

—Comenzando. Diez, nueve, ocho, siete, seis...

Desde la puerta de la cocina, Libby oyó algo parecido al retumbar de un trueno. Impaciente, se frotó las lágrimas de los ojos y se estiró para poder ver. Hubo un fogonazo. Creyó distinguir un resplandor metálico en el cielo. Inmediatamente desapareció. Y el bosque se quedó otra vez en silencio.

Libby se estremeció. Deseaba poder convencerse de que era porque el aire era frío y ella no llevaba nada más que una bata encima.

—Que llegue sano y salvo —murmuró. E inmediatamente volvió a ceder al lujo de las lágrimas.

Pero la vida continuaba, se regañó. Los pájaros comenzaron a cantar. El sol empezaba a elevarse en el horizonte.

Y ella quería morir.

Era una tontería. Obligándose, puso la tetera en el fuego. Iba a prepararse una taza de té y a fregar los platos en los que la noche anterior ni siquiera se había fijado. Y después se pondría a trabajar.

Trabajaría hasta no ser capaz de mantener los ojos abiertos y después se echaría a dormir. Se levantaría y trabajaría, y así una y otra vez hasta que hubiera terminado su tesina. Sería la mejor tesina que sus colegas habían leído en toda su vida. Después conseguiría el doctorado. Y viajaría.

Y echaría de menos a Cal hasta el día de su muerte.

Cuando la tetera comenzó a hervir, se sirvió un té y se sentó con la taza a la mesa de la cocina. Al cabo de un instante, la apartó, enterró la cabeza entre las manos y se puso a llorar otra vez.

—Libby.

La silla se cayó al suelo cuando se levantó. Cal estaba allí, en el marco de la puerta. La fatiga cubría su rostro, pero era otro sentimiento mucho, mucho más poderoso, el que se reflejaba en su mirada. Libby se frotó los ojos. Era imposible, Cal no podía estar allí.

—¿Caleb?

—¿Por qué lloras?

Libby lo oyó. Aturdida, se llevó la mano al oído.

—Caleb —repitió—. ¿Pero cómo...? Te he oído... Te he visto... Te has ido.

—¿Has estado llorando desde entonces? —se acercó a ella y acarició con un dedo su húmeda mejilla.

Aquel contacto era real. Y si se había vuelto loca, no le importaba.

—No lo comprendo. ¿Cómo puedes estar aquí?

—Antes quiero hacerte una pregunta —dejó caer las manos a ambos lados de su cuerpo—. Solo una pregunta. ¿Estás enamorada de mí?

—Yo... necesito sentarme.

—No —la agarró del brazo para impedir que se moviera—. Quiero una respuesta. ¿Estás enamorada de mí?

—Sí. Pero solo a un idiota le haría falta preguntarlo.

Cal sonrió, pero continuaba sujetándola con firmeza.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no quería... Sabía que tenías que marcharte —mareada, se llevó la mano a la cabeza—. Déjame sentarme.

Cal la soltó entonces, y la observó dejarse caer temblorosa en una silla.

—No he dormido nada —murmuró ella, como si estuviera hablando solo para sí—. Supongo que esto podría ser una alucinación.

Cal le hizo inclinar la cabeza y le plantó un beso duro en los labios. Incapaz de contenerse, la levantó nuevamente de la silla y la abrazó.

—¿Esto es suficientemente real para ti?

—Sí —respondió con un hilo de voz—. Pero no lo comprendo. ¿Cómo puedes estar aquí?

Cal la soltó otra vez.

—He venido en el aerociclo.

—No... Me refiero a... —¿a qué se refería?—. Estaba en la puerta y te he oído marcharte. Después lo he visto, solo ha sido un resplandor, pero he visto la nave en el cielo.

—La he enviado de vuelta. El ordenador se ha quedado al mando de la nave.

—La has enviado de vuelta —repitió Libby lentamente—. Oh, Dios mío, Caleb, ¿por qué?

—Solo a un idiota le haría falta preguntarlo.

A Libby se le llenaron los ojos de lágrimas, que no tardaron en desbordarlos.

—No, por mí no. No puedo soportarlo. Tu familia...

—Les he enviado un disquete en el que les cuento todo, mucho más de lo que explico en el informe que dejé a bordo. Dónde estoy y por qué he tenido que quedarme. Si la nave consigue llegar a su destino, y hay tantas probabilidades de que lo haga conmigo como de que lo haga sin mí, lo comprenderán.

—No puedo pedirte que hagas una cosa así.

—Y no me lo has pedido —le tomó la mano antes de que Libby pudiera volverse—. Tú habrías venido conmigo, ¿verdad Libby?

—Sí.

—Y yo podría haberte llevado si hubiera estado seguro de que íbamos a sobrevivir. Escucha —la hizo levantarse—. Comencé incluso la cuenta atrás. Me había convencido de que mi vida estaba en el lugar en el que la había dejado. Y tenía docenas de razones para regresar. Y solo tengo una, una sola razón, para quedarme. Te amo. Mi vida está aquí —la agarró con más fuerza y estrechó su abrazo—. Viajé a través del tiempo para estar contigo, Libby. Jamás pensaré que he cometido un error.

Libby sacudió la cabeza.

—Estoy segura de que terminarás pensándolo.

—El tiempo es... El tiempo era —musitó—. Mi tiempo está en el pasado, Libby. Contigo.

A Libby volvieron a llenársele los ojos de lágrimas.

—Te quiero tanto, Caleb. Voy a hacerte feliz.

—Cuento con ello —la tomó en brazos y capturó su boca en un larguísimo beso—. Y ahora tienes que dormir. Tienes que descansar de verdad.

—No, no puedo.

Cal soltó una carcajada, y hasta el último vestigio de tensión se desvaneció. Sabía que estaba justo donde debía.

—Ya veremos. Más tarde podremos hablar de cómo vamos a manejar el resto de nuestras vidas.

—¿El resto?

—La parte relativa al matrimonio y a la familia.

—Todavía no me has pedido que me case contigo.

—Tengo intención de hacerlo. En cualquier caso, tendré que conseguir una nueva tarjeta de identificación. Y también un trabajo, algo con... ¿un salario anual? ¿Eso era?

—Algo que te guste —lo corrigió—. Eso es mucho más importante que el salario y el seguro médico.

—¿El seguro qué?

—No te preocupes por eso —enterró la cabeza en su cuello—. Supongo que mi padre podría darte trabajo hasta que encuentres algo mejor.

—No creo que me apetezca dedicarme a hacer infusiones —repentinamente inspirado, se detuvo al lado de la cama—. Dime, ¿qué es lo que hay que hacer exactamente para sacarse una licencia de piloto?



NORA ROBERTS, la autora número 1 en ventas de *The New York Times* y «la escritora favorita de América», como la describió la revista *The New Yorker*, comentó en una ocasión: «Yo no escribo sobre Cenicientas que esperan sentadas a que venga a salvarlas su príncipe azul. Ellas se bastan y se sobran para salir adelante solas. El "príncipe" es como la paga extra, un complemento, algo más... pero no la única respuesta a sus problemas».

Más de cuatrocientos millones de ejemplares impresos de sus libros avalan la complicidad que Nora Roberts consigue establecer con las mujeres de todo el mundo. El éxito de sus novelas es indudable, y quienes la leen una vez, repiten. Sabe hablar a las mujeres de hoy sobre sí mismas: sus lectoras son profesionales, fuertes e independientes, como los personajes que crea en sus libros, y sus historias llegan a un público femenino amplio porque son mucho más que historias de amor.

Las cifras son fenomenales: Nora Roberts ha escrito más de 180 novelas que se publican en 34 países, se venden unas 27 novelas suyas cada minuto y 42 han debutado en la primera semana de ventas en el codiciado número 1 de *The New York Times*.

NORA
ROBERTS
Tiempo atrás

